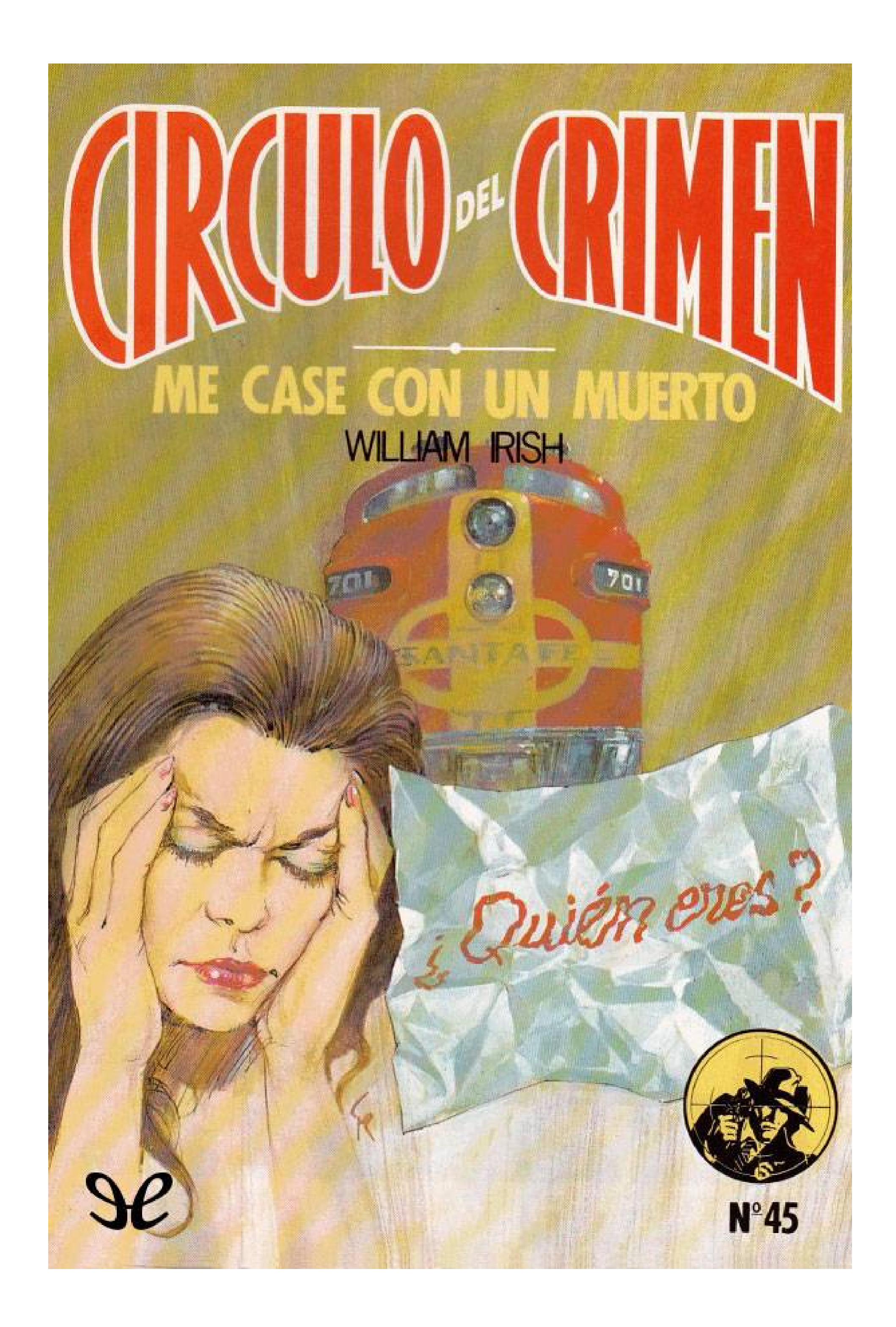

CIRCULO DEL CRIMEN
ME CASE CON UN MUERTO
WILLIAM IRISH
701
701
SANTA FE
¿Quién eres?
Nº45

Cuando Helen decidió aprovechar la oportunidad que se le presentaba y adoptar una personalidad que no era la suya para librarse de la solead y la miseria, no sabía que iba a verse inmersa en una pesadilla sin final. Nada podría sacarla de ella, no había solución y siempre se vería perseguida por aquella sombra que amenazaba con destruir su vida.



William Irish

Me casé con un muerto

Círculo del Crimen - 45

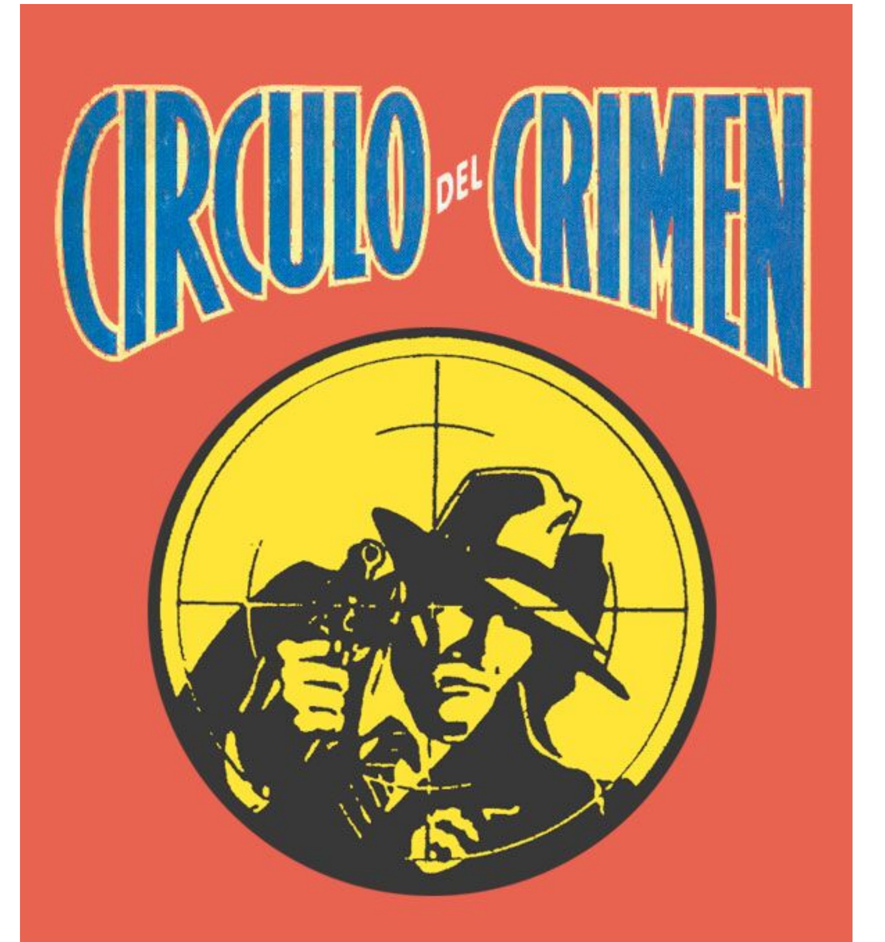
ePub r1.0

Titivillus 04.02.17

Título original: *I Married a Dead Man*
William Irish, 1948
Traducción: Vicente Canoura

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




CIRCULO DEL CRIMEN

SON TAN AGRADABLES las noches de estío en Caulfield. Huelen a heliotropo y jazmín, a madreselva y trébol. Las estrellas son aquí cálidas y amistosas, no frías y distantes, como en el lugar de donde vine; parecen pender sobre nosotros, estar más cerca de nosotros. La brisa que agita las cortinas en las ventanas abiertas es suave y dulce como el beso de un bebé. Y si uno escucha, puede oírse el ruido de las hojas de los árboles al darse vuelta para seguir durmiendo. La luz de las lámparas que sale del interior de las casas cae sobre el césped en largas láminas doradas. He ahí la tranquilidad, el sosiego de la paz y la seguridad perfectas. Oh, sí, en Caulfield las noches de estío son agradables.

Pero no para nosotros.

También lo son las noches invernales. Las noches de otoño, las noches de primavera. No para nosotros, no para nosotros.

La casa en que vivimos en Caulfield es tan agradable. El tono verdeazul de su césped, que siempre, a cualquier hora del día, parece acabado de regar. Las refulgentes, agitadas ruedas de los aspersores en perpetuo movimiento, girando constantemente; si se los mira desde bastante cerca formarán arcos iris para nosotros. La perfecta, pronunciada curva de la entrada de autos. La deslumbrante blancura de los pilares del porche a la luz del sol. Dentro, la pura simetría de la barandilla descendente, que corre pareja con la oscura y lustrosa escalera a la que acompaña desde arriba hasta abajo. El brillante acabado de los ricos pisos de antaño, que despiden un olor a cera y esencia de limón si uno se para a oler. La blandura de las espesas alfombras. En casi todas las habitaciones, algún sillón favorito esperando para recibirlo a uno como un viejo amigo cuando se retorna para pasar un poco de tiempo en su

compañía. La gente que viene y lo ve dice:

—¿Qué más puede haber? Este es un hogar, como el hogar debería ser.

Sí, la casa en que vivimos en Caulfield es tan agradable.

Pero no para nosotros.

Es tan adorable ver cómo crece nuestro niño, nuestro Hugh, de él y mío, aquí, en Caulfield. En la casa que algún día será de él, en la ciudad que un día será la suya.

Verle dar los vacilantes primeros pasos, que equivalen a… ya anda. Estar al acecho y saborear cada palabra de nuevo cuño que sale farfullada por sus labios…, que equivale a: aprendió otra, ya habla.

Pero, en cierto modo, ni siquiera eso es para nosotros. Hasta eso parece hurtado, robado, de un modo indefinido que yo no sé expresar. Algo a lo que no tenemos derecho, que no es legalmente nuestro.

Lo amo tanto. Es a Bill a quien me refiero ahora, el hombre. Y él me ama.

Yo sé que le amo, yo sé que él me ama, no me cabe duda. Sin embargo, sé también que tal vez este año, o el próximo, de pronto un día recogerá sus cosas y se marchará, dejándome. Aunque él no quiera. Aunque él me siga amando, tanto como me ama el día en que escribo esto.

O, si no lo hace él, seré yo entonces. Tomaré mi maleta y cruzaré la puerta, para no volver. Aunque yo no quiera. Aunque yo le ame todavía, tanto como el día en que escribo esto. Dejaré mi casa tras de mí. Dejaré mi hijo tras de mí, en la casa que algún día será suya, y dejaré mi corazón atrás, con el hombre a quien pertenece (¿cómo podría llevármelo conmigo?), pero yo me iré y no regresaré jamás.

Ambos lo hemos combatido. Cuán acerbamente lo hemos combatido, en todas las formas por nosotros conocidas. De todos los modos posibles. Lo hemos alejado, mil veces lo hemos alejado, y de nuevo vuelve en una mirada, una palabra, un pensamiento. Está ahí mismo.

De nada me sirve decirle:

—Tú no hiciste aquello. Ya me lo dijiste una vez. Basta que me lo hayas dicho una vez. No es necesario repetirlo de nuevo ahora, a

estas alturas. Yo sé que no lo hiciste. Oh, querido mío, Bill mío, tú no mientes. Tú no mientes, en cuanto se trata de dinero, de honor, de amor…

(Pero éste no es un asunto de dinero, de honor o de amor. Esta es una cosa aparte. Esto es crimen.)

De nada sirve, puesto que no le creo. En el momento que él habla, puede ser que sí. Pero luego, una hora, un día o una semana después, vuelvo a no creerlo. De nada sirve, pues no vivimos sólo el término de un instante, es imposible. Los otros instantes siguen; las horas, semanas, y, ¡oh, Dios!, los años siguen.

Cada vez que él habla, lo que yo sé es que no fui yo. Eso es todo lo que yo sé. Muy bien, demasiado bien lo sé. De modo que sólo queda…

Y cada vez, cuando yo hablo, quizá él sabe que no fue él (pero yo no puedo saberlo, no; no hay para él manera de decírmelo). Lo sabe él tan bien, tan bien. De modo que sólo queda…

De nada sirve, en absoluto.

UNA NOCHE HACE SEIS MESES, me postré ante él, con el niño entre nosotros. Sobre mis rodillas hincadas. Puse mi mano sobre la cabeza de la criatura y allí mismo se lo juré. Hablando bajo, para que el niño no entendiera:

—Por mi hijo. Bill, te juro sobre la cabeza de mi hijo que yo no lo hice. ¡Oh, Bill, yo no lo hice!…

Me levantó, me sostuvo en sus brazos, y me estrechó contra él.

—Yo sé que tú no lo hiciste. Lo sé. ¿Qué más puedo decirte? ¿De qué otra forma puedo decírtelo? Ven, Patrice, reclínate contra mi corazón. Tal vez pueda él decírtelo mejor que yo… Escúchalo. ¿No te das cuenta de que él te cree?

Y por un momento sí, ese momento de nuestro amor. Pero luego viene el otro momento, el que siempre sigue al anterior. Y él ha pensado ya: «Pero yo sé que no fui yo. Sé muy bien que no fui yo. De modo que sólo queda…»

Y hasta mientras sus brazos me estrechan aún más, y sus labios besan mis ojos humedecidos, vuelve a dudar. Ya vuelve a dudar.

No hay escapatoria. Estamos apresados, estamos atrapados. El círculo se cierra por sí mismo traicioneramente, cada vez más, y nosotros estamos dentro, no podemos salir. Pues si él es inocente, entonces tengo que haber sido yo. Y si no lo soy yo, tiene que haber sido él. Pero yo sé que soy inocente. (Aunque él puede que sepa que él también lo es.) No hay escapatoria.

O, cansados de tratar de alejarlo, volvemos a caer en eso con desesperado abandono, tratamos de afrontarlo, de terminar con eso de una vez por todas.

Cierta vez, incapaces de soportar más su interminable, invisible, fantasmal vigilia sobre nuestros hombros, él se levantó súbitamente del sillón en que había estado sentado, aunque nada nos habíamos dicho hacía una hora. Arrojó lejos de sí el libro que estaba leyendo, o fingía leer, como si fuera una piedra. Se levantó furioso como si se aprestara a luchar contra algo que hubiera visto frente a él. Y mi corazón se agitó al unísono.

Corrió hasta el extremo de la habitación y quedó allí, a la defensiva. Cerró el puño, levantó el brazo, y lo descargó con un golpe atronador contra la puerta, de tal modo que gracias al espesor de la madera no se hizo astillas. Luego se volvió en su impotente agresividad y exclamó:

—¡No me importa! ¡No me importa! ¿Me oyes? ¡No importa! Otros lo han hecho antes. Muchas veces. Y siguieron gozando después su felicidad. ¿Por qué no nosotros? Él no era nada recomendable. Aquello era lo que se merecía. No valía un comino. Todo el mundo lo dijo entonces, y aún lo sigue diciendo. No vale un solo minuto de este infierno que hemos estado soportando.

Luego sirvió una copa para cada uno, pródigamente, atolondradamente, y con ellas se dirigió hacia donde yo estaba. Y yo, comprendiendo, accediendo, de acuerdo con él, me levanté y fui a esperarlo a mitad de camino.

—Vamos, toma esto. Bebe. Ahógalo. Hasta que desaparezca. Uno de nosotros lo hizo. No importa. Se terminó. Ahora sigamos nuestra vida.

Y golpeándose el pecho:

—Y bien, yo lo hice. Ea. Yo fui el que lo hizo. Ahora está arreglado. Por fin se ha terminado…

Y de pronto nuestros ojos se miraron fijamente, nuestros vasos

se detuvieron a mitad de camino, bajaron, y otra vez estaba allí.

—Pero tú no lo crees —susurré, desalentada.

—Y tú sí —murmuró, agobiado.

¡Oh, está en todo, en todas partes!

EMPRENDEMOS UN VIAJE y está dondequiera que vamos. Está en las azules profundidades del lago Louise, y arriba en las aborregadas nubes sobre Biscayne Bay. Da vueltas incesantemente con las olas en Santa Bárbara, y acecha entre las rocas de coral de las Bermudas, una flor más oscura que las demás.

Regresamos, y también está en el lugar al que volvemos.

Está entre las líneas impresas de los libros que leemos. Pero aparece más negro, y las líneas se desvanecen hasta resultar ilegibles. «Ahora, mientras leo, ¿está pensando él en eso? ¿Como yo? ¡No lo miraré, mantendré la vista en esto, pero… ¿está pensando él en eso?».

Es la mano que se extiende con la taza de café a través de la mesa del desayuno por las mañanas, para que se vierta la cafetera en ella. Rojo sangre por un momento en la fantasía, luego pálido de nuevo, como debe ser. O quizá, al otro lado, es la otra mano enfrente de uno, la que inclina la cafetera; depende del lado de la mesa en que el espectador esté sentado.

Yo vi sus ojos fijos en mi mano una vez, y me di cuenta de lo que él pensaba en ese instante. Porque yo había mirado su mano en una forma muy similar el día anterior, y había estado pensando entonces lo que él pensaba ahora.

Le vi cerrar los ojos un momento, para borrar la perversa ilusión; y yo cerré los míos para disipar el recuerdo que los de él me habían transmitido. Luego ambos los abrimos, y nos sonreímos uno al otro, para decirnos que nada había pasado.

Está en las películas que vemos en la pantalla del cinematógrafo. «Salgamos de aquí, estoy cansado de esto; ¿no te sucede lo mismo?» (Muy pronto alguien va a dar muerte a alguien, y él sabe que va a suceder.) Pero aunque nos levantamos y salimos, ya es demasiado tarde, porque él sabe por qué salimos, y yo también. Y aunque yo

no lo hubiera sabido hasta ese instante, esto —el hecho mismo de nuestra salida— me lo habría dicho. De modo que la precaución era, después de todo, inútil. Está otra vez en nuestro pensamiento.

No obstante, es mejor ir que quedarse.

Recuerdo una noche que se produjo demasiado rápidamente, antes de que pudiéramos preverlo, con menos advertencia.

No pudimos salir a tiempo. Estábamos aún por el pasillo, de espaldas a la pantalla, cuando de pronto sonó un disparo, y luego una voz gimió acusadora: «Me has…, me has matado».

Me pareció su voz, y que nos hablaba a nosotros, a uno de nosotros. Entonces me pareció que todas las cabezas del público se daban vuelta, para mirar en nuestra dirección, para clavar la vista en nosotros, con esa definida curiosidad de la gran multitud cuando alguien le es señalado.

Por un instante, las piernas parecieron negarse a dar un paso más. Me quedé tambaleándome durante un minuto como si fuera a desplomarme sobre la alfombra del pasillo. Me volví para mirarlo y vi, inequívocamente, que su cabeza se había abatido, que estaba resguardada entre sus hombros. Siempre la había llevado tan erguida. Un momento después la llevaba alta, pero en aquel instante no había sido así, la había tenido agachada.

Entonces, como si sintiera que lo necesitaba, quizás porque él me necesitaba, puso su brazo en torno de mi cintura, y de ese modo me sostuvo a lo largo del pasillo, calmándome, prometiéndome apoyo más bien que prestándomelo en ese instante.

En el vestíbulo, nuestras caras estaban como la cal. No nos miramos, los espejos nos lo dijeron.

Nunca bebemos. Sabemos bastante para no hacerlo. Creo que presentimos que eso, en vez de cerrar la puerta de la conciencia, sólo serviría para abrirla de par en par a todo el horror. Pero aquella noche en particular, recuerdo que cuando llegamos afuera, me dijo:

—¿Quieres algo?

No dijo «beber»; sólo «algo». Pero comprendí lo que ese «algo» quería decir.

—Sí —dije estremeciéndome.

Ni siquiera esperamos a llegar a casa; hubiéramos tardado demasiado. Entramos en un lugar al lado del cine, nos detuvimos un

momento arrimados al mostrador, los dos, y sin más tomamos algo de un trago. En tres minutos estuvimos de nuevo afuera. Luego subimos al coche y nos dirigimos a casa. Durante el trayecto no nos dijimos ni una sola palabra.

Está en el mismo beso que nos damos. De un modo u otro lo atrapamos entre nuestros propios labios. (¿Lo beso yo demasiado fuerte? ¿Creerá él por eso que yo le he perdonado, de nuevo, entonces? ¿Lo he besado demasiado levemente? ¿Creerá él por eso que yo estaba pensando de nuevo en aquello?).

Está en todas partes, siempre, eso es nosotros.

No sé cuál fue el juego. Sólo sé su nombre; le llaman vida.

No estoy segura de cómo debe jugarse. Nadie me lo dijo jamás. Nadie se lo dice jamás a nadie. Lo único que sé es que nosotros debimos haber jugado mal. Hemos quebrantado una u otra regla, sin que nos diéramos cuenta en el momento.

No sé lo que hay en juego. Lo que sé es que hemos perdido nuestro derecho, no es para nosotros.

Hemos perdido. Eso es todo lo que sé. Hemos perdido hemos perdido.

1

LA PUERTA ESTABA CERRADA. Tenía toda ella un aspecto de despiadada conclusión, como si fuera a quedar así cerrada para siempre de entonces en adelante. Como si nadie en el mundo jamás pudiera abrirla de nuevo. Las puertas pueden expresar cosas. Esta lo hacía. Estaba inerte, estaba sin vida; no daba a ninguna parte. No era el comienzo de algo, como deben serlo las puertas. Era el final de algo.

Sobre el botón del timbre había un pequeño marco oblongo, de metal, sujeto a la madera, para colocar en él la tarjeta con el nombre del inquilino. Estaba vacío. La tarjeta había desaparecido.

La muchacha estaba de pie, inmóvil, frente a la puerta. Completamente inmóvil. En la forma en que uno queda cuando se ha estado así durante mucho tiempo; tanto tiempo que ya se olvida de hacer un movimiento, se ha acostumbrado a no moverse. Su dedo estaba en el botón, pero ya no lo apretaba. No hacía ninguna presión; ningún sonido provenía de la batería del otro lado del marco. Era como si habiéndolo tenido así tanto tiempo también se hubiera olvidado de apartarlo de allí.

Tenía unos diecinueve años. Unos tristes y desilusionados diecinueve, sin uno solo alegre, resplandeciente. Sus rasgos eran finos y bien modelados, pero había algo demasiado opresor en su rostro, demasiado pálido en su color, demasiado fino en sus mejillas. La belleza estaba allí, implícita, pronta a adueñarse de su rostro si se le dejaba, pero algo la había hecho alejarse, la mantenía a distancia, rondando, incapaz de aparecer en la plenitud a que estaba destinada.

Su cabello era avellanado, y flojo y caído, como si ningún

cuidado le hubiera sido prestado desde un tiempo atrás. Los tacones de sus zapatos estaban un poco gastados. Su ropa era funcional, como si fuera usada sólo para cubrir, y no por moda, o por atraer. Era de buena estatura para ser muchacha, uno sesenta y cinco o setenta. Pero estaba demasiado delgada, excepto en una parte.

Su cabeza estaba un poco inclinada, como si se hubiera cansado de llevarla erguida. O como si invisibles golpes la hubieran, uno a uno, abatido.

Se movió al fin. Un fin prolongado. Su mano cayó del botón, como por efecto de su propio peso. Cayó a su flanco, colgó allí, abandonada. Un pie se dio vuelta, como para marcharse. Hubo una espera. Luego el otro se volvió también. Su espalda daba ahora a la puerta. La puerta que no se abría. La puerta que era un epitafio, la puerta que era conclusión.

Se apartó un paso lento. Luego otro. Su cabeza estaba ahora más abatida que nunca. Se apartó de allí lentamente, y dejó la puerta tras de sí. Su sombra fue la última parte de ella en marcharse. Se arrastró lentamente tras de ella, proyectada contra la pared. Su cabeza también estaba un poco inclinada; también era demasiado delgada, también estaba abandonada. Se quedó proyectada un momento, después de haberse ido ella misma. Luego se deslizó por la pared siguiéndola, y también se fue.

Nada quedó allí más que la puerta. Esta permaneció silenciosa, obturada, cerrada.

2

EN LA CABINA TELEFÓNICA ella estaba de nuevo inmóvil. Tan inmóvil como antes. Una cabina telefónica cuyas llamadas debían ser pagadas, la puerta dejada abierta a fin de disponer de suficiente aire para respirar. Cuando uno se encierra algo más de unos momentos en ellas, se tornan sofocantes. Y ella hacía más de unos momentos que estaba en ésta.

Era como una muñeca colocada de pie en su caja, y con un lado de la caja dejado abierto, para que se pudiera ver el contenido. Una muñeca gastada. Una muñeca sobrante, rebajada de precio, sin brillantes cintas o vestido de seda. Una muñeca sin donante ni destinatario. Una muñeca que nadie se molesta en reclamar.

Permanecía callada, aunque aquel sitio se había hecho para hablar. Ella esperaba oír algo, algo que jamás se produjo. Sostenía el auricular en dirección a su oído, y seguramente había estado antes pegado a él, en ángulo recto con él, como deben estar los auriculares. Pero eso había sido mucho antes. Con el transcurso de largos desilusionadores minutos había descendido más y más, hasta encontrarse sobre el hombro, pegado allí, pegado allí desconsolado, derrotado, como alguna especie de orquídea, fea, negra, de goma sólida, usada como adorno.

El anónimo silencio se convirtió por fin en voz. Pero no la que ella quería, no la que ella esperaba.

—Lo siento, pero ya se lo dije. De nada le sirve esperar al teléfono. Ese número se dio de baja, y no puedo darle otra información.

Su mano se deslizó desde el hombro, llevando el auricular con

ella, y cayó muerta, en su falda. Como para hacer juego con algo dentro de ella que había muerto, por la forma concluyente en que había caído sin moverse más.

Pero, algunas veces, la vida no concede una decorosa dignidad ni a sus epitafios.

—¿Podría usted devolverme mi níquel —susurró—. Por favor. No obtuve comunicación, y es… el último que me queda.

3

SUBIÓ LAS ESCALERAS DE LA CASA de habitaciones amuebladas como un títere manejado con hilos flojos. Una lámpara sujeta a la pared, colgada boca abajo, como un tulipán marchito en su pantalla de vidrio festoneado en forma de campana, arrojaba un humoso resplandor amarillento. Una tira de alfombra semejaba materias vegetales en descomposición, todo resto de dibujo, todo resto de color, borrados hacía tiempo, adherían al centro de la escalera como una especie de incrustación de polen o de hongos. El olor concordaba con el aspecto visual. Ascendió tres tramos, y luego giró hacia la parte trasera.

Se detuvo, en la última puerta, y extrajo una larga llave de hierro. Luego miró hacia abajo hasta el pie de la puerta. Frente a su pie había un triángulo blanco que asomaba por la rendija. Se convirtió en un sobre al girar la puerta sobre él.

Alargó el brazo en la oscuridad, pasó la mano por la pared al lado de la puerta, y se encendió una luz. Alumbraba muy poco. Era muy poco lo que tenía que alumbrar.

Cerró la puerta y recogió el sobre. Estaba con el lado de la dirección hacia abajo. Ella le dio vuelta. Su mano tembló un poco. Su corazón también.

Tenía escrito, en trazos apresurados, descuidados, a lápiz, sólo esto:

«Helen Georgesson.»

Sin Srta., ni Sra., ni ninguna otra cortesía.

ELLA PARECIÓ REVIVIR completamente. Algo de la desesperanza reflejada en sus ojos desapareció. Algo de la punzante tensión abandonó su rostro. Sujetó el sobre fuertemente, hasta arrugarlo un poco. Se movió más a prisa que hasta entonces. Lo llevó hasta el centro de la habitación, cerca de la cama, donde la luz alumbraba más.

Se detuvo allí y lo miró de nuevo, como si le tuviera un poco de miedo. Había una especie de quemante ansiedad en su rostro; no de alegría, sino más bien de desesperada urgencia.

Rasgó apresuradamente la solapa, con tirones hacia arriba, como si estuviera dándole largas puntadas con aguja e hilo invisibles.

Su mano se introdujo en él, para sacar lo que dijera, para leer lo que tenía que decirle. Pues los sobres son portadores de palabras que le dicen a uno cosas; para eso son los sobres.

Su mano salió de nuevo vacía, defraudada. Puso el sobre boca abajo y lo sacudió, para dejar salir lo que debía tener adentro, lo que se había tan obstinadamente resistido a sus dedos al primer intento.

Ninguna palabra salió, ningún escrito.

Dos cosas cayeron sobre la cama. Sólo dos cosas.

Una era un billete de cinco dólares. Sólo un impersonal, anónimo billete, con la efigie de Lincoln en él. Y en la parte posterior a un lado de ésta, la clara y breve leyenda que todos ostentan, en pequeñas mayúsculas: «Este certificado es un respaldo legal por toda deuda pública y privada». Por toda deuda, pública y privada. ¿Cómo iba el grabador a pensar que eso habría, algún día, en alguna parte, de destrozar el corazón de alguien?

Y la otra cosa era una tira de billetes de ferrocarril, que se leían consecutivamente desde el punto de partida hasta el terminal, como ocurre con los billetes de ferrocarril. Para ser separado, cada cupón, en el transcurso del viaje. El primer cupón decía «Nueva York»; allí, donde estaba ella ahora. Y el último decía «San Francisco»; de donde ella había venido, hacía cien años…, la primavera pasada.

No había billete de vuelta. Era un billete de ida. Hasta allá… y

quedarse.

De modo que el sobre le había hablado después de todo, a pesar de no contener palabras. Un respaldo legal de cinco dólares, por toda deuda, pública y privada. San Francisco… y sin regreso.

El sobre cayó al suelo.

Ella no pareció comprender durante largo tiempo. Era como si jamás hubiese visto un billete de cinco dólares. Era como si jamás hubiese visto una tira de billetes de ferrocarril plegada en forma de acordeón. Se quedó mirándolos fijamente.

Luego comenzó a temblar un poco. Al principio sin ruido. Su rostro se contraía intermitentemente, alrededor de los ojos y de la boca, como si su expresión pugnara por estallar en alguna especie de atronadora emoción. Por un momento o dos pareció que al hacerlo, aquello sería llanto. Pero no lo era.

Era risa.

Sus ojos se achicaron hasta convertirse en ranuras oblicuas, y sus labios se agrandaron, y salieron broncos y entrecortados sonidos. Como risa ronca. Como risa expuesta a la lluvia demasiado tiempo, hasta enmohecerse y echarse a perder.

Se reía aún cuando sacó la maleta, la puso sobre la cama y la abrió. Se reía aún al llenarla y cerrarla de nuevo.

No parecía terminar de reír. Su risa era interminable. Era como un chiste de relato lento, inacabable, cuyo final no llega nunca.

Pero la risa debe ser alegre, vibrante y bullente.

Esta no lo era.

4

EL TREN HABÍA YA CONSUMIDO unos sólidos quince minutos en su incesante marcha, y ella aún no había encontrado asiento. Los asientos estaban ocupados con multitud de gente en viaje de vacaciones y lo estaban los pasillos y también los vestíbulos; jamás había visto ella un tren así. Se había retrasado demasiado antes de llegar a la barrera, caminando lenta y embarazosamente con su incómoda maleta, lo que le hizo llegar demasiado tarde. Su billete sólo le concedía subir, no le daba ninguna prioridad sobre cualquier sitio para sentarse.

Sin fuerzas, deshecha, exhausta, recorrió un pasillo tras otro, caminando en sentido inverso del tren, deteniéndose, balanceándose de un lado a otro, con el peso de la valija que le hacía encorvarse.

Todos estaban atestados de gente de pie y el vagón en que estaba ahora era el último. No había ningún otro después de éste. Los había revisado todos. Nadie le había ofrecido asiento. Este era un tren directo, sin parada alguna a través de estados enteros, y un acto de cortesía en estas condiciones hubiera venido espléndidamente. Este no era un tranvía o un ómnibus con recorridos de pocos minutos. Cuando uno se hacía el galante cediendo el asiento se quedaba de pie por cientos y cientos de kilómetros.

Ella se detuvo finalmente, y se quedó allí mismo, sólo por incapacidad de volverse y recorrer de nuevo el camino hasta el punto en que lo había iniciado. De nada le valía seguir adelante. Podía ver el final del vagón, sin más vagones.

Posó la maleta en sentido paralelo al pasillo, y trató de sentarse en el borde como vio que muchos lo hacían. Pero se tambaleó, a causa de su peso, y casi se desploma al querer afianzarse. Cuando se pudo acomodar apoyó la cabeza contra el borde lateral del asiento a su lado, y así se quedó. Demasiado cansada para saber, demasiado cansada para interesarse por nada, demasiado cansada hasta para cerrar los ojos.

¿Qué es lo que nos hace detenernos, cuando nos detenemos justamente allí? ¿Qué, qué es? ¿Es algo, o no es nada? ¿Por qué no un metro más acá, por qué no un metro más allá? ¿Por qué justo aquí donde estamos, y no en otro sitio cualquiera?

Algunos dicen: Es pura suerte, y si uno no se hubiese detenido allí lo habría hecho un poco más allá. En ese caso la historia habría sido distinta. Uno teje su propia historia a medida que avanza.

Pero otros dicen: Uno no se habría detenido en ningún sitio más que aquel, aunque lo hubiera querido. Estaba decretado, estaba ordenado, uno tenía que detenerse en aquel sitio y no en otro. Su historia lo espera a uno allí, lo espera desde hace cien años, desde mucho antes de haber nacido, y uno no puede cambiarle ni una coma. Todo lo que uno hace, tiene que hacerlo. Uno es la pequeña rama, y el agua sobre la que flota lo trajo hasta aquí. Uno es la hoja y el viento que lo ha levantado le trajo hasta aquí. Esta es la historia de uno, y no puede eludirla; uno es sólo el actor, no el director de escena. Es lo que dicen algunos.

En el suelo ante sus ojos bajos, por encima del borde del brazo del asiento, podía ver dos pares de zapatos puntiagudos, uno al lado del otro. En la parte de adentro, hacia la ventanilla, un par de diminutos escarpines, descocados, insolentes, sin talón, sin lados, sin punteras, en realidad sin otra cosa que tacones en forma de daga y un par de tiras. Y en el lado de afuera, los más próximos a ella, un par de zapatones de hombre, que en comparación parecían chatos, gruesos y tremendamente pesados. Estos pendían uno sobre el otro, de piernas cruzadas por encima de la rodilla.

No vio sus caras ni quería verlas. Ella no quería ver la cara de nadie. No quería ver nada.

Nada ocurrió por un momento. Luego uno de los escarpines se deslizó hasta uno de los zapatones, golpeó contra él suavemente, como tratando de un modo hábil de comunicar algo. El zapatón

permaneció ignorante; no captó el mensaje. Recibió la sensación, pero no la intención. Una mano grande se extendió hasta abajo, se frotó tentando el calcetín por encima del zapato y subió de nuevo.

El escarpín, como impaciente por semejante torpeza, repitió el intento. Pero esta vez se hundió más, y le dio un bocado, en el descubierto tobillo, sobre la coraza del zapatón.

Aquello surtió efecto. Se oyeron las hojas de un diario por arriba, como si hubieran sido quitadas del medio, para ver qué significaban los molestos topetazos.

Arriba fue susurrada una observación, demasiado bajo para que llegara a otro oído que no fuera al que iba dirigida.

Un gruñido interrogador, en timbre masculino, le contestó.

Al desenlazarse las piernas a que pertenecían, los zapatones se apoyaron totalmente en el suelo. Luego enfilaron ligeramente hacia el pasillo, como si su propietario se hubiera dado vuelta para mirar en aquella dirección.

La muchacha sentada en la maleta cerró los ojos cansada, para evitar la mirada que sabía se había posado en ella.

Cuando los abrió de nuevo, los zapatones habían salido por la abertura entre los asientos, y el que los calzaba estaba de cuerpo entero en el pasillo, al otro lado de ella. Por cierto un cuerpo bien desarrollado, uno ochenta de estatura.

—Ocupe mi asiento, señorita —la invitó—. Vamos, ocúpelo por un rato.

Ella trató de rehusar con una sonrisa apagada y un débil movimiento de cabeza. Pero el aterciopelado respaldo parecía tan cómodo.

La muchacha que permanecía reclinada en él apoyó la insistencia:

—Vamos, querida, siéntese aquí —repitió—. Él quiere que usted se siente. Los dos lo queremos. Usted no puede seguir así, ahí dónde está.

El aterciopelado respaldo parecía muy cómodo. Ella no podía quitarle los ojos de encima. Pero estaba casi demasiado agotada para levantarse y cambiar de lugar. Él tuvo que inclinarse y tomarla de un brazo y ayudarla a levantarse de encima de la maleta y hacerla mover.

Los ojos de la muchacha se cerraron de nuevo un momento, en

un placer inefable, al reclinarse en el asiento.

—Eso es —dijo él con cordialidad—. ¿No está mejor así?

Y la muchacha a su lado, su nueva compañera de asiento:

—¡Qué cansada está! Jamás vi a nadie tan rendido.

Ella sonrió en agradecimiento, y aún trató de protestar levemente, aunque el acto ya se había consumado, pero ambos pasaron por alto sus protestas.

MIRÓ A LOS DOS. Ahora por lo menos quería ver sus rostros aunque no el de nadie más, aunque hacía sólo un momento no hubiera querido ver ninguno, en ninguna parte, jamás. Pero la bondad es una forma de restaurativo.

Ambos eran jóvenes. Bueno, ella también lo era. Pero ellos eran felices, disfrutaban de los dones del mundo, eso era lo que la diferenciaba de sus nuevos conocidos. Se reflejaba en ambos. Era una especie de dorada incandescencia viva dentro de los dos por igual, algo que era más que un mero buen humor, algo que era más que una mera buena suerte, y en los primeros momentos no podía decir a qué se debía. Luego, en un instante, sus ojos, y cada movimiento de la cabeza, y cada movimiento del cuerpo, descubrió lo que era: ambos estaban supremamente, rebosantemente enamorados el uno del otro. Resplandecía en ellos, casi como fósforo.

Amor joven. Amor nuevo, inmaculado. Ese primer amor que todos sentimos sólo una vez y que jamás vuelve.

Pero, al hablar, este amor se manifestaba inversamente, a lo menos por parte de ella, si no de él; casi cada observación que ella le hacía era un amistoso insulto, un suave menosprecio, una afable desestimación. Ella no parecía tener para él una palabra tierna, ni siquiera esa general consideración humana. No obstante, sus ojos la traicionaban. Y él comprendía. Él tenía aquella sonrisa para la ultrajante insolencia de ella, que idolatraba, que adoraba, que comprendía tan bien.

—Bueno, anda —dijo ella con un perentorio manotazo—. No te quedes ahí como un bobo, mirándonos de ese modo. Ve a ver si

encuentras algo en qué entretenerte.

—¡Oh, perdonen! —dijo él, e hizo como si se levantara el cuello de la chaqueta, como si helara. Echó una mirada de un extremo al otro del pasillo—. Me parece que me voy a la plataforma a fumar un cigarrillo.

—Fúmate dos —repuso ella desinteresada—. Para lo que me importa.

Él se dio vuelta y echó a andar por el atestado pasillo.

—Fue una amabilidad de parte de él —dijo la recién llegada, agradecida, mirando en la dirección que había tomado el hombre.

—¡Oh, se puede tolerar! —dijo su compañera—. Tiene su lado bueno —se encogió de hombros. Pero sus ojos la traicionaban.

Echó una mirada para asegurarse de que él no la oía. Luego se inclinó ligeramente hacia la otra, y bajó la voz.

—Me di cuenta en seguida —dijo—. Por eso hice que se levantara. Me refiero a lo de usted.

La muchacha de la maleta bajó la vista por un instante, confusa, suplicante. No dijo nada.

—Yo también lo estoy. No es usted sola —se apresuró a decir su compañera, con leves señales de vanagloria, como si no pudiese esperar más para declararlo.

La muchacha dijo: «Oh.» No sabía qué otra cosa decir. Sonó desafinado, superficial; lo mismo que cuando se dice: «¿De veras?» o «¡No diga!» Trató de forzar una sonrisa de amable comprensión, pero sin lograrlo. Por no estar acostumbrada a sonreír, quizá.

—Siete meses —agregó la otra gratuitamente.

La muchacha podía sentir los ojos de la otra posados en ella, como si esperase una correspondencia de su parte, aunque sólo fuera por el hecho de saber.

—Ocho —dijo ella, a media voz. No quería, pero lo dijo.

—Admirable —fue el elogio de su compañera por esta aritmética información—. Maravilloso —como si alguna especie de casta estuviera involucrada en eso, e inesperadamente se encontrara hablando con uno de los más fuertes puntales de la nobleza: una duquesa o una marquesa, que la sobrepasaba treinta días. Y todo alrededor de ellas, orgullosamente ignorado, el común del género femenino.

—Admirable, maravilloso —hizo eco interiormente la

muchacha, y su corazón exhaló un atemorizado, audible suspiro.

—¿Y su esposo? —preguntó seguidamente la otra—. ¿Va usted a reunirse con él?

—No —dijo la muchacha, mirando fijamente el verde terciopelo del respaldo del asiento frente a ellas—. No.

—¡Oh! ¿Lo deja usted en Nueva York?

—No —contestó la muchacha—. No —parecía verlo escrito, en letras movibles, que desaparecían una vez leídas—. Lo he perdido.

—¡Oh, lo sien…! —su alegre compañera pareció conocer la pena por primera vez, algo más que pena por una muñeca rota o la traición de una colegiala. Era como una nueva experiencia que se reflejara en el radiante rostro. Y era, aun ahora, como si se tratara de la pena de otro, no suya propia; esa era la impresión que daba. Que jamás ella había sentido una pena propiamente suya, que no la sentía ahora, y nunca la sentiría. Una de esas benditas rarezas estelares que iluminaban su paso a través del oscuro valle del mundo.

Se comió el resto de la exclamación de simpatía, mordiéndose el labio superior; se inclinó impulsivamente y posó su mano sobre la de su compañera, un momento, y la retiró de nuevo.

Luego, con buen tino, no hablaron más acerca de esas cosas. Cosas esenciales como nacimiento y muerte, que tanta alegría pueden producir, así como tanto dolor.

**ELLA,
ESTA
CRIATURA** acariciada por el sol, tenía el cabello color oro maíz. Lo llevaba como una confusa aureola que se esponjaba por toda su cabeza. Tenía pecas que parecían pequeños lunares pintados con oro, salpicaduras de la brocha de algún descuidado pintor diseminadas por sus mejillas de damasco, con un borrón en el puente de su diminuta, atrevida naricilla. Su boca era la parte bonita de ella. Y si el resto de su cara no igualaba totalmente su incomparable hermosura, la boca sola era suficiente para hacerle parecer adorable, sin más ayuda, ya que, en efecto, atraía sobre sí toda la atención. Así como una luz sola es suficiente para iluminar una habitación sencilla; no se necesita disponer de toda una araña.

Cuando sonreía, todo sonreía con ella. Su nariz se arrugaba, sus cejas se arqueaban, sus ojos se entornaban, y los hoyuelos aparecían donde antes no había habido ni trazas de ellos. Parecía como si riese mucho. Parecía como si tuviese mucho de qué reír.

Jugaba continuamente con el anillo de compromiso que tenía en el dedo anular. Lo acariciaba, por así decirlo, lo mimaba. Probablemente lo hacía ya sin darse cuenta; debía ser un hábito. Pero originariamente, hacía meses, cuando lo empezó a usar, cuando era una cosa nueva para ella, debió haberse sentido tan desenfrenadamente orgullosa con él, que experimentó la necesidad de mostrarlo a todo el mundo en todo momento —como para decir: «¡Mírenme! ¡Miren lo que tengo!»—; debía quererlo tanto que le era imposible pasar mucho tiempo sin acariciarlo. Y ahora, aunque el orgullo y la estima no habían menguado, aquello se había convertido en pequeño y persistente hábito. Fueran los que fuesen los movimientos de sus manos, fueran los que fuesen sus ademanes, siempre se las componía para que dar encima de todo, lo más visible para el espectador.

Tenía una hilera de diamantes, y un zafiro a cada extremo. Advirtió la mirada de su nueva compañera de asiento posada en él, y lo hizo girar un poco más en su dirección, para que así pudiera observarlo mejor, lo frotó ligeramente con sus dedos, como para limpiarle la última, hipotética partícula de polvo. Frote con el que simulaba que ya no le importaba. Lo mismo que su actitud hacia el hombre simulaba que a ella ya tampoco le importaba nada. Frote que mentía descaradamente.

CHARLABAN ABSORTAS, COMO dos personas que acaban de entablar amistad. Cuando reapareció él unos diez minutos más tarde. Se les acercó accionando secreta y misteriosamente de un modo más bien ostentoso. Primero miró con sigilo a derecha e izquierda, como si fuera portador de noticias del mayor secreto. Luego ocultó el lado de la boca con el borde de una mano. Entonces se inclinó y susurró:

—Pat, un camarero me acaba de dar un dato. Dentro de dos minutos van a abrir el coche-comedor. Información especial,

secreta, adelantada. Tú sabes lo que eso significa con tanta gente. Lo mejor es que nos vayamos aproximando si queremos estar a salvo de la primera embestida. Tan pronto se pase la voz se va a producir una carrera.

Ella se puso de pie de un salto.

Pero él la frenó en seguida con las palmas de las manos, con cómica vehemencia.

—¡Pss! ¡No lo pregones! ¿Qué te propones? Obra como si no quisieras ir a ningún lado en especial, como si sólo te pusieras de pie para estirar las piernas.

Ella ahogó una maliciosa risilla.

—Cuando me encamino al coche-comedor, me es imposible obrar como si no me dirigiera a ningún lado en especial. Es algo más fuerte que yo. Te podrías dar por satisfecho si me alcanzaras en una 200 carrera de veinte metros.

Pero para estar de acuerdo con las ideas de maquiavélica duplicidad de él, ella arqueó exageradamente los pies y salió de puntillas al pasillo, como si el mayor o menor ruido que se produjese tuviera alguna relación con lo que trataban de hacer.

Al pasar tiró resueltamente de la manga a la muchacha que tenía a su lado.

—Vamos. Usted viene con nosotros, ¿no? —susurró conspiradoramente.

—¿Y los asientos? ¿Los vamos a perder?

—No si ponemos sobre ellos el equipaje. Eso es, así —alzó la valija de la otra muchacha, que hasta entonces había permanecido en el pasillo, y entre las dos la colocaron en el asiento, bloqueándolo en efecto.

La muchacha estaba ahora de pie, desplazada por la maleta pero aún se rezagaba, vacilando en cuanto a acompañarlos.

La joven esposa pareció comprender; era rápida de pensamiento. Hizo que él echara a andar adelante, para que no las oyera y les abriese paso. Luego se volvió a su compañera con tono tranquilizador.

—No se preocupe por… nada; él se hará cargo de todo —y luego, haciéndola confidente en aquello, para reducir al mínimo la turbación de la otra, le prometió—: Yo me ocuparé de eso. Para eso están ellos, de todos modos.

La muchacha trató de balbucear una negativa insincera, que simplemente probaba que la conjetura había sido acertada.

—No, no es eso… No me gusta ha…

Pero su nueva amiga ya había tomado su aceptación como un hecho, no quería perder más tiempo en eso.

—Apresúrese, lo vamos a perder de vista —instó—. Ya cierran el paso detrás de él.

La hizo marchar delante de sí, con su mano colocada amistosamente en la cadera de la parte de afuera.

—Usted no puede abandonarse, y menos ahora —le previno en voz baja—. Yo lo sé. Eso mismo me lo advirtieron a mí.

El esposo, mientras tanto, abría un amplio espacio para ellas en medio del atestado pasillo, haciendo que la gente se inclinara todo lo que podía sobre los asientos para dar paso. No obstante, sin una mala mirada. Parecía ser de esa pasta; afable pero firme.

—Siempre es bueno tener un esposo que ha jugado al fútbol —comentó su esposa con satisfacción—. Le quita a una los obstáculos del medio. Mire qué espaldas más anchas tiene.

Cuando lo alcanzaron ella se quejó con petulancia:

—Espérame, ¿quieres? Tengo dos que alimentar.

—También yo —fue la descortés respuesta que él le dio por encima del hombro—. Y los dos soy yo.

Fueron, gracias a la previsión de él, los primeros en el coche-comedor, que pocos momentos después de haber sido abiertas las puertas ya estaba repleto. Se adueñaron de una excelente mesa para tres, en diagonal con la ventana. Los desafortunados tuvieron que esperar haciendo cola afuera en el pasillo, ante la puerta, desconsideradamente cerrada en sus narices.

—Para que no nos sentemos a la mesa sin saber aún el nombre de cada cual —dijo la joven esposa, desdoblando su servilleta jovialmente—, él es Hazzard, Hugh, y yo Hazzard, Patrice —sus hoyuelos aparecieron despectivos—. Nombre gracioso, ¿no le parece?

—Sé más respetuosa —protestó su joven esposo, sin apartar la vista del menú—. Sólo te estoy probando con él. Aún no he decidido si lo vas a llevar o no.

—Ahora es mío —fue la lógica femenina que obtuvo—. Yo no he decidido si te lo voy a dejar a ti o no.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó a la invitada.

—Georgesson —dijo la muchacha—. Helen Georgesson.

Sonrió vacilante a los dos. A él le mostró la esquina exterior de su sonrisa, a ella el centro. No era una sonrisa amplia, pero tenía profundidad y gratitud, por leve que fuese.

—Ustedes dos han sido muy bondadosos conmigo —dijo.

Bajó la mirada al menú que tenía extendido entre sus manos, a fin de que ellos no advirtieran la llama de emoción que por un momento hizo temblar sus labios.

—Debe ser extraordinariamente divertido ser…, ustedes —murmuró anhelante.

5

CUANDO LAS LUCES PRINCIPALES de su vagón fueron apagadas, a eso de las diez, a fin de que aquellos que quisieran dormir pudieran hacerlo, ellas eran ya viejas y buenas amigas. Eran ya, una para la otra, «Patrice» y «Helen»; esto, como puede suponerse, a instancias de Patrice. La amistad florece muy pronto en el ambiente cerrado del viaje; en un espacio de horas, a veces, florece del todo. Luego se deshace con la misma rapidez, por la inevitable separación de los viajeros. Raramente sobrevive mucho tiempo a la separación. Ese es el motivo de que la gente, tanto en barco como en ferrocarril, tenga menos reticencias entre sí, se cambie confidencias más rápidamente, no guarde secretos; no volverán jamás a verse, ni a preocuparse por la opinión que puedan haberse formado de uno, de si es buena o mala.

Las pequeñas luces laterales de que estaba provisto individualmente cada asiento, que podían encenderse y apagarse a voluntad, seguían en su mayor parte encendidas, pero el coche estaba ahora más oscuro y tranquilo, con algunos de sus ocupantes dormitando. El marido de Patrice, inerte, el sombrero sobre el rostro, estaba sentado en la maleta que de nuevo había sido colocada cerca de su primitivo asiento, las piernas cruzadas precariamente apoyadas en el borde del asiento delantero. Sin embargo, parecía bastante cómodo, a juzgar por los sonoros ruidos que de vez en cuando escapaban de debajo de su sombrero. Hacía ya una hora que había abandonado la conversación con ellas, y, esto como comentario poco amable en cuanto a la importancia de los hombres en las conversaciones femeninas, según todas las

apariencias ni siquiera había sido echado de menos.

Patrice hacía el papel de vigía, sus ojos atenta y celosamente fijos en determinada puerta, al final del pasillo, a sus espaldas, oscuro y distante. Para hacerlo se había arrodillado erguida en el asiento, en sentido inverso, mirando atentamente por encima del respaldo. La un tanto despreocupada posición, sin embargo, no impedía en modo alguno el chorro de su conversación, que fluía tan libre y alegremente como siempre. Salvo que, por su elevada posición de ahora, el asiento próximo de atrás disfrutaba el privilegio de la mayor parte, al mismo tiempo que de ella misma. Afortunadamente, empero, sus ocupantes estaban inhabilitados para tener un gran interés en ello por dos razones: ambos eran hombres y ambos dormían.

Una franja de luz reflejada se deslizó súbitamente por el bruñido cromo de la puerta que atraía su atención.

—Acaba de salir —dijo con una explosión de silbidos, y efectuó una serie de movidas contorsiones, vueltas y caídas en el asiento, como si esto fuera algo vital que debía ser hecho inmediatamente—. ¡De prisa! ¡Ahora! Ahora nos toca a nosotras. Adelántese. Antes de que alguna otra nos gane la mano. Tres asientos más allá hay una gorda que ha estado sacando una a una sus cosas. ¡Si llega a entrar primero estamos perdidas! —llevada por su propia excitación (y, para ella, todo en la vida parecía deliciosa, emocionantemente excitante), llegó hasta a dar a su compañera de asiento un suave empujón y la instó—: ¡Corra! Ocupe la puerta para nosotras. Si ella ve que usted llega primero quizá desista.

Pinchó a su dormido esposo cruel e inhumanamente en muchos lugares a la vez, para hacerlo volver en sí.

—¡Rápido! ¡Hugh! ¡El neceser! Vamos a perder nuestro turno. ¡Ahí arriba, estúpido! Ahí arriba en el portaequipaje.

—Perfectamente, despacio —protestó el somnoliento Hugh, los ojos ocultos aún del todo bajo el ala del sombrero—. Habla, habla, habla. Blablabla, blablabla, blablabla. La mujer ha nacido para hacer ejercicios de mandíbula.

—El hombre ha nacido para que le peguen en la suya, si no es listo.

Por fin él apartó el sombrero.

—¿Qué quieres ahora? Bájalo tú misma.

—¡Bueno, quita tus largas piernas del camino y déjanos pasar! Bloqueas el paso…

Él hizo una especie de maniobra de puente levadizo, plegando las piernas, ciñéndolas, y estirándolas luego de nuevo después de efectuado el paso.

—¿A dónde van con tanta prisa? —preguntó él ingenuamente.

—¿Vamos, no es estúpido? —comentó Patrice hablando a su compañera.

Las dos salieron casi a la carrera por el pasillo, sin molestarse en darle más explicaciones.

—Unos brazos tan largos, y de nada me sirven en un apuro… —se quejó ella a su compañera, balanceando la maletita.

Él se había dado vuelta para observarlas con curiosidad, en una ignorancia completamente sincera. Luego dejó escapar un «Oh». Comprendió ahora su destino, aunque no la algazara producida. Después se bajó de nuevo el sombrero hasta la nariz, para reanudar sus interrumpidos sueños en el punto en que habían sido cortados por aquel alboroto femenino.

MIENTRAS TANTO, PATRICE había cerrado tras de ellas la puerta cromada y hecho girar con desafiante exclusión el cerrojo. Luego dejó escapar una profunda bocanada de aire.

—¡Ea! Estamos adentro. Y la posesión es nueve décimas de la ley. Voy a tomarme todo el tiempo que quiera —anunció con determinación, posando el neceser y ✓abriéndolo—. Si alguien más quiere entrar, que es espere. De cualquier modo aquí sólo caben dos. Y aun así tienen que ser muy buenas amigas.

—De todos modos somos casi los únicos que permanecemos despiertos —dijo Helen.

—¿Quiere algunas? —Patrice sacó un abultado puñado de toallitas faciales que compartió con su amiga—. Las eché mucho de menos en el Otro Lado del Charco. Por nada del mundo pude conseguirlas. Las pedía en todas partes, pero no me entendían…

Se detuvo y echó una mirada a su compañera.

—¡Oh!, usted no tiene nada que quitarse, ¿verdad? Bueno, tome,

póngase de esto; así tendrá algo que retirarse después.

Helen rió.

—Usted hace que me sienta más contenta —dijo con una especie de anhelante admiración.

Patrice encogió los hombros e hizo un gesto picaresco.

—Es mi última cana al aire, posiblemente. Desde mañana por la noche en adelante quizá tenga que comportarme lo mejor que pueda. Juiciosa y callada —puso la cara larga, y cruzó las manos contra su vientre, en remedo de un clérigo puritano.

—¡Ah, es porque va a estar con sus padres políticos! —recordó Helen.

—Hugh dice que en modo alguno son así; no tengo por qué preocuparme, en absoluto. Pero, naturalmente, puede que sea una ligera predisposición suya en favor de ellos. No lo tendría en muy buen concepto si no fuese así.

Se frotaba un imaginario círculo blanco en cada mejilla, y luego lo extendía, con la boca abierta durante todo el tiempo, aunque esto no desempeñase papel alguno en el rito mismo.

—Vamos, sírvase usted misma —invitó—. Introduzca el dedo y saque una porción. No sé lo que esto pueda hacerle a una, pero huele bien, de modo que nada se pierde.

—¿Es verdad lo que usted me dijo? —preguntó Helen, mientras seguía las indicaciones— ¿Que jamás la han visto a usted? No puedo creerlo.

—Es verdad, que me muera si en la vida pusieron los ojos en mí. Conocí a Hugh en el Otro Lado, como le conté esta tarde, y nos casamos allá, y allá hemos vivido hasta ahora. Mis padres habían muerto, y yo fui becada, estudiaba música, y nos dieron un puesto en una de esas agencias del gobierno; uno de esos equipos conocidos por la sigla, ¿comprende? Ni siquiera saben cómo soy.

—¿Ni siquiera les mandó usted una foto? ¿Ni aun después de casarse?

—Jamás nos hicimos sacar ni siquiera una foto de boda; usted sabe cómo somos los jóvenes de hoy en día. ¡Pim, pam, pum! y ya estábamos casados. Varias veces me propuse enviarles una mía, pero nunca me sentí satisfecha del todo con las que tenía. Muy exigente, usted sabe; quería hacer muy buena impresión de entrada. Una vez Hugh me hizo ir a un fotógrafo, pero cuando vi las pruebas

le dije: «¡Sólo pasando sobre mi cadáver mandarás esto!» ¡Qué fotógrafos los franceses! Sabía que con el tiempo los conocería, y como las instantánea son tan…, tan… Por lo menos las que saco yo. Así que terminé por decirle: «Ya que he esperado tanto, ahora no voy a mandarles cualquier cosa. Lo dejaré para la sorpresa, que me vean en persona, cuando llegue el momento. De ese modo no se formarán ilusiones falsas para sufrir más tarde un desengaño.» También solía pasar todas sus cartas por la censura, no le permitía que hiciera descripciones de mí. Ya se puede imaginar lo que él habría dicho: «Una Mona Lisa, Venus en la concha», etc. Cuando lo sorprendía, yo me decía: «¡No, nada de eso!», y se lo borraba. Por ese motivo tuvimos muchas carreras, persiguiéndonos uno al otro por la habitación, tratando de recobrar yo la carta, o de quitármela él.

Se tornó seria un momento. O por lo menos tanto como parecía ser capaz.

—Ahora le confieso que me arrepiento de haberlo hecho. Me refiero al juego de escondite a que los sometí. Tengo miedo. ¿Cree usted que les agradaré? Supongamos que en su expectación ellos me ven completamente distinta de lo que yo soy, y…

Como el niño que en la escena radiofónica charla y charla acerca de un coco que él mismo se forjó, hasta que termina por asustarse del mismo.

—¿Cómo diablos se hace para que no se vaya el agua de estos aparatos? —se interrumpió. Golpeó ligeramente el émbolo del lavabo—. Cada vez que logro llenarlo, allá se va el agua por el caño.

—Dele media vuelta, y después apriételo un poco, creo.

Patrice se quitó el anillo de compromiso antes de meter las manos en el agua.

—Téngame esto, quiero lavarme las manos. Tengo pánico de perderlo. Una vez, en la Otra Orilla, se me fue por un desaguadero, y para encontrarlo tuvieron que sacar toda una sección de cañería.

—Es precioso —dijo Helen ansiosa.

—¿No es cierto? —convino Patrice—.

¿Ve usted? Tiene nuestros nombres grabados en la parte interior. ¿No es una buena idea? Póngaselo en su dedo un momento, para más seguridad.

—¿No dicen que es de mala suerte hacerlo? Quiero decir, el que usted se lo quite y yo me lo ponga.

Patrice sacudió la cabeza con jactancia.

—Yo no podría tener mala suerte —proclamó. Era casi un desafío.

—Y yo —pensó Helen con tristeza— no podría tenerla buena.

OBSERVÓ CURIOSA A MEDIDA que su anillo bajaba a lo largo de su dedo, fácilmente, sin forzarlo. Sentía en ello una curiosa sensación familiar, como de algo que debía haber estado allí hacía tiempo, que le correspondía y que extrañamente le había faltado hasta ahora.

—De modo que esto es lo que se siente —se dijo a sí misma con acritud.

El tren seguía machacando, su desaforado estruendo sonaba amortiguado allí dentro donde ellas estaban, hasta ser sólo un sordo ruido metálico.

Patrice dio un paso atrás, por fin completada su *toilette*.

—Bien, esta es mi última noche —suspiró—. A estas horas mañana por la noche ya estaremos allá, lo peor habrá pasado —se agarró sus propios brazos, en una especie de temblor de miedo—. Espero que sea de su agrado lo que les ha tocado —nerviosa, se miró de perfil de arriba abajo en el espejo, se arregló el cabello.

—A usted le irá bien, Patrice —la tranquilizó Helen suavemente —. Usted tiene que gustar a todo el mundo.

Patrice cruzó los dedos y los levantó para mostrárselos.

—Hugh dice que ellos están en muy buena posición —siguió charlando—. Eso empeora mucho las cosas algunas veces —rió entre dientes recordando—. Deben estarlo. Hasta tuvieron que mandarnos el pasaje para el regreso. Durante todo el tiempo que permanecimos allá anduvimos siempre a la cuarta pregunta. No obstante, nos hemos divertido mucho. Creo que es cuando uno más se divierte, cuando se anda a la cuarta pregunta, ¿no es verdad?

—Algunas veces no… —recordó Helen, pero no contestó.

—¡De todos modos —siguió el parloteo de su confidente—, tan pronto como se enteraron que yo estaba esperando, eso los decidió!

No quisieron hacerse a la idea de que yo fuera a tener mi hijo allá. En realidad yo tampoco tenía muchos deseos, ni Hugh lo quería. Debe venir al mundo en los buenos viejos Estados Unidos, ¿no le parece? Es lo menos que uno puede hacer por ellos.

—Algunas veces es todo lo que uno puede hacer por ellos —pensó Helen sombría—. Eso… y diecisiete centavos.

También había terminado a su vez.

Patrice propuso:

—Quedémonos aquí un poco más para fumar un pitillo, ya que estamos adentro. No parece que haya nadie esperando afuera. Si ahí afuera se nos ocurre hablar, alguien nos va a chistar para que guardemos silencio; todos parecen querer dormir— la llamita del encendedor centelleó como un reflejo cobrizo en los espejos y resplandecientes cromos alrededor de ellas. Exhaló un suspiro de verdadera satisfacción—. Me encantan estas charlas con otra muchacha antes de acostarme. Han pasado siglos desde la última vez que pude charlar así. Creo que fue cuando estaba en el colegio. Hugh dice que yo soy una mujer mujer —se detuvo de pronto y lo pensó haciendo un ademán de burla con la cabeza—. ¿Es eso bueno o malo? Tengo que preguntárselo a él.

Helen no pudo reprimir una sonrisa.

—Bueno, me parece. Yo no querría ser una mujer hombre.

—¡Tampoco yo! —agregó apresuradamente Patrice—. Eso me hace pensar siempre en alguien que emplea un lenguaje soez y escupe por una esquina de la boca.

Ambas rieron por un momento al unísono con risa ahogada. Pero el cerebro de mariposa de Patrice ya había saltado hacia otro tema, al arrojar la ceniza en el receptáculo de desperdicios.

—Lo que yo me pregunto: ¿podré fumar abiertamente cuando esté en casa? —se encogió de hombros—. ¡Oh, bueno, siempre hay un escondite!

Y luego, súbitamente había vuelto de nuevo a la mutua condición de ambas.

—¿Tiene usted miedo? Por eso, ¿comprende?

Helen hizo la afirmación con los ojos.

—Yo también —dio una reflexiva chupada—. Yo creo que todo el mundo lo tiene, un poco, ¿no le parece? Los hombres no creen que lo tenemos. Me basta con mirar a Hugh —se le ahondaron sus

hoyuelos con una expresión jocosa— para ver que él tiene suficiente miedo por los dos, de modo que no tengo que dar a entender que yo también lo tengo. Así lo animó a él.

Helen se preguntaba cómo sería tener a quien hablar de aquello.

—¿Se sienten ellos contentos por eso?

—¡Oh, claro! Están como locos. Es el primer nieto, ¿comprende? Ni siquiera nos preguntaron si desearíamos volver. «Tienen que embarcarse al instante», sin más.

Enfiló la colilla de su cigarrillo por uno de los desaguaderos, y lo apagó con un chorrito de agua.

—¿Lista? ¿Volvemos a nuestros asientos?

Ambas hacían ahora pequeñas cosas. Toda la vida es eso, el continuo hacer pequeñas cosas, desde el comienzo hasta el fin. Y de repente una cosa grande cae en medio de todo…, ¿y dónde están las pequeñas cosas, qué se hizo de ellas, que fueron?

Su mano estaba en la puerta, hacía retroceder el pequeño cerrojo que Patrice había corrido anteriormente, al entrar. Patrice se encontraba en algún lado detrás de ella, guardando algo en el estuche abierto, a punto de cerrarlo y salir con él. Pudo verla vagamente en la lámina de cromo que tenía ante sí. Pequeñas cosas. Pequeñas cosas que forman la vida. Pequeñas cosas que terminan…

SUS SENTIDOS LE HICIERON una jugarreta. No tuvieron tiempo de sincronizar con lo que ocurrió. La engañaron. Tuvo una fugaz impresión, primero, de haber hecho algo indebido a la puerta, de haberla arrancado por entero. Sólo al tocar aquel pequeño cerrojo. Era como si tirara hacia sí la hoja entera de la puerta. Como si ésta cayera con todo su peso, con bisagras y todo, al desprenderse del marco. Sin embargo, no fue así. En modo alguno llegó a desprenderse, jamás se separó de la sección del tabique de que formaba parte. De modo que la segunda fugaz impresión, igualmente falsa y también cosa de segundos, fue que todo el tabique del compartimento, puerta incluida, se tambaleaba, amenazaba caer sobre ella. Sin embargo, tampoco eso llegó a ocurrir. En cambio, todo el recinto pareció volverse patas arriba,

girar sobre un eje retorcido, de modo que lo que hasta entonces había sido la pared delante de ella, hacía ahora de techo; y lo que había sido el piso por el que había andado había cambiado de lugar y era ahora la pared que se levantaba delante. La puerta había quedado irremediablemente fuera de su alcance; era una trampa cerrada sobre la cabeza, imposible de alcanzar.

Las luces se apagaron. Toda luz desapareció, aunque tan vívidamente explosivas fueron las imágenes sensoriales que pasaron en torbellino por su cabeza que por su propia incandescencia resplandecían en medio de la oscuridad; le tomó comparativamente un largo tiempo darse cuenta de que estaba rodeada por una oscuridad total, que ya no podía ver físicamente. Sólo en el resplandor crepuscular del terreno imaginario.

Se produjo una desagradable sensación, como si las vías, en vez de ser rígidas barras de acero, se hubieran vuelto blandas cintas ondulantes, y el tren tratara aún de seguir avanzando sobre la distorsionada curvatura. El vagón parecía subir y bajar, como un ferrocarril cinematográfico que efectúa escorzadas zambullidas y saltos cada vez más rápido y más rápido y más rápido. En la distancia, en algún lugar, se demolía, se reducía a astillas, y el ruido parecía cada vez más cerca, a medida que se aproximaba. Le recordó un molinillo de café que habían tenido en su casa, cuando era chica. Pero aquello no lo engullía a uno, triturando todo lo que encontraba, como lo hacía éste.

—¡Hugh! —el mismo suelo deshecho pareció gritar detrás de ella. Sólo una vez.

Después todo quedó en silencio.

TUVO IMPRESIONES SECUNDARIAS. De junturas que se separaban, y de fuertes secciones de metal que eran dobladas por encima de su cabeza, hasta que el espacio en que había quedado aprisionada dejó de ser cuadrado; ahora tenía la forma de una tienda. La oscuridad se aclaró momentáneamente en una súbita palidez espectral cálida y áspera a la respiración. Vapor de un escape. Luego se achicó de nuevo y la oscuridad se hizo completa. Por arriba, en alguna parte,

una luz anaranjada revoloteó, se apagó, se volvió a encender, y también desapareció.

Ningún ruido ahora, ningún movimiento. Todo tranquilo, soñador, y olvidado. ¿Qué era esto? ¿Sueño? ¿Muerte? Ella no creía que lo fuera. Pero tampoco era vida. Recordaba la vida; la vida había sido sólo hacía unos minutos. La vida había tenido mucha luz, y gente, y movimiento, y sonido.

Esto debía ser otra cosa. Algún estado transitorio, alguna otra condición que no conocía hasta ahora. Ni la vida, ni la muerte, sino algo intermedio.

Fuera lo que fuese, aquello traía dolor; era todo dolor, sólo dolor. Dolor que empezaba levemente, y crecía, y crecía, y crecía. Ella trató de moverse, y no pudo. Una pequeña cosa redonda, fría y mojada, a sus pies, le impedía moverse. Estaba atravesada delante de ella, como un grifo fuera de su sitio. Si ella pudiese gritar, tal vez eso la aliviara. Pero no parecía capaz de hacerlo.

Se oyó a sí misma gemir, y cerró los ojos. El dolor desapareció. Pero se llevó todo consigo: pensamiento, conocimiento, conciencia.

Abrió los ojos de nuevo, a disgusto. ¿Minutos? ¿Horas? Ella no lo sabía. Sólo quería dormir, dormir un poco más. Pensamiento, conocimiento, conciencia, retornaron. Pero el doolr no volvió. Este parecía haberse ido para siempre. En su lugar sentía sólo la lasitud de ahora. Se oyó a sí misma gemir suavemente, como un gatito. ¿Pero era ella?

Ella sólo quería dormir, dormir un poco más. Y ellos hacían tanto ruido que no la dejaban. Golpeaban y machacaban las láminas desprendidas de estaño, y quitaban cosas del camino. Dio vuelta levemente a la cabeza, en protesta.

Un atenuado rayo de luz apareció, por alguna parte encima de su cabeza. Era como un largo dedo delgado, una vara, que la buscaba, apuntaba hacia ella, trataba de encontrarla en la oscuridad.

En realidad no la tocó, pero siguió la exploración en su busca por todo el lugar, menos donde ella estaba.

Ella sólo quería dormir. Maulló levemente en protesta —¿era ella?— y de pronto se produjo una furiosa actividad, los golpes fueron más rápidos, la búsqueda se hizo más febril.

Luego todo se interrumpió súbitamente, se produjo un paro

completo, y la voz de un hombre se oyó directamente encima de ella, extrañamente ahuecada y confusa, como cuando se habla a través de un tubo.

—Calma. En seguida estaremos ahí. Sólo un minuto más, querida. ¿No puede usted esperar? ¿Está herida? ¿Se encuentra mal? ¿Hay alguien más con usted ahí abajo?

—No —contestó ella débilmente—. Yo… acabo de dar a luz.

6

EL RESTABLECIMIENTO FUE COMO una progresiva igualación de solsticios muy desnivelados. Al principio el tiempo era todo noches, ininterrumpidas noches polares, con diminutas fracciones de días de un minuto o dos de duración cada vez. Las noches eran sueño y los días desvelo. Luego, poco a poco, los días se alargaron y las noches se acortaron. Hasta que, en vez de muchos pequeños días durante el término de las veinticuatro horas, había sólo uno largo, como debía ser. Pronto éste comenzó a extenderse al final, para continuar después de la puesta de sol hasta abarcar la primera hora o la segunda de la noche. En vez de muchos pequeños días fragmentarios en una noche, había muchas pequeñas noches fragmentarias durante el día. Ligeros sueños o siestas. Los solsticios se habían invertido por sí solos.

El restablecimiento estaba asimismo en un segundo plano, concurrente. La dimensión entraba en él tanto como la duración. El espacio físico del lugar en que ella estaba se expandía a la par de los días. Primero había sólo una reducida área a su alrededor que entraba poco a poco en su conocimiento: las almohadas detrás de su cabeza, el tercer barrote superior de la cama, un rostro borroso a su lado, que se inclinaba sobre ella, se marchaba, y luego volvía en sí entonces más que en ningún otro momento. Era alimento y bebida y luz del sol; era su salvavidas. El resto permanecía fuera de foco, perdido en la brumosa distancia que se extendía a su alrededor.

Pero este espacio de visibilidad también se expandió. Alcanzó a ver el pie de la cama. Luego pasó sobre esto hasta el amplio hueco de la habitación que tenía delante, con su fondo oculto a la vista.

Llegó después a las paredes de la estancia, en sus tres lados, y por el momento no pudo ir más lejos; ellas no se lo permitían. Pero ésta no era ya una limitación de una inadecuada conciencia, era la limitación de un objeto físico. Ni los ojos en buen estado eran capaces de atravesar las paredes.

Era una habitación agradable. Una habitación infinitamente agradable. Este no podía ser un efecto logrado al azar. Resultaba demasiado aparente, en todo lo que se veía; fuera lo que fuera, era lo más apropiado: tanto en lo que se refiere al color, la proporción, acústica, tranquilidad y bienestar y, sobre todo, seguridad personal y santuario, la sensación de pertenecer a alguna parte por fin, de haber hallado un cielo, un puerto, de quedar tranquila. El cúmulo de la capacidad científica y conocimientos, por lo tanto, debían haber entrado en ello, para lograr aquel efecto acumulativo que su cerebro podía sólo catalogar como agradable.

EL EFECTO DE CONJUNTO era el de un cálido resplandeciente tono marfil, no uno frío, el blanco de clínica. Había una ventana a la derecha de su cabeza, con una persiana. Y cuando ésta permanecía abierta, el sol entraba en un sólido haz como una laja, como un trozo de mineral de cobre. Cuando estaba cerrada, los desmembrados rayos se amortiguaban y formaban una bruma salpicada de puntos dorados que se adherían a toda la ventana como un halo. Otras veces corrían las tablillas hasta juntarlas, y formaban una fresca sombra azul en la habitación, y esto también era agradable, a uno le hacía cerrar fácilmente los ojos y echar un sueño.

Siempre había flores, también, a su derecha, cerca de la cabecera. Nunca del mismo color. Debían cambiarlas todos los días. Se repetían, pero nunca en inmediata sucesión. Amarillas hoy, mañana rosadas, pasado mañana violetas y blancas, y luego al siguiente día vuelta otra vez a las amarillas. Ya ella las buscaba con la vista. Hacían que abriera los ojos y viera de qué color eran ahora. Quizá ése era el motivo de que estuvieran allí. El Rostro debía traerlas y sostenerlas cerca para que ella las viera, y luego las retiraba otra vez.

Las primeras palabras que ella pronunciaba cada día eran: «Déjeme ver a mi hijo.» Pero seguidamente, o no mucho después, decía: «Déjeme ver mis flores.»

Y poco después había allí fruta. No en seguida, sino un poco más tarde, cuando de nuevo empezó a sentir ganas de comer. Estaba en otro lugar, no tan próxima, cerca de la ventana. En una canasta, con un gran lazo de seda en el asa. Nunca la misma fruta, esto es, nunca la misma disposición o proporción entre las distintas especies, y nunca la más mínima señal de estar pasada, por lo que dedujo que debían traerla fresca todos los días. El lazo de seda no era, tampoco, igual al anterior, de modo que presumiblemente la canasta era también distinta. Una nueva canasta de fruta fresca cada día. Y si para ella nunca significaba tanto como las flores, era porque las flores son flores y la fruta es fruta. Pero resultaba, sin embargo, agradable mirarlas. Uvas azules y verdes, y otras moradas, la luz del sol resplandecía a través de ellas y les daba un lustre de ventana de catedral; peras «bartlett» con brillantes motas rosadas en sus caras amarillas, más propias de las manzanas; afelpados melocotones amarillos; pequeñas mandarinas; manzanas casi púrpura en su apoplética redondez.

Todos los días, anidadas en un fresco, rizado, tisú verde oscuro.

Ella no sabía que los hospitales fueran tan obsequiosos. No sabía que dieran esas cosas a sus pacientes; menos aún a los pacientes que sólo tenían diecisiete centavos en su cartera —o que podrían tenerlos, de tener cartera— al ingresar en ellos.

Pensaba a veces en el pasado, rememoraba, pasaba revista a lo poco que había de él. Pero el pasado traía sombras a la habitación, nublaba sus brillantes rincones, hasta atenuaba los haces de sol que en forma de espesos rayos penetraban por la ventana, le hacía hundirse más en la cama, de modo que aprendió a evitar su recuerdo, el rememorarlo.

Pensó:

Yo viajaba en un tren. Estaba dentro de un lavabo junto con otra muchacha. Recordaba los reflejos de los metales y los espejos. Veía la cara de la otra muchacha; tres hoyuelos dispuestos en triángulo, uno en cada mejilla, otro en el mentón. Hasta sentía el movimiento y vibración, la leve inseguridad de los pasos, de nuevo, si se lo proponía. Pero al hacerlo sentía cierto disgusto, porque se daba

cuenta de lo que venía después, poco después. Lo sabía ahora; entonces no lo había sabido. Generalmente descartaba la imagen sensorial, como si fuera un interruptor de la luz, rápidamente al llegar a ese punto, para interceptar lo que con seguridad seguía después.

Se acordaba de Nueva York. Recordaba la puerta que no se abriría. Recordaba la tira de billetes para un viaje de ida, al caer de un sobre. Entonces fue cuando las sombras se cernieron en realidad en torno, verdaderas y tupidas. Entonces fue cuando la temperatura de la habitación descendió realmente. Cuando se remontó a antes del viaje en ferrocarril, para recordar Nueva York, al otro lado de aquello.

Rápidamente cerró los ojos y volvió la cabeza sobre la almohada, y dejó afuera el pasado.

El presente era mucho más amable. ¡Y le era a uno tan fácil disfrutarlo, en cualquier momento del día! Quédate en el presente, deja al presente hacer. El presente era seguro. No te apartes de él… en una u otra dirección, adelante, adelante o detrás. Porque no había más que tinieblas, todo alrededor, y uno no sabía con lo que se iba a topar. No te muevas; quédate quieta, ahí mismo, donde estabas.

Abrió los ojos y se tranquilizó de nuevo. La luz del sol entraba en la habitación, espesa y cálida y lo suficientemente fuerte como para servir de tobogán desde el umbral de la ventana hasta el piso. La explosión tecnicolor de flores, el canasto atestado de fruta. La apacible quietud todo en torno. Pronto traerán de adentro la diminuta forma, y la dejarán anidarse en ella, y ella conocerá esa felicidad que le era algo nuevo, que le impulsaba a abrazar para no soltar más.

Deja que el presente haga. Deja que el presente dure. No preguntes, no discutas, no pelees con él. Aférrate a él cuanto puedas.

7

EN REALIDAD LAS FLORES fueron su perdición, las que hicieron que el presente llegara a su fin.

Un día quiso una de ellas. Quiso sacar una de entre las demás, para tenerla en la mano, y aspirar su aroma; ya no le bastaba disfrutarlas con la vista, contemplarlas a distancia, formando grupos.

Ahora habían sido acercadas un poco más. Y ella misma podía también moverse con más libertad. Había estado acostada de lado tranquila, admirándolas durante un tiempo, cuando sintió el impulso.

Había una pequeña, colgando, arqueada en su dirección, y pensó que ésa era la que debía sacar. Se volvió más, hasta quedar completamente de lado, y extendió el brazo.

Su mano asió el tallo, y la flor se estremeció delicadamente con la presión. Sabía que no sería capaz de romperlo al primer intento con una sola mano, ni tampoco deseaba hacerlo; no quería dañarla, sino tenerla un rato. De modo que empezó a sacar verticalmente el tallo del receptáculo, y como le costaba trabajo ya que parecía que no terminaba de salir, esto llevó su mano hacia arriba y por último hasta encima de su cabeza.

Dio contra el respaldo de la cama, esa parte que tan próxima estaba a ella que jamás hubiera podido verla sin girar completamente la cabeza, y entonces sonó allí algo y se movió, como si amenazara caerse.

Giró la cabeza completamente, y hasta se apartó un poco, y se quedó medio sentada, algo que hasta entonces no había intentado

hacer, para mirar directamente.

Era un marco ligero de metal, un rectángulo, sujeto a la barra superior de la cama, libre en los otros tres lados. Contenía una hoja de papel alisado, con una delicada escritura que parecía confusa hasta que la oscilación producida por el impacto cesó.

Durante todo el tiempo había estado a sólo unos centímetros de su cabeza, justamente encima, pero no lo vio hasta entonces.

Su cuadro clínico.

Lo miró atentamente.

De pronto el presente y su seguridad se hicieron añicos, y la flor cayó al suelo de su mano extendida.

Arriba había tres líneas, en perfecta simetría. La primera parte de cada una de ellas estaba impresa y dejada incompleta; el resto había sido agregado a máquina.

Arriba decía: «Sección…»

Y luego decía: «Maternidad.»

Decía debajo: «Habitación…»

Y luego decía: «25.»

Abajo: «Nombre del Paciente…»

Y luego decía: «Hazzard, Patrice (Sra.).»

8

LA ENFERMERA ABRIÓ la puerta, y su expresión cambió. La sonrisa desapareció de su rostro. Uno podía notar el cambio en su semblante desde donde ella se encontraba, aun antes de que se acercase más a la cama.

Fue hasta ella y tomó la temperatura a su paciente. Después enderezó el cuadro.

Ninguna de las dos dijo nada.

Había miedo en la habitación. Había sombra en la habitación. El presente ya no estaba allí. El futuro había pasado a ocupar su sitio. Traía miedo, traía sombra, traía reserva; peor aún que lo que el pasado podía haber traído.

La enfermera puso el termómetro a la luz y lo estudió. Entonces sus cejas se profundizaron. Bajó el termómetro.

Hizo la pregunta cuidadosamente, como si hubiera medido el tono y el tiempo antes de emitirla.

—¿Qué sucedió? ¿La intranquilizó alguna cosa? Tiene un poquito de fiebre.

La muchacha de la cama contestó con una pregunta de su parte. Aterrada, tensa.

—¿Qué hace eso en mi cama? ¿Por qué está eso aquí?

—Todos los enfermos deben tener uno —contestó apaciguadoramente la enfermera—. No es más que…

—Pero mire… el nombre. Dice…

—¿Es que la vista de su propio nombre la atemoriza? No debe mirarlo. En realidad eso no está ahí para que usted lo mire. Sssh, ahora no hable más.

—Pero hay algo que yo… usted tiene que aclarármelo, yo no

comprendo…

La enfermera le tomó el pulso.

Al hacerlo, la enferma se quedó de pronto mirando su propia mano, en escalofriante, paralizante horror. Era el pequeño redondel con los diamantes, que circundaba el tercer dedo. El anillo de compromiso. Como si jamás lo hubiese visto, como si se preguntara lo que hacía allí.

La enfermera vio que trataba de sacárselo, con nerviosos tirones. No era fácil hacerlo.

La expresión de la enfermera cambió.

—Un momento, en seguida vuelvo —dijo inquieta.

Volvió con el médico. Sus susurros cesaron al llegar al umbral.

Él se acercó a la cama, puso la mano en la frente de la enferma.

Asintió con un movimiento de cabeza a la enfermera y dijo:

—Poca.

Luego:

—Beba esto.

Era salado.

Le pusieron la mano bajo la sábana. Ella no quiso hacer ya más preguntas. Lo quería, pero en alguna otra ocasión, no ahora mismo. Había algo que debía decírseles. Lo tenía hacía un minuto, pero ahora se le había escapado otra vez.

Suspiró. Alguna otra vez, pero no ahora mismo. En este instante no deseaba más que dormir.

Recostó la cara en la almohada y durmió.

9

AQUELLO VOLVIÓ DE NUEVO en seguida. Lo primero. Con el primer vistazo a las flores, con la primera mirada a la fruta, en cuanto abrió los ojos y la habitación surgió a la vida. Aquello volvió de nuevo en seguida.

Algo le dijo: Anda con cuidado, habla bajo. Cuídate, cuídate. Ella no sabía el qué o por qué, pero sabía que debía hacerle caso.

La enfermera le dijo:

—Beba su jugo de naranja.

La enfermera le dijo:

—Puede tomar un poco de café con la leche, a partir de hoy. Cada día un poco más. ¿No es un cambio agradable?

Anda con cuidado, mide tus palabras.

Ella preguntó:

—¿Qué le ocurrió al…?

Tomó otro sorbo de leche coloreada de beige. Anda con precaución, habla bajo.

—¿A quién? —la enfermera completó finalmente la frase.

¡Oh, cuidado ahora, cuidado!

—En el lavabo había otra muchacha conmigo. ¿Está bien?

Tomó otro sorbo de leche para hacer una pausa. Mantén firme el vaso, ahora; así. Que no se mueva. Pósalo en la bandeja, sin ladearlo y despacio; eso es.

La enfermera sacudió la cabeza con reticencia.

—No.

—¿Muerta?

La enfermera no quería contestar. También ella andaba con cuidado. También ella tanteaba su camino, tampoco deseaba dar un

paso en falso.

—¿La conocía usted mucho? —dijo.

—No.

—¿La conoció en el tren?

—Sí, la conocí en el tren.

La enfermera se había allanado su propio camino. No había peligro en proseguir. Movió la cabeza. Contestó la pregunta hecha dos párrafos antes, por acción retardada:

—Se fue —dijo suavemente.

La enfermera observó su rostro expectante. El piso estaba firme; no hubo hundimiento.

La enfermera aventuró un paso más.

—¿No hay alguna otra persona acerca de quien quiera preguntar?

—¿Qué le sucedió a…?

La enfermera retiró la bandeja, como si despejara la escena para una crisis.

—¿A él?

—Esas fueron las palabras. Ella las adoptó.

—¿Qué le sucedió a él?

La enfermera dijo:

—Un momento —fue hasta la puerta, la abrió, e hizo una indicación a alguien invisible.

Entró el médico, y otra enfermera. Se quedaron a la espera, como si se prepararan para afrontar una emergencia.

La primera enfermera dijo:

—Temperatura normal —luego—: Pulso normal.

La segunda enfermera diluía algo en un vaso.

La primera enfermera, la suya, se mantuvo pegada al lecho. La tomó de la mano y la mantuvo firmemente. Sólo la sostuvo así, firme e inflexible.

El médico movió la cabeza.

La primera enfermera se humedeció los labios.

—Su esposo tampoco se salvó, Mrs. Hazzard —dijo.

Ella sentía su cara palidecer por el shock. La piel le tiraba como si le fuera un número más chica.

—No, hay algo que está mal… No, ustedes están en un error… —dijo.

El médico hizo una indicación de proceder. Él y la segunda enfermera se acercaron rápidamente.

Alguien posó una mano fría en su frente, la sostuvo contra la cama, amable pero firmemente; no podía decir de quién era.

—No, por favor; ¡déjenme contárselo! —dijo ella.

La segunda enfermera le mantenía algo pegado a los labios. La primera le sostenía la mano, firme y cálida, como si quisiera decirle: «Estoy aquí. No tema, yo estoy aquí.» La mano sobre su frente era fría pero capaz. Era pesada, pero no demasiado; sólo lo suficientemente persuasiva para hacer que su cabeza se mantuviera inmóvil.

—Por favor… —dijo ella sin fuerza.

Después no dijo nada más. Ellos tampoco.

Por último alcanzó a oír al médico murmurar, como recalcando:

—Lo soportó muy bien.

10

AQUELLO VOLVIÓ DE NUEVO. ¿Cómo iba a dejar de hacerlo ahora? No se puede dormir todo el tiempo, sino a breves intervalos. Y con eso vino: Anda con cuidado, mide tus palabras.

La enfermera se llamaba Miss Allmeyer, la que ella conocía más.

—Miss Allmeyer, ¿pone el hospital esas flores diariamente a cada enfermo?

—Nos gustaría hacerlo, pero sería imposible. Esas flores cuestan cinco dólares el canasto. Son para usted sola.

—¿Es el hospital el que suministra esa fruta diariamente?

La enfermera sonrió bondadosa.

—Nos gustaría hacer eso también. Bien quisiéramos poder hacerlo. Esa fruta cuesta diez dólares el canasto. Es un pedido para usted sola.

—Entonces, ¿quién? —hablaba despacio.

La enfermera sonrió con aire de triunfo.

—¿No se lo imagina usted, querida? No debería serle muy difícil.

—Hay algo que quiero decirle. Algo que usted debe escucharme —hizo girar la cabeza inquieta en la almohada, primero a un lado, luego al otro, para volver al primero.

—Bien, querida, ¿vamos a tener hoy un mal día?

—¿Podría usted averiguarme una cosa?

—Trataré de hacerlo.

—El bolso; el bolso que tenía conmigo en el lavabo. ¿Cuánto dinero

—¿Su bolso?

—El bolso. ¡El que tenía conmigo cuando entré allí!

La enfermera volvió después y dijo:

—Está seguro; se lo habían guardado. Unos cincuenta dólares.

Aquél no era el suyo, era el otro.

—Había dos.

—Hay otro —confirmó la enfermera—. No tiene dueño ahora —bajó la vista compasiva—. Tenía sólo diecisiete centavos dentro —susurró casi inaudiblemente.

Ella no necesitaba que se lo dijeran. Lo sabía muy bien. Recordó desde antes de subir al tren. Recordó el tren mismo. Diecisiete centavos. Dos monedas de cobre, un níquel y una moneda de plata. [1]

—¿Podría usted traer aquí los diecisiete centavos? ¿Podría tenerlos aquí para mirarlos? ¿Podría tenerlos aquí cerca de la cama?

La enfermera dijo:

—No me parece que le convenga cavilar tanto. Voy a ver lo que dicen ellos.

Los trajo, sin embargo, dentro de un pequeño sobre.

Se quedó sola con ellos. Dejó caer del sobre las cuatro pequeñas monedas en la palma de la mano. La cerró fuertemente, la mantuvo apretada, con furia, ante un dilema.

Cincuenta dólares, simbólicamente. Símbolo de una incalculable cantidad mayor.

Diecisiete centavos. Símbolo de nada, pues no había nada más. Diecisiete centavos y nada más.

La enfermera volvió y le sonrió.

—Ahora, ¿qué es lo que dijo usted que quería contarme?

Ella le devolvió la sonrisa, sin fuerzas.

—Puedo aplazarlo un poco más. Se lo diré en otro momento. Quizá mañana, o pasado mañana. No… no ahora.

11

HABÍA UNA CARTA en la bandeja del desayuno.

La enfermera dijo:

—¿Ve usted? Ya empieza a recibir correspondencia, como la gente sana.

Estaba inclinada hacia ella, apoyada en el vaso de leche. En el sobre decía:

«Mrs. Patrice Hazzard»

Le producía terror. No podía quitarle los ojos de encima. El vaso de jugo de naranja le tembló en la mano. La letra parecía agrandarse, y agrandarse, y agrandarse.

«MRS. PATRICE HAZZARD»

—Ábrala —le instó la enfermera—. No se quede mirándola de ese modo. No le va a morder.

Dos veces trató de hacerlo, y dos veces se le cayó. A la tercera logró arrancar una tira a todo lo largo.

> «Patrice, querida:
>
> Aunque nunca te hemos visto, ahora eres nuestra hija. Tú eres lo que Hugh nos lega. Eres todo lo que nos queda ahora, tú y el niño. No puedo ir a ti, adonde estás; órdenes del

médico. El shock fue demasiado para mí y me prohíbe hacer el viaje. Tendrás que venir tú a nosotros, en cambio. Ven pronto, querida. Ven a hacernos compañía a casa, en nuestra soledad y desgracia. Será para nosotros mucho más llevadero. Ahora no puedes tardar mucho, querida. Hemos estado en constante comunicación con el doctor Bret, quien nos envía informes muy alentadores de tu progreso…»

El resto no importaba tanto; dejó que se le borrara de su atención.

Era como las ruedas de un tren que atravesaban su cerebro.

Aunque nunca te hemos visto.

Aunque nunca te hemos visto.

Aunque nunca te hemos visto.

LA ENFERMERA LE QUITÓ la carta de entre sus olvidadizos dedos después de un rato, y la introdujo de nuevo en el sobre. Ella observó temerosa a la enfermera a medida que se movía por la habitación.

—Si yo no fuera Mrs. Hazzard, ¿se me permitiría estar en esta habitación?

La enfermera rió alegremente.

—La pondríamos fuera, en seguida la mandaríamos a una de las salas —dijo, inclinándose sobre ella en simulada amenaza—. Vamos, tenga a su jovenzuelo.

Ella lo sostuvo firmemente, en feroz, casi convulsiva acción protectora.

Diecisiete centavos. Diecisiete centavos duran tan poco, llegan a tan poco…

—¿Por qué? ¿Quiere usted decirme que usted no es Mrs. Hazzard? —preguntó con acento burlón.

Ella lo sostuvo ferozmente, lo apretó protectoramente.

—No —dijo con voz ahogada, ocultando su rostro en el niño—, no trato de decirle eso. No lo hago.

12

ESTABA EN BATA sentada al lado de la ventana al sol. Era de seda azul acolchada. Se la ponía todos los días al levantarse. En el bolsillo del pecho tenía un monograma bordado en seda blanca; las letras «H P» estaban entrelazadas. Las chinelas hacían juego.

Leía un libro: «A Patrice, con amor de Mamá H.» Había una hilera de otros libros en el estante al lado del lecho. Unos diez o doce; libros con alegres cubiertas, turquesa, magenta, bermellón, cobalto, y un alegre y despreocupado contenido para hacer juego. Ninguna sombra entre sus tapas.

Había unos pedazos de cáscara de naranja, y dos o tres pepitas, en un plato sobre un estante bajo cerca de un sillón. En otro plato más chico, al lado de aquél, ardía un cigarrillo. Era de los hechos de encargo, tenía boquilla de corcho, y las iniciales «P H» impresas no habían sido consumidas aún.

La luz del sol, que caía por detrás y sobre ella, hacía que su cabello pareciese vaporosamente traslúcido, como una espuma dorada en torno a su cabeza. Salvaba la parte delantera de ella, desde allí hasta abajo, por el respaldo del sillón, y caía de nuevo formando como un pequeño lago de oro sobre el empeine que avanzaba descubierto, dándole una especie de cálido y luminoso beso.

Se oyó un ligero golpe en la puerta y entró el médico.

Tomó una silla y se sentó frente a ella, a horcajadas con el respaldo frente a él, como una nota más de su jovial familiaridad.

—He oído decir que nos deja pronto.

El libro se cayó y él tuvo que recogérselo. Se lo ofreció de

nuevo, pero como ella pareció incapaz de tomarlo, él lo puso a un lado en el estante.

—No mire tan asustada. Todo está arreglado…

Ella tenía alguna dificultad con su respiración.

—¿Dónde…? ¿A dónde?

—¿Cómo? A casa, desde luego.

La joven se llevó la mano al cabello y lo alisó un poco, pero luego se le esponjó de nuevo, ligero como antes, al sol.

—Aquí tiene sus billetes —sacó un sobre de su bolsillo, trató de ofrecérselo. Las manos de ella retrocedieron un poco, cada una por su lado en tomo a la silla hacia el respaldo. Él finalmente puso el sobre entre las páginas del libro dejando antes de lado, parcialmente fuera como una marca.

Los ojos de ella estaban muy abiertos. Más que lo que habían parecido estarlo antes de que él entrase en la habitación.

—¿Cuándo? —preguntó casi sin aliento.

—Él miércoles, el primer tren de la tarde.

De pronto el pánico la invadió, como una consumidora, congeladora y fría llama.

—¡No, no puedo! ¡No! ¡Doctor, usted tiene que escucharme…! —con ambas manos trató de apoderarse de una de las de él y sujetarlo.

Él le habló jovialmente, como si fuera una niña.

—Vamos, vamos, ea. ¿Qué sucede? ¿Qué es eso?

—¡No, doctor, no…! —ella agitaba la cabeza con insistencia.

El médico le tomó una mano y la mantuvo entre las suyas, consolándola.

—Comprendo —dijo con dulzura—. Estamos un poco trastornados aún; le cuesta acostumbrarse a las cosas tal como son… Teme cambiar los lugares conocidos por los que son extraños. A todos nos sucede lo mismo; es una reacción nerviosa típica. Pero eso se le pasará en seguida.

—Pero yo no puedo hacer eso, doctor —susurró con pasión—. Yo no puedo hacer eso.

Él le golpeó ligeramente debajo de la mandíbula para infundirle valor.

—Nosotros la pondremos en el tren, y lo único que usted tiene que hacer es seguir. Su familia estará esperándola al otro lado para

ayudarla a descender.

—Mi familia.

—No ponga esa cara —la animó alegremente.

Él dirigió la mirada a la cuna.

—¿Y este jovencito?

Se acercó a la cuna y levantó al niño; lo llevó hasta donde estaba ella y lo depositó en sus brazos.

—¿No querrá que se críe en un hospital? —se rió burlonamente —. Usted querrá que tenga un hogar, ¿no?

Ella apretó al niño contra sí y bajó la cabeza.

—Sí —dijo por último sumisa—. Sí, quiero que tenga un hogar.

13

UN TREN DE NUEVO. Pero qué distinto era esta vez. Sin pasillos abarrotados, sin empujones, sin el paso de una, paciente y bamboleante humanidad. Un compartimento, una pequeña habitación para ella sola. Una mesita empotrada, que podía subirse y bajarse. Un armario con puerta de espejo de cuerpo entero, como en cualquier pequeña casa con cimientos. En el portaequipaje las finas maletas en fila inclinadas hacia atrás, usadas por primera vez, con brillo acharolado, cerraduras y bisagras resplandecientes y las letras «P H» estampadas claramente en bermellón en las redondeadas esquinas. Una pequeña lámpara con pantalla para leer cuando el cielo se oscureciese. Flores en un florero, flores por la partida en un viaje… no, flores por el regreso al hogar… entregadas por encargo en el punto de partida; fruta abrillantada en una cesta; una o dos revistas.

Y hacia afuera las dos amplias ventanillas, que casi formaban una sola de un tabique al otro, árboles que pasaban suavemente, se alejaban en fila, manchados de luz solar; verde oscuro de un lado, verde manzana claro del otro. Nubes que pasaban suavemente, pero un poco más despacio que los árboles, como si ambas cosas funcionaran por separado, aunque sincronizadas, poleas de movimiento continuo. Praderas y campos, y las ondulaciones formadas de cuando en cuando por las colinas distantes. Subían un poco, luego bajaban otra vez. La ondulante línea del futuro.

Y en el asiento frente al suyo, y mucho más importante que todo aquello, arropado con una colcha azul, una pequeña cara tranquila, pequeños ojos cerrados…, algo que mimar, algo que amar. Todo lo que había en el mundo para amar. Todo lo que había para seguir

adelante, a lo largo de aquella ondulante línea de fuera.

Sí, qué diferente era esta vez. Y… cuán infinitamente preferible había sido la primera vez a esta. El miedo viajaba con ella ahora.

Entonces no había miedo. No había habido un asiento, no había habido un bocado que comer, había habido sólo diecisiete centavos. Y adelante, impresa, aproximándose más y más con cada kilómetro, se encontraba la desgracia, el horror, el batir de alas de la muerte.

Pero entonces no había habido miedo. No existía esta carcoma. No había habido esta tensión y contratensión, este tira y afloja. Había existido la calma, la certidumbre, de seguir el camino que le correspondía, el único camino que había que seguir.

Las ruedas parloteaban, como lo hacen siempre, en todos los trenes en movimiento. Pero ahora decían, sólo para que lo entendiera ella:

«Vuélvete atrás, vuélvete atrás,
Tra-cat-tacat, tra-cat-tacat,
Después será tarde, vuélvete atrás.»

UNA PARTE DE ELLA, muy pequeña, se movió, la más pequeña parte de ella se movió, Su pulgar se soltó, y sus cuatro dedos se abrieron lentamente, y el apretado nudo pálido que habían formado por espacio de horas se disolvió. En el centro de ella, a la vista ahora…

Un centavo con la cabeza de un indio.

Un centavo con la cabeza de Lincoln.

Un níquel con un búfalo.

Un *dime* con la cabeza de la Libertad.

Diecisiete centavos. Hasta se sabía ahora de memoria las fechas de emisión.

«Tra-cat-tacat,
Estás a tiempo,
Puedes hacerlo,
Vuélvete atrás.»

Lentamente los dedos se doblaron de nuevo, el pulgar se cruzó encima y los mantuvo en su sitio.

Luego levantó el puño y se golpeó distraída la frente y por un momento lo dejó pegado allí mismo.

De repente se levantó, y dio un tirón a uno de los bultos del equipaje, y lo hizo girar, de modo que la esquina más visible quedó del otro lado. Las «P H» desaparecieron. Luego lo hizo con el bulto siguiente. Las correspondientes «P H» desaparecieron.

El miedo no desaparecía. Estaba impreso en una esquina de ella, estaba en todo su ser.

Se oyó un suave golpe afuera en la puerta, y se sobresaltó tanto como si hubiera sido un estampido.

—¿Quién es? —dijo con voz entrecortada.

La voz de un camarero respondió:

—Cinco minutos más para Caulfield.

Saltó del asiento, corrió hasta la puerta, y la abrió de un tirón. Él iba ya al final del pasillo.

—¡No espere…! ¡No puede ser…!

—Sin embargo es así, señora.

—Tan pronto. Yo no creí que…

Él le contestó con una sonrisa indulgente:

—Siempre aparece entre Clarendon y Hastings. Es el lugar que le corresponde. Ya, ya hemos pasado Clarendon, y Hastings es la que viene después de Caulfield. Nunca se cambiaron desde que yo estoy en este ferrocarril.

Ella cerró la puerta, se dio vuelta y apoyó la espalda, como si tratara de evitar la aparición de alguna catástrofe.

«Tarde para volver,
Tarde para volver…»

—Puedo aún seguir de largo, puedo pasar sin descender —pensó.

CORRIÓ A LAS VENTANILLAS y escudriñó las vías, mirando en ángulo agudo,

como si la vista fuera a resolver de alguna manera su problema.

Nada aún. Aparecía gradualmente. Una casa, solitaria. Después otra casa, aún solitaria. Luego una tercera. Ahora empezaban a aparecer más juntas.

—Pasa de largo, no te bajes. Ellos no te van a conocer. Nadie podrá hacerlo. Haz lo único que puedes, no hay tiempo para más ahora.

Corrió hasta la puerta y rápidamente pasó el pestillo debajo de la manija, cerrándola por dentro.

Las casas llegaban en mayor profusión, pero también llegaban lentamente. Ya no corrían, venían al paso. Cruzó el edificio de una escuela; podía decirse lo que era aun desde lejos. Impecable, moderno, enteramente nuevo al parecer, su funcionalismo de concreto resplandeciendo flamante al sol; cuajado de vidrios. Ella pudo aún distinguir pequeñas hamacas balanceándose, en el patio de recreo al lado. Echó una mirada al pequeño bulto de la colcha sobre el asiento. Esa sería la clase de escuela que ella…

No habló, pero su propia voz fue audible en sus oídos.

—¡Socórreme, quienquiera que seas; no sé qué hacer!

Las ruedas morían, como si se les terminara el lubricante. O como el disco de un fonógrafo al que se le acaba la cuerda.

«Cli-ck, cla-ck,
Cli-i-ck, cla-a-a-ck.»

Cada revolución parecía que iba a ser la última.

De repente apareció un largo cobertizo, justo al lado de la ventanilla, corriendo en sentido paralelo al de ellos, y luego un letrero blanco suspendido de él comenzó a pasar, letra por letra en reverso:

D - L - E - I

Llegó a la F y se atascó. No quiso seguir. Todos gritaban menos ella. El tren se había parado.

Un golpe sonó justamente a sus espaldas, y su vibración le pareció que le había atravesado el pecho.

—Caulfield, señora.

Luego alguien trató de abrir.

—¿Le ayudo con el equipaje?

Su puño cerrado se apretó en torno a los diecisiete centavos, hasta que los nudillos se pusieron blancos y lívidos por la presión.

Corrió al asiento y alzó la colcha azul con su contenido.

Había gente afuera, al otro lado de la ventanilla. Sus cabezas estaban más bajas, pero podía verlos, y ellos podían verla a ella. Había una mujer que la miraba directamente.

Sus miradas se cruzaron; sus ojos se abrazaron, se aferraron. Ella no pudo retroceder hasta otro lugar más apartado dentro del compartimento. Era como si aquellos ojos la hubieran clavado en el sitio.

La mujer la señaló. Gritó de júbilo, a alguna otra persona, invisible.

—¡Allí está! ¡La encontré! ¡Aquí, en este coche!

Levantó la mano y la agitó. La agitó a la soñolienta, parpadeante cabeza guarecida con la colcha azul, que miraba solemnemente fuera de la ventanilla. Hizo sonar los dedos de esa manera especial con que se hace a los pequeñuelos.

La expresión de su rostro no podría describirse. Era como cuando la vida comienza completamente de nuevo, después de una interrupción, de un hiato. Era como cuando el sol aparece de nuevo al final de un helado día de invierno.

La muchacha, que sostenía el niño, bajó la cabeza hasta la de él, casi como si la desviara de la ventanilla. O como si los dos se hablaran, intercambiándose secretamente alguna confidencia, con exclusión de todos los demás.

—Por ti —suspiró—. Por ti. Y que Dios me perdone.

Luego lo llevó hasta la puerta y descorrió el pasador para dejar entrar al preocupado camarero.

14

A VECES HAY UNA LÍNEA divisoria que cruza la vida. Definida, casi real, como el negro trazo de un pintor o la profunda raya blanca de una tiza. A veces, no siempre.

Para ella existía. Estaba en alguna parte a lo largo de aquellos pocos metros del coche de pasajeros, entre la ventanilla del compartimento y los escalones del vagón, donde una o dos veces ella desapareció de la vista de los que esperaban fuera.

Una muchacha abandonó la ventanilla.

Otra descendió los escalones. Un mundo terminaba y otro comenzaba.

Ella no era la muchacha que acababa de estar con su hijo en brazos frente a la ventanilla del compartimiento.

Patrice Hazzard descendió aquellos escalones del vagón.

Asustada, temblorosa, muy pálida, pero Patrice Hazzard.

Estaba al tanto de cosas, pero sólo de un modo indirecto; sólo tenía ojos para aquellos otros ojos que miraban en los de ella desde una distancia de pocos centímetros. Todo lo demás era fondo. A su espalda el tren se deslizó. Cargado con sus cientos de almas vivientes. Y, sin que se supiera, en un compartimento vacío, un espectro. Dos espectros, uno grande y otro muy pequeño.

Para siempre sin hogar ahora, para no ser jamás recogida.

Los avellanados ojos se aproximaron aún más a los de ella. Eran bondadosos; sonreían en los extremos; eran amables, tiernos. Lastimaban un poco. Eran confiados.

Rondaba los cincuenta, es decir, la dueña. Su cabello encanecía ligeramente, y sólo por debajo el proceso se había retardado. Era

tan alta como Patrice e igual de esbelta; seguramente no lo había sido, pues no era esa esbeltez adquirida con el esfuerzo o el artificio de la moda; algo en su vestido revelaba que lo era desde una fecha reciente, sólo de los últimos meses.

Pero hasta estos detalles en ella eran fondo, y el hombre de la misma edad que estaba justo detrás de su hombro era también fondo. Era sólo el rostro de ella el que estaba inmediato, y sus ojos, tan próximos, que tanto decían silenciosamente.

PUSO SUS MANOSsuavemente en las mejillas de Patrice, una a cada lado, enmarcando su rostro entre ellas en una especie de espaldarazo, una bendición sacramental.

Luego le besó en los labios, en silencio, y en el beso había toda una vida, la muchacha lo sintió. La vida de un hombre. Los muchos años que lleva criar un hombre, desde la niñez, a lo largo de la pubertad, hasta ser un hijo crecido. Había una amarga pérdida en el beso, la pérdida de todo aquello de un solo golpe. El fin, por un tiempo, de toda esperanza, y semanas de cruel pesar. Pero también había en él la reparación de la pérdida, el hallazgo de una hija, el comienzo de nuevo con un hijo más pequeño. No, con el mismo hijo; la misma sangre, la misma carne. Sólo volver atrás y comenzar otra vez desde el principio, con una responsabilidad más dulcemente triste ahora, aleccionada por la pérdida. Y había un nuevo brote de esperanza.

Todas esas cosas había en el beso. Todas fueron dichas en él, todas fueron sentidas en él; se había querido que fuesen sentidas, y con ese propósito fueron puestas en él.

Este no era un beso bajo el cobertizo de una estación de ferrocarril; era un sacramento de adopción.

Después besó al niño. Y le sonrió como se sonríe al propio.

Él avanzó y la besó en la frente.

—Yo soy papá, Patrice.

Se inclinó, se incorporó, y dijo:

—Yo te llevaré las cosas al coche —un poco satisfecho de eludir un momento emocional, como son capaces de hacerlo los hombres.

La mujer no había dicho una palabra. En todo el tiempo que había estado de pie frente a ellos, ni una palabra pasó de sus labios. Ella advirtió, quizá, la palidez de su rostro; pudo leer el retraimiento, la incertidumbre, en sus ojos.

Puso sus brazo en torno de ella y la atrajo, en un saludo más caluroso, más mundano, más corriente, que el que acababa de darle. Atrajo la cabeza de la muchacha para que se apoyara sobre su hombro un momento. Y al hacerlo, le habló por vez primera, bajo al oído, para infundirle valor, para tranquilizarla.

—Estás en casa, Patrice. Bienvenida al hogar, querida.

Y en aquellas pocas palabras, tan sencillamente dichas, tan inalterablemente sentidas, Patrice Hazzard descubrió que al fin había encontrado toda la bondad que hay o puede haber en este mundo.

15

DE MODO QUE ERA ASÍ cómo se siente uno en casa; estar en su propia casa en su propia habitación.

Ella tenía ahora puesto otro vestido, preparada para bajar al comedor. Se sentó en un alto sillón, muy erguida, pareciendo un tanto pequeña contra el ancho respaldo. Con la espalda erguida contra él, las piernas abajo en el suelo muy derechas y meticulosamente una al lado de la otra. Su mano extendida se apoyaba en la cuna, la cuna que le habían comprado para él y que al entrar por primera vez en la habitación vio que ya les esperaba. El niño estaba ahora en ella. Hasta en eso habían pensado.

La habían dejado sola; tenía que quedarse a solas para que lo saborease de la forma cabal que lo estaba haciendo. Horas después, lo sorbía aún; lo gozaba, aspirando su perfume; no había palabras para explicar lo que aquello significaba para ella. Horas después, y de cuando en cuando, su cabeza haría aún aquel lento, amplio, asombrado movimiento, de un lado a otro, abarcando las cuatro paredes. Y arriba también, sin olvidar el cielo raso. Un techo sobre la cabeza. Un techo para guarecerse de la lluvia y el frío y la soledad… No el anónimo techo de un edificio de renta, no; el techo del hogar. Que nos custodia, nos cobija, nos preserva, vigila sobre nosotros.

Por alguna parte abajo, débilmente perceptible a sus sensibles oídos, el acariciante bullicio de una cena en preparación. Llegaba hasta ella en leves fragmentos de cuando en cuando al abrirse una puerta, y se apagaba al cerrarse. Pasos apresurados que cruzaban un trecho de piso no alfombrado, y luego volvían. Un ocasional ruido

de cazuelas o platos. Una vez hasta oyó la voz del ama de llaves de color, tan clara como una corneta.

—No, no está bien aún, Mrs. Hazzard; necesita otros cinco minutos.

Y la alegre reprimenda que siguió, del mismo modo milagrosamente audible.

—Sssh, tía Josie. Que ahora hay un niño en la casa; puede que esté durmiendo.

Alguien subía ahora la escalera. Subían para llamarla. Ella se encogió un poco en el sillón. Estaba un poco asustada, otra vez un poco nerviosa. Ahora no habría escapatoria desde el momento de la confrontación, como en la estación del ferrocarril. Llegaba el verdadero conocimiento, el verdadero contraste, la verdadera comprobación. Ahora llegaba la verdadera prueba.

—Patrice, querida, la cena estará lista en cuanto tú lo estés.

Se cena de noche, cuando se está en casa, en su propia casa. Cuando se está en un lugar público o en la casa de alguna otra persona, lo que se hace es una comida. Pero por la noche, en la casa de uno, es la cena, y jamás otra cosa. Su corazón se sentía tan terriblemente contento como si la insignificante palabra fuera un talismán. Recordó cuando era niña, aquellos pocos años que tan rápidamente se habían ido… Cuando la llamaban a cenar, a cenar, jamás otra cosa.

Saltó del sillón, corrió y abrió la puerta.

—¿Llevo…, lo llevo conmigo abajo, o lo dejo en la cuna hasta que vuelva? —preguntó un tanto ansiosa, un poco insegura—. Le di el pecho a las cinco.

Mamá Hazzard ladeó la cabeza animadoramente.

—¡Ah, ¿por qué no lo traes contigo, aunque sólo sea por esta noche? Esta es la primera. No te apures, querida, tómate tu tiempo.

CUANDO SALIÓ DE LA HABITACIÓN con él es sus brazos, momentos después, se detuvo un instante, pasó los dedos por el filo de la puerta lentamente. No por donde estaba la cerradura, sino arriba y abajo por la superficie lisa.

—Vigílame mi habitación, suspiró inaudiblemente. Vuelvo en seguida. Cuídala. No permitas a nadie… ¿Lo harás?

Bajaría esta misma escalera muchos cientos de veces en lo venidero, lo sabía, como la bajaba ahora. La bajaría de prisa, la bajaría lentamente. La bajaría alegre, alborozada, y quizá bajara por ella temerosa, perturbada. Pero ahora, esta noche, era la primera vez en su vida que bajaba por ella.

Lo apretó contra sí y tanteó su camino, pues era nueva para ella, no le había tomado la medida, el tacto, aún, y no quería dar un traspié.

Ellos estaban en el comedor esperándola. No rígidos, formalmente, como sargentos, sino en inconsciente ocio, como despreocupados del pequeño tributo de consideración que le ofrecían. Mamá Hazzard se inclinaba, daba un último toque a la mesa, desviaba un poco alguna cosa. Papá Hazzard miraba contra la luz los anteojos con que había estado leyendo, los limpiaba antes de volverlos a su estuche.

Y en el comedor había una tercera persona, alguien medio de espaldas a la entrada cuando ella llegó, que subrepticiamente hurtaba un cacahuete salado de un plato que estaba sobre el aparador.

Cuando oyó que ella entraba se inclinó otra vez y lo dejó. Era joven y alto y simpático, y su cabello era…

En su cerebro sonó el disparador de una cámara cinematográfica y la película continuó la toma.

—¡Aquí está el mozo! —anunció Mamá Hazzard gozosa—. ¡Aquí tenemos al pequeño en persona! Ahora, dámelo a mí.

Tú sabes quién es éste, desde luego —y después agregó, como si fuera completamente innecesario decirlo siquiera—: Bill.

—¿Pero quién es? —se preguntó ella. Ellos no habían dicho nada hasta entonces.

Él se adelantó, y ella no sabía qué hacer, ya que él tendría casi su misma edad. La joven le ofreció a medias la mano, esperando que si era un gesto demasiado formal pasaría inadvertido.

Él la tomó, pero no la estrechó. En cambio la sostuvo entre las dos suyas, manteniéndola así abrigada un momento.

—Bienvenida al hogar, Patrice —dijo pausadamente. Y en la directa y firme mirada de sus ojos había al mismo tiempo algo que

hablaba, algo que le hizo a ella pensar que jamás había oído decir nada tan sincera, tan sencilla y tan lealmente.

Y eso fue todo. Mamá Hazzard dijo:

—Tú te sientas aquí, de ahora en adelante.

Papá Hazzard añadió sencillamente:

—Nos sentimos muy felices, Patrice —y se sentó a la cabecera de la mesa.

Quienquiera que fuese Bill, éste se sentó frente a ella.

El ama de llaves de color se asomó un momento a la puerta, radiante.

—¡Ahora sí que parece bien! Esto es lo que necesitaba la mesa. Llena el vacío de aquellas…

Luego se contuvo rápidamente, llevándose la mano a la boca, como si tratara de evitar una catástrofe, y desapareció.

Mamá Hazzard bajó la vista hasta su plato durante un segundo e inmediatamente la levantó de nuevo sonriente; el mal había desaparecido, no se le había dado cabida.

NO SE DIJERON NADA memorable. No se dicen cosas memorables en la mesa hogareña. Es nuestro corazón el que habla, no nuestro cerebro, a los corazones que nos acompañan. Ella, después de un rato, se olvidó de cuidarse de lo que decía, de pesarlo, de considerarlo. Así es el hogar, eso es lo que el hogar debe ser. Salía de ella con tanta facilidad como de ellos. Ella sabía que eso era lo que ellos trataban de hacer en su beneficio. Y lo lograban. La extrañeza había desaparecido ya con la sopa, para no volver más. Nada podría traerla de nuevo. Otras cosas podrían presentarse: ella no lo deseaba. Pero jamás la extrañeza, la incomodidad por la falta de confianza. Ellos lo habían logrado.

—Espero que no tomarás a mal el cuello blanco de ese vestido, Patrice. Procuré que hubiera un motivo de color en todo lo que elegía; no quería que tú te sintieras demasiado…

—¡Oh, algunas prendas son tan encantadoras! Realmente, no había visto ni la mitad de las cosas hasta abrir ahora el equipaje.

—En lo único que tuve temores fue en cuanto a las medidas,

pero aquella enfermera tuya me mandó una completa…

—Un día me tomó la medida de todo, lo recuerdo ahora, pero no me quiso decir para qué era…

—¿Cómo lo quieres tú, Patrice? ¿Con leche o solo?

—Realmente no me…

—No, díselo por esta vez, querida; así no tendrá que preguntártelo más.

—Sólo, entonces, me parece.

—Tú y yo lo mismo.

Él hablaba con menos frecuencia que los demás. Un poco de timidez, presintió ella. No es que se sintiera reprimido o que tuviera atada la lengua o cualquier otra cosa. Quizá fuese él así; de modales tranquilos, reposados.

Pero estaba la cuestión, ¿quién era él exactamente? No podía ya preguntarlo directamente. Omitió hacerlo en el primer momento, y ahora era unos veinte minutos demasiado tarde para hacerlo. No se había dicho el apellido, así que él debía ser…

Pronto lo descubriré, se tranquilizó a sí misma. No tardará mucho. Ella no sentía ya temor.

Una vez advirtió al dirigirle la vista que él la había estado mirando, y se preguntaba qué habría pensado mientras la miraba. A pesar de todo, no confesar que ella lo sabía, que podría decirlo por las señales que perduraban en su expresión, habría sido mentirse a sí misma. Él había estado pensando que la cara de ella era agradable, que le gustaba.

Después de un rato él dijo:

—Papá, pasa el pan, ¿quieres?

Y así supo quién era.

16

IGLESIA EPISCOPAL DE SAN BARTOLOMÉ. Punto principal entre todas las iglesias de Caulfield, una dorada mañana de domingo de abril.

Ella se detuvo frente a la pila bautismal, niño en brazos, la familia e íntimos reunidos a su lado. habían insistido en esto. Ella no lo había solicitado. Dos veces lo habían postergado, dos domingos seguidos, después de hacer todos los preparativos. Primero simuló un constipado que en realidad no tenía. Después, pretextó otro leve que la criatura tenía realmente. Hoy no había podido postergarlo más. Ellos habrían sospechado la intención que sus excusas ocultaban.

Mantuvo baja la cabeza, siguiendo la ceremonia con los oídos más que con la vista. Como si temiera mirar abiertamente. Como si temiera, de un momento a otro, ser abatida a los pies de ellos por su blasfemia.

Llevaba un sombrero de ala ancha de tejido semitransparente que le ayudó, al velar sus ojos y la parte superior de su rostro cuando bajaba la cabeza de aquel modo.

Recuerdos tristes, probablemente, pensaron ellos. Agobiada por la pena.

Culpable, en realidad. Avergonzada. Sin el suficiente descaro para observar imperturbable aquella parodia.

Unos brazos se extendieron hacia ella, para tomar la criatura. Los brazos de la madrina. Ella la entregó, observando el largo faldón de cristianar de encaje que —casi dijo «su padre»— que un extraño llamado Hugh Hazzard había llevado antes y que su padre,

Donald, había llevado antes que él.

Sus brazos se sintieron extrañamente vacíos. Quería cruzarlos a modo de protección sobre su pecho, como si estuviera desnuda. Se forzó a sí misma para no hacerlo. No era su figura la que estaba desnuda, era su conciencia. Los dejó caer suavemente, cruzó las manos ante ella, bajó la vista. No era su figura la que estaba desnuda,

—Hugh Donald Hazzard, yo te bautizo…

Habían cumplido toda la parodia de consultarle sus preferencias en esto. Para ella era una parodia; no para ellos. Ella quería que se le pusiera el nombre de Hugh, ¿no? Sí, había dicho sencillamente, Hugh. ¿Y el segundo nombre? ¿El del padre de ella? ¿O tal vez dos nombres más, uno por cada abuelo? (Ella realmente no había podido recordar en el momento el nombre de su padre; lo recordó algún tiempo después, no sin esfuerzo. Mike: una figura que apenas recordaba de un desdibujado estibador, muerto en una reyerta entre beodos en el Embarcadero cuando ella contaba diez años.)

Otro nombre será suficiente. El del padre de Hugh, había dicho ella modestamente.

Sentía que ahora le ardía la cara, sabía que seguramente estaba sonrojada de vergüenza. Ellos no debían advertirlo. Mantuvo la cabeza constantemente baja.

—… en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

El ministro roció agua sobre la cabeza de la criatura. Pudo ver una o dos gotas que fueron a parar al suelo, oscureciéndose en puntos redondos como monedas. Un *dime*, un níquel, dos centavos. Diecisiete centavos.

La criatura comenzó a llorar en protesta, lo mismo que lo hicieron innumerables niños antes, desde tiempo inmemorial. El infante de una casa de habitaciones amuebladas de Nueva York que se había convertido en heredero de la primera, la más rica familia de Caulfield, de todo el condado, y quizá de todo el estado.

—No tienes por qué llorar —pensó ella ásperamente.

17

HABÍA UNA TARTA en su honor, en su primer cumpleaños, con una sola vela plantada, desafiante en el centro, su llama como una mariposa amarilla agitando las alas en lo alto de una redonda columna blanca. Habían hecho mucho alboroto y ceremonia por los inmemoriales pequeños gritos que entraban en la celebración.

—Si él no puede formular el deseo —exigió ella animadamente —, ¿no es lo mismo que lo haga yo en su lugar? ¿O no tiene eficacia así?

Tía Josie, la creadora del pastel, a quien instintivamente se remitían esas cuestiones del saber, asintió pontificalmente desde la puerta de la cocina.

—Hágalo usted en su lugar, cariño; él lo va a recibir lo mismo —le prometió.

Patrice bajó la vista y su rostro se tornó grave por un momento.

Paz, toda tu vida. Seguridad, como ésta. Los tuyos siempre cerca de ti, como ahora. Y para mí…, de ti, algún día…, perdón.

—¿Está ya? Ahora sople.

—¿Él o yo?

—Es lo mismo que si lo hiciera él.

Se inclinó, apretó su mejilla contra la del niño y sopló suavemente. La mariposa amarilla aleteó agitada, se contrajo hasta desaparecer en la nada.

—Ahora córtelo —indicó la autodesignada maestra de ceremonias.

Ella cerró la regordeta manecita del niño en torno del mango del cuchillo, la cubrió con la suya, y tiernamente la condujo. Realizada

la mística incisión, tocó con el dedo la capa azucarada, arrancó una partícula y la puso luego en los labios de su hijo.

Una explosión de cacareos y arrullos se produjo, como si todos hubieran sido testigos de un prodigio de precocidad.

HABÍA LLEGADO UN MONTÓN de gente. Desde que ella llegara no habían tenido tanta gente reunida al mismo tiempo en la casa. Y mucho después de que el pequeño huésped de honor fue retirado de la escena y conducido arriba a la cama, la fiesta continuó por su propio impulso, incluso algo más acelerada. Así los grandes se apropiaron de la fiesta de un niño, apenas recibieron el más leve estímulo.

Ella bajó nuevamente, después, a las iluminadas, animadas habitaciones, y se mezcló con ellos, para charlar, sonreír, que ella recordase, más feliz que nunca lo hubiera estado en su vida. Con un vaso de ponche en una mano, en la otra un sandwich al que le había dado un bocado, y que no parecía llegarle la ocasión para darle otro. Cada vez que lo levantaba hacia la boca alguien le decía algo, o ella le decía algo a alguien. No importaba, así era más divertido.

Bill pasó una vez a su lado sonriendo burlonamente.

—¿Cómo se siente una cuando se es una vieja madre?

—¿Cómo se siente uno cuando se es un viejo tío? —replicó ella descaradamente por encima del hombro.

Un año atrás parecía un tiempo lejano; justamente hace esta noche un año, con su horror y sus tinieblas y su espanto. Aquello no le había sucedido a ella; no podía haberle sucedido. Aquello le había sucedido a una muchacha llamada… No, ella no quería recordar aquel nombre, ni siquiera deseaba evocarlo por un fugaz instante. Nada tenía que ver con ella.

—Tía Josie está arriba sentada con él. No, estará bien; es una criatura tan buena para dormir.

—Diciéndolo un observador distante.

—Y bien, yo lo estoy en este momento, de modo que puedo decirlo. Él está arriba y yo aquí abajo.

Se encontraba en el brillantemente iluminado *living* de su casa,

aquí, con sus amigos, los amigos de su familia, todos reunidos en torno de ella, riendo y charlando. Un año atrás era más que mucho tiempo antes. Aquello nunca había sucedido. No, nunca había sucedido. En todo caso, no a ella.

MUCHAS DE LAS PRESENTACIONES se le habían borrado. Había tantos desconocidos en una ocasión como ésta. Echó una mirada en torno, recapitulando concienzudamente a las principales personas, como correspondía a su papel de ayudante de ama de casa. Edna Harding y Marilyn Bryant, eran aquellas muchachas sentadas una a cada lado de Bill, y rivalizando entre sí por atraer la atención de éste. Ahogó una sonrisa maliciosa. Míralo, rostro impasible como un pilar totémico. A cualquiera le daría vueltas la cabeza… si no fuera porque él tenía una cabeza imperturbable para las muchachas, por lo menos en lo que ella había podido observar. Guy Ennis era aquel joven de cabello negro que estaba allá alcanzándole a alguien un vaso de ponche; era fácil de recordar porque había llegado solo. Algún viejo amigo de Bill, evidentemente. Curioso que las abejas no zumbaran a su alrededor con más profusión, en vez de hacerlo con el insensible Bill. Parecía ser mucho más el tipo.

Grace Henson, era aquella robusta muchacha, de cabello pajizo, que estaba a la espera de su vaso de ponche. ¿Pero, era ella? No, era aquella menos robusta, pero también de cabello pajizo sentada al piano, tocando suavemente para su propio deleite, sin nadie a su lado. Una usaba gafas y la otra no. Debían de ser hermanas, tanto se parecían. Era la primera vez que tanto una como otra venían a la casa.

Caminó hasta el piano y se detuvo al lado de ella. Debía realmente deleitarle aquello, se imaginaba Patrice, y en todo caso alguien debía tomarse un interés apreciativo.

La muchacha que estaba al teclado le sonrió. «Ahora esto.» Era una consumada ejecutante, y mantenía la música en un tono subyugado, como una música de fondo para las conversaciones que se mantenían en toda la sala.

Pero de pronto todos los que estaban allí cerca callaron. La

música siguió sola una o dos notas, sonando de ese modo con tanta más claridad que antes.

La segunda muchacha de cabello pajizo abandonó a su compañero un momento, se acercó por detrás a la pianista, le tocó en el hombro una vez sola, como si se tratara de alguna especie de esotérica reprensión o recordatorio. Eso fue todo. Luego volvió directamente a donde había estado sentada. Toda la pantomima había sido tan diestra y rápida que apenas fue notada.

La pianista se interrumpió, insegura. Al parecer había comprendido el mensaje del toque, pero no el significado. El encogimiento de hombros un tanto perplejo que dirigió a Patrice lo denunciaba.

—¡Oh, continúe! —protestó Patrice inadvertidamente—. Es adorable. ¿Cómo se llama? No me parece haberla oído nunca.

—Es la Barcarola, de los Cuentos de Hoffmann —contestó sencillamente la otra muchacha.

La respuesta misma produjo un extraño efecto. De pie allí al lado de la pianista, tuvo conciencia del congelado silencio que la rodeó inmediatamente, y sabía que no se debía a eso, sino a algo que debió haber sido justamente antes. Terminó tan pronto se dio cuenta, pero la conciencia de ello siguió… en ella. Algo acaba de ocurrir.

He dicho algo que no debía. Acabo de decir algo que no debía. Pero no sé qué es, ni qué hacer.

Se llevó el vaso de ponche a los labios, no le quedaba otra cosa que hacer en ese momento.

Sólo lo oyeron los que estaban cerca. La música dejó mi voz sola, y por eso mismo se notó más. ¿Pero, quién más lo oyó en la sala? ¿Quién más lo oyó? Quizá lo digan sus rostros…

SE VOLVIÓ LENTAMENTE y los miró uno por uno, como al azar. Mamá Hazzard estaba enfrascada en una conversación al otro extremo de la sala, mirando por encima de su sillón a alguien. No lo había oído. La muchacha de cabello pajizo que había dado el toque de advertencia estaba de espaldas a ella; pero podía haberlo oído o no.

Si lo había oído, no le había hecho impresión; no se daba cuenta de ello. Guy Ennis sostenía un encendedor próximo a un cigarrillo. Lo había disparado dos veces para encenderlo, y ello ocupaba toda su atención. No la miró cuando ella pasó ligeramente la vista por su rostro. Las dos muchachas que acompañaban a Bill, no lo habían oído, claramente se veía. Estaban abstraídas de todo menos el objeto de disputa entre ellas.

Nadie la miraba. Ninguna mirada se encontró con la de ella.

Sólo Bill. Su cabeza ligeramente baja, y su frente belicosamente arrugada, y por debajo de las cejas la observaba con una rara especie de inescrutabilidad. Todo lo que le estaban diciendo parecía como si le pasara por encima de la cabeza. Ella no podía decir si los pensamientos de él estaban en ella misma, o a mil kilómetros de distancia. Sus ojos, al menos, lo estaban.

Ella bajó los suyos.

Y aun después de haberlo hecho, sabía que los de él la seguían mirando.

18

DESPUÉS, CUANDO TODO el mundo se hubo ido, al tiempo que subían juntas la escalera, Mamá Hazzard le echó de pronto el brazo en torno de la cintura, protectoramente.

—Te mostraste tan valiente por aquello —le dijo—. Hiciste justamente lo que correspondía: aparentar que no conocías lo que la muchacha tocaba. ¡Oh, querida mía, mi corazón acudió a ti, por un momento, cuando te vi allí de pie! Aquella expresión tuya. Deseaba correr hasta donde estabas para abrazarte. Pero no te presté atención, fingí no darme tampoco cuenta de nada. Ella no quiso insinuar nada al hacer lo que hizo, de puro tontita que es…

Patrice subía lentamente a su lado, no contestó.

—Pero al oírse las primeras notas —Mamá Hazzard continuó entristecida— pareció como si él estuviera de nuevo en la sala con todos nosotros. Tan presente, que casi se podía ver. La Barcarola. Su pieza favorita. No se sentaba una vez al piano que no la tocara. Dondequiera y cuandoquiera que se oyera tocar, podía decirse que Hugh estaba cerca.

—La Barcarola —murmuró Patrice casi inaudiblemente, como si hablara consigo misma—. Su pieza favorita.

19

—ES DIFERENTE AHORA—Mamá Hazzard rememoraba plácidamente—, yo estuve allá una vez cuando era chica. ¡Oh, hace muchos años! Dime, ¿ha cambiado mucho desde entonces?

De pronto miró rectamente a Patrice, en impensada actitud inquisidora.

—¿Cómo puede ella contestar a eso, Mamá? —Papá Hazzard cortó secamente—. Ella no estaba allí cuando fuiste tú, de modo que, ¿cómo va a saber el estado en que estaba entonces?

—¡Oh, tú sabes lo que quiero decir! No hay que ser tan excesivamente preciso.

—Supongo que sí —Patrice respondió débilmente, inclinando el asa de su taza un poco más hacia ella, como si estuviera a punto de levantarla, y luego no la levantó a pesar de ello.

—Tú y Hugh os casasteis allá, ¿no querida? —fue la inconexa observación que siguió.

De nuevo Papá Hazzard intervino antes de que ella pudiera contestar, esa vez con una catastrófica refutación:

—Se casaron en Londres, me parece. ¿No recuerdas aquella carta que nos escribió entonces? Aún recuerdo lo que decía: «casados aquí ayer». Fechada en Londres.

—París —dijo Mamá Hazzard con firmeza—. ¿No fue allí, querida? Aún la tengo arriba, puedo ir a buscarla y mostrártela. Tiene el matasellos de París —luego sacudió arbitrariamente la cabeza en dirección a él—. De cualquier modo ésta es una pregunta que la misma Patrice puede contestar.

Súbitamente un horrible abismo se abrió ante ella, allí donde un

momento antes todo había sido camino seguro, y no podía volver atrás, a pesar de que no sabía cómo salvarlo.

Sentía los tres pares de ojos puestos en ella, los de Bill también se habían descubierto ahora, en la confiada esperanza de que en un momento, con la respuesta correcta, se dirigirían a otro lado.

—Londres —dijo suavemente, tocando el asa de su taza como si de ella obtuviera alguna especie de mística clarividencia—. Pero en seguida partimos en dirección a París, en nuestra luna de miel. Lo que creo que ocurrió es que él comenzó la carta en Londres, no tuvo tiempo de terminarla, y luego la echó al correo en París.

—Ves tú —dijo Mamá Hazzard con decisión—, de todos modos, yo tenía en parte razón.

—Vamos, es muy propio de las mujeres —exclamó Papá Hazzard dirigiéndose a su hijo.

Los ojos de Bill seguían posados en Patrice. Había en ellos algo parecido a una admiración envidiosa; ¿o se lo imaginó así?

—Perdón —dijo ella ahogada, echando atrás su silla—. Me parece haber oído al niño llorar.

20

Y LUEGO, POCAS SEMANAS después, otra trampa. O más bien la misma, siempre presente, siempre al acecho traicioneramente bajo sus pies a medida que avanzaba por esta senda elegida por ella misma.

Había llovido, y una niebla cada vez más tupida lo cubría todo afuera. Cosa rara en Caulfield. Todos estaban reunidos en la habitación cuando ella se detuvo frente a la ventana al acercarse para echar una mirada afuera.

—Cielo —exclamó inadvertida—, desde mi niñez en San Francisco jamás lo he visto tan empañado. Solíamos tener esas neblinas a…

En el reflejo del cristal en que daba la luz vio que la cabeza de Mamá Hazzard se levantaba, y antes de darse la vuelta para mirarlos se dio cuenta de que había dicho algo indebido. Andaba otra vez desprevenida, sin ningún apoyo ahora.

—¿San Francisco, querida? —la voz de Mamá Hazzard era sencillamente de perplejidad—. Y yo que pensaba que habías nacido… Hugh nos escribió diciéndonos que tú eras de… —Pero no concluyó, retuvo el indicio; no se le ofreció esta vez una salvadora elección. En cambio le siguió una pregunta categórica—. ¿Naciste allí, querida?

—No —dijo Patrice claramente, y se dio cuenta de cuál sería con seguridad la siguiente pregunta. Pregunta que ella no podría contestar en el momento.

Bill levantó la cabeza de pronto, la hizo girar inquisitivo en dirección a la escalera.

—Me parece haber oído llorar al niño, Patrice.

—Voy a ver —dijo ella con agradecimiento, y salió de la estancia.

Dormía plácidamente cuando ella llegó. No existía quejido alguno que pudiera ser oído. Se quedó allí de píe con una expresión de pensativo asombro.

¿Habría él creído de verdad que había oído llorar al niño?

21

LLEGÓ DESPUÉS UN DÍA en que ella recorría con paso lento la Congress Avenue, observando escaparates. Congress Avenue era la principal arteria de tiendas. Examinaba la exhibición de este escaparte, la del otro, sin intención de comprar nada, ya que no lo necesitaba.

Pero disfrutaba aún más por aquella despreocupación. Gozaba al ver la multitud de bien vestidos clientes que llenaban la soleada acera, mujeres en su mayoría a esa hora matinal. Gozaba la animación, el dinamismo que infundían. Gozaba este momento libre de cuidado, esta breve tregua (un encargo de Mamá Hazzard, la promesa de comprarle algo, era lo que la había traído al centro), tanto más puesto que era una ausencia justificada, no una escapada, y que el niño estaba seguro, bien atendido, mientras ella se encontrara fuera. Y disfrutaría tanto más al regresar, después de esta breve excursión.

Sólo se trataba de tomar el autobús en la parada próxima cerca de allí, en vez de volver atrás, andando aquel corto trecho.

Luego, de algún lugar detrás de ella, oyó que la llamaban. A la primera sílaba reconoció la voz. Jovial, alegre. Bill. Antes de darse vuelta ella ya tenía dispuesta su sonrisa de saludo.

Dos de sus largos, vigorosos trancos, bastaron para que él se le acercara.

—Hola. Me pareció reconocerte.

Se detuvieron un minuto, frente a frente.

—¿Qué andas haciendo fuera de la oficina?

—Iba camino de ella. Salí a ver a alguien. ¿Y tú?

—Vine a buscar un hilo inglés encargado a Bloom’s para Mamá.

Antes de que ellos lo mandasen yo podía hacer el viaje de ida y vuelta.

—Te acompaño —se ofreció él—. Una disculpa para holgazanear un rato. Aunque sólo sea hasta la esquina próxima.

—De todos modos allí tomaré el autobús —dijo ella.

Dieron media vuelta y siguieron andando, pero al paso de caracol que ella había mantenido anteriormente.

Él frunció la nariz y miró de soslayo al cielo apreciativamente.

—Le hace bien a uno salir de cuando en cuando a tomar el sol.

—Pobrecito esclavo. Quisiera que me dieran un centavo por cada vez que sales de la oficina durante las horas de trabajo.

Él rió entre dientes descaradamente.

—¿Tengo yo la culpa de que Papá me mande? Claro que siempre soy yo el que está más a mano cada vez que él quiere que alguien le haga una diligencia.

Se detuvieron.

—Son preciosos —dijo ella apreciativa.

—Sí —asintió él—. ¿Pero qué son?

—Tú sabes perfectamente que esos son sombreros. No pretendas ser tan superior.

Continuaron su camino, de nuevo se detuvieron.

—¿Es esto a lo que llaman «ver escaparates»?

—Así es. Como si tú no lo supieras.

—Es divertido. No haces nada. Pero ves muchas cosas.

—Puede que te guste ahora, por tratarse de una novedad. Espera a que te cases y tengas mucho de esto. Entonces no te va a gustar.

EN EL ESCAPARATE QUE SEGUÍA había una oferta de estilográficas en una estrecha vitrina de dos o dos metros y medio de ancho.

Ella no tenía intención de pararse allí. Fue él, esta vez, quien se detuvo, obligándola a pararse también.

—Un momento. Me he acordado de algo. Necesito una pluma nueva. ¿Me acompañas un minuto para ayudarme a elegirla?

—Debía encontrarme en camino de regreso —dijo ella sin mucha convicción.

—Sólo un minuto. Soy un comprador rápido.

—No sé nada de plumas —objetó ella.

—Yo tampoco. Por eso precisamente. Dos cabezas valen más que una —ya la había tomado suavemente del brazo, para persuadirla —. ¡Ah!, entra. Soy de esos a quienes se les vende cualquier cosa si se encuentran solos.

—No te creo una palabra. Lo que tú quieres es compañía —se rió, pero entró con él.

Él le ofreció una silla para que se sentara frente al mostrador. Trajeron un estuche de plumas y lo abrieron. El trato era entre él y el vendedor, sin tomar ella parte activa. Destaparon algunas, las mojaron en un frasco de tinta que había a mano, y las probaban escribiendo en un bloc de papel.

Ella observaba, trataba de demostrar un interés que en realidad no sentía.

—¿Qué te parece como escribe ésta? —le preguntó de pronto y le puso entre los dedos una de aquellas plumas y el bloc de papel debajo de la mano antes de que ella pudiera darse cuenta de nada.

Desprevenida, el pensamiento en las proporciones y peso del cilindro que sostenía, la atención fija en la clase de trazo que marcaría el punto, ancho o fino, la apoyó en el papel. Súbitamente apareció escrito «Helen» en la primera hoja, casi como si hubiera sido estampada con caracteres automáticos. O más bien, en un sentido más exacto, fue así. Se contuvo a tiempo para evitar que el apellido fluyera de la pluma. Ya estaba en el primer rasgo hacia arriba de la G mayúscula, cuando levantó la mano de un golpe.

—Déjame probarla a mí ahora —sin más ya él le había quitado de las manos pluma y bloc, antes que ella pudiera hacer algo para eliminar o borronear lo que había escrito.

Ella no podía saber si él había visto o no aquello. No lo demostró. No obstante estaba allí mismo frente a sus ojos, y debía, no podía dejar de verlo.

Trazó una o dos líneas rápidas y la dejó.

—No —dijo al vendedor—. Déjenme ver aquella.

Mientras éste introducía la mano en la caja, ella se las arregló de modo de arrancar rápidamente la primera hoja con la perjudicial «Helen» allí escrita. La arrugó a escondidas en la mano, la dejó caer al suelo.

Pero entonces, cuando ya era tarde, se dio cuenta de que aquello era peor aún que si hubiera dejado el papel donde estaba. De todos modos, era seguro que él lo había visto, y ella no hacía con esto más que indicar que no quería que él lo viera. En otras palabras, se condenaba a sí misma por partida doble: primero al cometer el error, y luego al tomarse aquel trabajo para tratar de ocultarlo.

Mientras tanto, su interés por las estilográficas se había desvanecido de pronto. Miró al vendedor, para decirle algo, y ella habría podido anticipar lo que iba a decir —si lo hubiera dicho—, tanto lo anunciaba su expresión. «No se moleste más. Volveré en cualquier otro momento.» En cambio, él la miró a ella, y como si considerara necesario demostrar una especie de posibilidades, dijo apresuradamente, casi con indiferencia:

—Bueno, sepáreme ésta, entonces. Enviémela a la oficina más tarde.

Apenas la examinó. No parecía que le importase cuál era la elegida.

—¿Vamos? —dijo él, con alguna reticencia.

LA DESPEDIDA FUE FRÍA. Ella no sabía por culpa de quién. O si solo era cosa de su imaginación. De todos modos le pareció que les había faltado la alegre espontaneidad del encuentro hacía sólo unos minutos.

Él no le dio las gracias por haberle ayudado a elegir la pluma, y por lo menos ella le agradecía eso. La mirada de él pareció de pronto ausente, remota, abstracta, cuando hasta entonces le había estado dirigida por entero. Ahora parecía dirigirse al piso más alto de un edificio, o calle arriba hasta el otro extremo; a cualquier lado menos a ella, incluso mientras decía: «Aquí está tu autobús», y la tomaba del brazo para ayudarla a subir, y desde la acera pagaba al conductor el pasaje. «Adiós. Que llegues bien a casa. Te veré a la noche.» Se tocó el sombrero, y aun antes de darse vuelta para marcharse a su trabajo pareció haberse olvidado de ella. Y, sin embargo, de un modo u otro, ella sabía que no era así. Que pensaba en ella más que nunca, ahora que parecía que pensaba menos. La frialdad se había interpuesto entre ellos, eso era.

Bajó la vista a su falda, mientras el autobús corría rozando las apiñadas aceras. Es curiosa la rapidez con que puede trocarse una escena, la misma escena; los soleados pavimentos, y los apresurados compradores no eran ya una diversión para la vista.

¿Y si aquello hubiera sido un test premeditado, una trampa…? Pero no, no podía ser. Por lo menos de eso estaba segura, aunque ello no fuera un consuelo. Él no podía saber que se la iba a encontrar exactamente allí, que iban a caminar del modo que lo hicieron, en dirección a aquel emporio de las estilográficas. Cuando él salió de casa aquella mañana, ella ni siquiera sabía que se trasladaría luego al centro; eso se le había presentado después. De modo que él no podía haber estado al acecho para hablarle. Eso por lo menos había sido espontáneo, puramente accidental.

Pero quizá mientras ellos caminaban, él levantó la vista y vio el letrero de la tienda. Entonces se le ocurrió, y lo improvisó, sin premeditarlo. Se le debió haber ocurrido entonces a él, como ahora se le ocurría a ella que cuando alguien prueba una pluma nueva, invariablemente escribe su nombre. Es casi obligado.

Sin embargo, para un test impremeditado, para un test sobre la marcha como había sido aquel, alguna sospecha debía estar latente en el cerebro de él, de un modo u otro, pues de lo contrario no se le hubiera ocurrido.

Tontuela, se dijo a sí misma acremente a tiempo que tiraba del cordón que tenía delante y se disponía a bajar, ¿porque qué no pensaste en eso antes de entrar allí con él? ¿De qué podía servir la retrospección ahora?

Una o dos noches más tarde, la chaqueta que él se había quitado estaba colgada en el respaldo de una silla. Ella necesitaba un lápiz para algo por un instante, o por lo menos ese fue el pretexto. Buscó el bolsillo y allí encontró prendida la estilográfica. Era de oro, con las iniciales grabadas: un objeto de valor, en uso hacía tiempo, probablemente había sido un regalo de cumpleaños o Navidad de uno de sus progenitores. Todavía más, estaba en perfectas condiciones, inmejorable, con un claro, profundo y hermoso trazo. Y él no era uno de esos que andan por ahí con dos estilográficas en el bolsillo.

Aquello había sido, sin duda, una prueba. Y su reacción había sido todo lo positiva que él podía haber deseado.

22

HABÍA OÍDO YA HACÍA un largo rato el timbre de la entrada, y voces confusas de saludo en el hall abajo, lo que indicaba que debía de haber llegado alguien, que seguramente estaba aún en la casa. No pensó más en ello. En ese momento tenía a Hugh en su bañera portátil, y eso era bastante para ocupar a cualquiera totalmente. Cuando hubo terminado de secarlo, ponerle talco y vestirlo, acostarlo, y quedarse luego rondando en espera del momento oportuno para quitarle con mucho cuidado de su mano apretada el último patito de celuloide, había transcurrido una buena hora. Ella pensó que el visitante, quienquiera que fuese, seguramente hacía tiempo que se había marchado. El que había sido un y no una visitante era algo que daba por descontado; cualquiera del género femenino de seis a sesenta años habría sido automáticamente llevado arriba por la idólatra Mamá Hazzard para que presenciase el alegre rito del baño de su nieto. Aquella era en verdad la primera vez que ella faltaba desde hacía semanas a este momento, aunque no hiciese más que sostener la toalla, charlar en una ininteligible jerga con el pequeñuelo introducido en la mañera, y generalmente estorbar el paso de la paciente madre. Sólo un motivo importante podía haberla hecho faltar.

Cuando, finalmente, salió de la habitación y emprendió el descenso, se le ocurrió que abajo habían permanecido excepcionalmente silenciosos. No se oía más que una voz, solitaria, ronca y apagada, sin interrupción, como si alguien estuviese leyendo.

Estaban reunidos en la biblioteca; era una habitación que nunca

utilizaban por las noches. Y cuando la utilizaban nunca era para reunirse allí.

Pudo verlos desde dos puntos, primero desde la misma escalera al descender, y después al mirar a través de la puerta abierta, más próxima ahora, cuando dobló al pie de la escalera para seguir por el vestíbulo.

Los tres estaban allí, y con ellos un hombre al que no conocía, aunque con seguridad le había visto anteriormente por lo menos una o dos veces, como a todos los que visitaban la casa. Estaba sentado a la mesa, la lámpara de pie encendida a su lado, leyendo en voz alta, uniforme, monótona. No era un libro; más bien parecía un informe mecanografiado. De cuando en cuando daba vuelta a una hoja de crujiente papel que quedaba debajo de las otras.

Nadie más hablaba. Estaban sentados a distancias variadas y con varios grados de atención. Papá Hazzard estaba apoyado en la mesa con el lector, atento a cada palabra, y dando de cuando en cuando su mudo asentimiento. Mamá Hazzard estaba en un sillón, un canasto en su regazo, zurciendo algo, y sólo en ocasiones levantaba los ojos en una esbozada participación auditiva. Y Bill, por extraño que le resultara encontrarse allí, hallábase junto al grupo, una pierna balaceándose sobre el brazo de su sillón, la cabeza echada hacia atrás con una protuberante pipa apuntando al techo, sin dar señales de escuchar. Sus ojos tenían una expresión de vacío, como si su pensamiento se encontrase en cualquier otra parte mientras su cuerpo permanecía obediente y filialmente en la habitación.

TRATÓ DE PASAR DE LARGO disimuladamente, pero justo en el instante inoportuno Mamá Hazzard levantó los ojos y vio el movimiento de su cuerpo al pasar frente al vano de la puerta.

—Ahí está —dijo. Un momento después la llamada llegaba a ella y la hacía detenerse—. Patrice, entra un momento, querida. Te necesitamos.

Se dio la vuelta y entró, sintiendo una súbita constricción en la garganta.

La voz ronca se detuvo en espera. ¿Era un investigador privado?

No, no, no podía serlo. Le había sido presentado antes como amigo de la casa, estaba segura. Pero aquellos voluminosos legajos esparcidos frente a él…

—Patrice, ya conoces a Ty Winthrop.

—Sí, recuerdo que ya fuimos presentados —avanzó hasta allí y le extendió la mano. Los ojos los mantuvo obstinadamente apartados de la mesa. Lo que no era cosa fácil.

—Ty es el abogado de Papá —dijo Mamá Hazzard amablemente, como si en realidad ésta no fuera la forma apropiada de describir a un viejo amigo, aunque era la más adecuada a su propósito.

—Y su rival en el golf —intervino el hombre sentado a la mesa.

—¿Rival? —Papá Hazzard resopló desdeñoso—. Yo no puedo llamar a eso, a lo que tú haces, rivalidad. El rival tiene que estar en cierto modo a la altura de uno. Torneo caritativo le llamaría yo.

La cabeza y la pipa de Bill habían vuelto a la horizontal de nuevo.

—Le ganas con una mano atada a tu espalda, ¿no, papá?

—Siii, mi mano —soltó el abogado, con un guiño exclusivo para el hijo—. Especialmente el domingo pasado.

—¡Basta! Los tres —les reprochó jovialmente Mamá Hazzard—. Tengo mucho que hacer. Y Patrice también. No quiero estarme aquí sentada hasta la madrugada.

Recobraron su gravedad. Bill había tomado una silla y la acercó a la mesa para que ella se sentara.

—Siéntate, Patrice, para formar parte de la reunión —invitó.

—Sí, queremos que escuches esto, Patrice —agregó Papá Hazzard al verla vacilante—. Esto es algo que te concierne.

Su mano quiso, traidoramente, subir hasta la garganta. La mantuvo baja a pura fuerza de voluntad. Se sentó, un tanto violenta.

El abogado se aclaró la garganta.

—Bien, creo que esto es suficiente, Donald. El resto queda como antes.

Papá Hazzard tironeó su silla un poco más para acercarse.

—Entonces, ¿está ya para la firma?

Mamá Hazzard cortó un hilo con los dientes, después de terminar alguna cosa. Luego comenzó a guardarlo todo, preparándose para la partida.

—Es mejor que antes le expliques a Patrice de lo que se trata, querido. ¿No quieres que ella lo sepa?

—Se lo explicaré en tu lugar —ofreció Winthrop—. Lo diré con menos palabras que tú —se dio vuelta en dirección a ella y le dirigió una mirada cordial por encima de sus anteojos—. Donald acaba de modificar las disposiciones de su testamento, al agregar un codicilo. En el original, después de un legado en beneficio de Grace, se disponía la división por partes iguales del resto a favor de Bill y Hugh. Bien, ahora se ha modificado esa parte y se provee un cuarto en favor de Bill y el resto para usted.

Sentía que su rostro empezaba a enrojecer, como si le hubiera sido enfocada una lámpara roja, nada más que al rostro, para que todos lo notaran. La invadió una atormentada sensación como si quisiera separarse de la mesa y huir, y se encontrara atada a la silla.

Trató de hablar tranquilamente, y suavizó su voz humedeciéndose por dos veces los labios.

—No quiero que hagan eso. No quiero que se me incluya.

—No lo tomes de ese modo —dijo Bill afablemente—. Tú no le quitas nada a nadie. Yo tengo el negocio de papá…

—Se hizo precisamente por indicación de Bill —anunció Mamá Hazzard.

—Al cumplir los veinticinco años, ambos muchachos recibieron una suma apreciable en efectivo, para que se iniciaran…

Ella estaba ahora de pie, suplicándoles en silencio, uno por uno, casi sobrecogida de miedo.

—¡No, por favor! ¡No pongan mi nombre en el documento; ¡No quiero que mi nombre figure en él! —las manos enlazadas, se dirigía ahora a Papá Hazzard—. ¡Papito! ¿Quieres escucharme?

—Es por Hugh, querido —le dijo Mamá Hazzard en un discreto aparte—. ¿No comprendes?

—Bien, me doy cuenta; todos lo sentimos mucho por Hugh. Pero de todos modos ella tiene que vivir. Tiene un niño en quien pensar. Y estas cosas no deben postergarse por nuestros sentimientos; deben ser previstas en el momento oportuno.

ELLA SE DIO LA

VUELTA y salió apresuradamente de la estancia. No intentaron seguir tras de ella.

Cerró la puerta tras de sí. Corrió de un lado a otro, dos, tres veces, apretándose la cabeza con los brazos. «¡Estafadora!», barbotó sordamente. «¡Ladrona! Eso es lo mismo que escalar una ventana y…»

Media hora después se oyó un golpe suave en la puerta. La abrió y allí estaba Bill.

—Hola —dijo él humildemente.

—Hola —replicó ella con pareja humildad.

Era como si no se hubieran visto desde hacía dos o tres días, en vez de una media hora.

—Lo firmó —dijo él—. Después de subir tú. Winthrop se lo llevó nuevamente. La cosa está hecha, que lo quieras o no.

Ella no respondió. La batalla se había perdido abajo, antes, y esto era sólo el comunicado final.

La miraba de un modo que ella no pudo precisar. Parecía mostrar en partes iguales sagaz evaluación y una incomprensión, con una pizca de admiración.

—Bueno —dijo él—, no sé por qué te pusiste de aquel modo. No estoy de acuerdo contigo, creo que cometiste un error al portarte como lo hiciste —bajó la voz un tanto confidencialmente—. De todos modos me alegro que sucediera así. Me gustas más por haberte portado así —de pronto le alargó la mano—. ¿Quieres darme las buenas noches?

23

ESTABA SOLA EN LA CASA. Es decir, sola con Hughie, arriba en su cuna, y Tía Josie, allá detrás en su habitación. Habían salido a visitar a los Michaelson, antiguos amigos.

Era agradable estar sola en la casa de cuando en cuando. No muy a menudo, no siempre; se habría trocado en soledad. Una vez había experimentado lo que era eso, demasiado bien, y no quería experimentarlo de nuevo.

Pero era agradable estar así sola, sola sin soledad, una o dos horas nada más, justo desde las nueve hasta las once, sabiendo que ellos estarían pronto de regreso. Con toda la casa para vagar a su antojo; por arriba, por abajo, entrando en esta habitación, en aquella otra. No es que otras veces no pudiese hacerlo, pero en ésta sentía algo especial, al andar por allí cuando no estaba nadie más en la casa. Eso le hacía experimentar algo. Reconfortaba su sensación de la propiedad, la colmaba.

Le habían preguntado si no querría acompañarlos, pero ella se había excusado. Quizá porque sabía que al quedarse sola en casa experimentaría esta misma sensación.

No la importunaron. Jamás lo hacían, jamás repetían hasta el cansancio una invitación. La respetaban como individuo, pensó era una de las agradables condiciones que poseían. Sólo una de ellas, pues tenían muchas otras.

—Entonces será la próxima vez, quizá —Mamá había dicho sonriendo al despedirse, desde la puerta.

—La próxima vez con seguridad —prometió ella—. Se trata de una gente muy amable.

Primero vagó por la casa un rato, experimentando su «sensación» del lugar, saturándose de aquel bendito sentimiento de «propiedad». Tocando aquí el respaldo de un sillón, palpando allí la tela de una cortina.

Mía. Mi casa. La casa de mis padres y mía. Mía. Mía. Mi hogar. Mi sillón. Mi cortina. No, sube un poco de este lado, así es como quiero que esté.

¿Tonta? ¿Pueril? ¿Fantasiosa? Sin duda. ¿Pero quién está libre de puerilidades, fantasías? ¿Qué es la vida sin ellas? O, ¿hay vida sin ellas?

ENTRÓ EN LA DESPENSA de Tía Josie, destapó el frasco de rosquillas, cogió una, le dio un bocado.

No sentía hambre. Habían comido abundantemente hacía sólo un par de horas. Pero…

Mi casa. Puedo hacerlo. Tengo derecho. Me están esperando para que me sirva cuando me plazca.

Tapó el frasco, iba a apagar la luz.

De pronto cambió de idea, retrocedió, cogió otra.

Mi casa. Puedo coger hasta dos si me place. Y bien, cogeré dos.

Con una en cada mano, con un insolente bocado a cada una, salió de la estancia. En realidad, no eran alimento para la boca, eran alimento para el alma.

Una vez limpios sus dedos de las últimas migajas decidió leer un libro. Una paz completa la invadía ahora, una sensación de paz y bienestar que era casi terapéutica en el fondo. Era una sensación de curación; de ser uno mismo, de serlo por entero otra vez. Como si los últimos vestigios de una vieja dolencia, de una vieja resquebrajadura en su personalidad (como realmente había una en el más completo sentido), hubiesen desaparecido. Un psiquiatra podría haber escrito sobre el caso un estudio erudito: que el simple vagar por una casa, en completa seguridad, en completo relajamiento, durante una media hora, podía lograr en ella tal resultado, lejos de la atención de la fría ciencia, en una clínica. Pero, los seres humanos son seres humanos, y la ciencia no es lo

que éstos necesitan; es un hogar, una casa propia, que nadie pueda arrebatarles.

Era el momento apropiado, casi el único momento, para leer un libro. Podía dedicarle toda la atención, se podía perder en él. Se identificaba con él por un rato, transportada.

Le llevó algún tiempo elegir uno en la biblioteca. Pasó una buena cantidad de hojas de muchos, volvió al sillón para leer uno o dos párrafos antes de que al fin se decidiese por algo que parecía iba a gustarle.

Marie Antoinette, por Katharine Anthony.

Por una u otra causa, nunca había tenido mucha afición por la novela. Había en ello algo que la hacía sentirse un tanto incómoda, tal vez el recuerdo del drama de su propia vida. Le gustaban las cosas que realmente hubieran sucedido. Sucedido realmente, pero mucho tiempo atrás y lejos de allí, a alguien distinto, alguien que jamás pudiera confundirse con ella misma. Cuando se trata de un personaje imaginado, en seguida comienza uno, involuntariamente, a identificarse con él, hombre o mujer. En el caso de un personaje sacado de la realidad, no ocurre lo mismo. Se simpatiza objetivamente, pero eso es todo. Desde el principio al fin, se trata de otro. Porque en realidad ha sido otro. (Evasión, podía llamarse, aunque en su caso esto era para ella el reverso de lo que era para otros. Estos se evadían de la monótona realidad hacia el drama de imaginación. Ella se evadía del intenso drama personal hacia una realidad del pasado.)

DURANTE UNA MEDIA HORA, tal vez más, se identificó con una mujer muerta hacia ciento cincuenta años; perdió la huella del tiempo.

Vagamente, con sólo una parte marginal de sus facultades, oyó un frenazo en alguna parte afuera en la noche tranquila.

«… Axel Fersen condujo rápidamente por las oscuras calles.» (Han regresado. Voy a terminar antes este capítulo.) «Hora y media más tarde, el carruaje salía por la puerta de Saint-Martin…»

En la puerta de la calle giró una llave. La puerta se abrió, luego se cerró. Pero no llegó ningún murmullo de voces que regresan al

hogar. Silencio vocal, ya que no total. Pasos, sólo un par, firmes, enérgicos, sonaron a lo largo del tramo no alfombrado adyacente a la puerta, luego se apagaron en el alfombrado vestíbulo.

«… Poco más adelante vieron una carroza junto a la cuneta.» (No, es Bill, no son ellos. Acaba de llegar. Me había olvidado, no se llevaron el coche, los Michaelson viven a la vuelta) «una carroza junto a la cuneta…»

Los pasos continuaron hasta el fondo. La luz de la despensa de Tía Josie volvió a encenderse. No la veía desde donde estaba, pero lo sabía por el click de la llave. Distinguía todas las luces por los clicks de las llaves respectivas, por la dirección de que procedía su tono agudo o leve. En una casa se llegan a conocer estas cosas.

Oyó salir el agua de un grifo, y luego posar un vaso vacío. La tapa del frasco de rosquillas resonó luego, con el fuerte, hueco, resonante ruido de la porcelana.

«… junto a la cuneta.» (A Tía Josie le va a dar un ataque. Siempre le reprende. A mí nunca me regaña por hacer eso mismo. Me figuro que ella solía reprenderle cuando él era chico, y no puede perder la costumbre.) «La seudo Madame Korff y su comitiva se introdujeron en el carruaje.

La tapa volvió, finalmente, a su sitio.

Los pasos se encaminaron hacia el frente, aparecieron en la entrada del vestíbulo.

Se detuvieron en seco, marcaron uno en retroceso, el piso crujió levemente con el peso recargado de un lado.

«…» Se le cayó un pedazo al suelo, se detuvo para recogerlo. No quiere que Tía Josie lo encuentre por la mañana, y que descubra lo que ha estado haciendo. Acostaría a que en el fondo teme aún a Tía Josie, como un niño. «…»

Pero sus pensamientos no eran conscientes de él ni estaban en él. Estaban en su libro. Era el perímetro de su mente, el resto no utilizado, el que mantenía vivo el comentario para sí misma, y al que el centro de su atención no hacía caso.

Él se quedó un rato sin hacer ruido. Debía haberse dejado caer en alguna parte, terminando sus rosquillas. Probablemente con una pierna sobre el brazo del sillón, si es que estaba sentado.

A él le habían dicho que harían una visita a los Michaelson, y seguramente había pensado que ella los había acompañado, que

estaba solo en la casa. La biblioteca estaba a la derecha de la escalera, y él había tomado el camino de la izquierda, ida y regreso de la despensa, no se había acercado allí aún, de modo que no podía saber que ella se hallaba en la casa. La lámpara de pantalla a cuya luz leía tenía un limitado radio de reflexión que no pasaba de la entrada a la biblioteca.

DE PRONTO SUS BLANDOS pasos volvieron a oírse, recomenzaron, terminado el intermedio alimenticio. Sonaron de nuevo en el vestíbulo, haciéndose más claros al emerger de dondequiera que él hubiera estado, dieron vuelta a la escalera y giraron hacia este lado. Venían directamente hacia allí, hacia la habitación en que insospechadamente estaba ella.

Siguió leyendo sin interrupción, atrapada por el creciente interés del pasaje en que acababa de entrar, absorta del todo. Ni siquiera alzó los ojos.

Los pasos de él llegaron al vano. Entonces se detuvieron en seco, casi como un retroceso.

Tal vez se quedó un momento inmóvil, mirándola.

Luego, bruscamente, dio un torpe paso en retirada, un paso completo hacia atrás, giró en redondo, y se alejó de nuevo.

Ella se daba cuenta casi subconscientemente de todo esto; no con entera conciencia, al menos no aún. Estaba allí, pegado a su conocimiento, pero aún no había penetrado en él.

«… ¿Por qué dio vuelta y se fue así, al verme aquí sola?» «… y se acomodaron en los muelles asientos…» (Tenía la intención de entrar. Llegó hasta la misma puerta. Pero cuando vio que yo estaba aquí, y que no parecía haberme dado cuenta de su presencia, giró en redondo. ¿Por qué? ¿Por qué hizo eso?) «Axel de Fersen tomó las riendas…»

El hechizo del libro se desvaneció, se desintegró lentamente. Sus ojos dejaron por primera vez las páginas. Levantó la cabeza inquisitivamente, con el libro aún abierto ante sí.

—¿Por qué? ¿Por qué hizo eso?

No es que él temiera interrumpirme. Aquí todos somos de la

familia, no andamos con esas ceremonias entre nosotros. Entramos y salimos de las habitaciones como nos place sin un con-su-permiso, salvo arriba, y aquí no es arriba, aquí es abajo. Ni siquiera dijo hola. Cuando advirtió que no lo había visto, lo dejó así, hizo lo posible para que quedara así, trató de no atraer mi atención. Desanduvo el primer paso, y sólo entonces giró en redondo.

La puerta de la calle se había vuelto a abrir. Había salido un momento, para guardar el auto. Ella oyó el golpe de la portezuela al cerrarla desde dentro, oyó los engranajes ponerse en movimiento.

¿No le gusto? ¿Es por eso por lo que no quiere encontrarse en una habitación a solas conmigo, cuando no hay nadie más? ¿Tiene alguna cosa contra mí? Creí —parecía— que había puesto entera confianza en mí, pero… Pararse así, contenerse, desviarse casi, en la misma puerta…

Y luego súbita, sencillamente, casi naturalmente, se dio cuenta. Se le presentó. Algún indefinible algo se lo había dicho. Algo que ninguna palabra podía explicar. Algo demasiado delicado para soportar el peso de ninguna palabra.

No, no es porque yo no le guste. Es porque le gusto, le gusto, por lo que retrocedió de ese modo; no quiere, si puede evitarlo, estar a solas en la habitación conmigo. Le gusto demasiado. Ya empieza a enamorarse de mí. Y… cree que no debe. Lucha contra eso. Esa lucha sin esperanza, hasta el último reducto, que jamás se gana.

Resueltamente, pero sin apresuramiento, cerró el libro, lo llevó al espacio de donde lo había extraído, lo empujó. Dejó la lámpara encendida (puesto que había parecido que quería entrar allí), pero abandonó la estancia, se la dejó a él, salió al vestíbulo, subió la escalera y entró en su propia habitación, cerró la puerta.

Se soltó el cabello, lo cepilló para acostarse.

Oyó el fuerte golpe de las puertas del garaje, oyó el candado dar contra ellas cuando él las cerro, le oyó entrar de nuevo en la casa. Él se fue directamente a la biblioteca, y entró, sin vacilar esta vez (¿era para hablarle, para hacer frente a aquello, para confesarlo, después de haber tomado su decisión durante aquellos breves minutos de tregua?)… para encontrarla vacía. La lámpara estaba encendida, la lectora ausente.

Segundos después ella se acordó que había dejado el cigarrillo encendido, sobre la mesa, debajo de la lámpara, al lado del asiento.

Se había olvidado de recogerlo antes de salir. Debía estar ardiendo aún, lo había encendido justo antes de oír el auto llegar.

No era que se alarmara por un posible daño. Él lo vería a la primera ojeada y lo apagaría.

Pero eso mismo la delataría ante él. Puesto que, así como él había tenido la intención de entrar cuando no lo hizo, aquello le revelaría que ella no había tenido la intención de levantarse y salir cuando lo hizo.

Ella no sólo sabía, ahora, que él comenzaba a enamorarse de ella, sino que, por aquella señal del denunciador cigarrillo, él también sabía que ella sabía.

24

CUANDO ELLA SALIÓ al florido jardín del fondo a la luz de la luna llena, parecía como un mediodía. Los senderos cubiertos de arena que formaban un recuadro en torno, y en el centro como una X, parecía de nieve, y su sombra se deslizaba por ellos azulada en contraste con aquella blancura. El pequeño estanque de piedra del centro parecía punteado con discos de plata y, como si estuvieran animadas, las ondas se juntaban y separaban al variar, en su paseo en torno, su ángulo de perspectiva.

Aquella noche de junio las rosas despedían un penetrante perfume, y los pequeños insectos en reposo producían un zumbido somnoliento, como si hablaran en sueños.

No quería dormir, y no quería leer; se encontraba demasiado encerrada en la biblioteca con la lámpara encendida. No quería seguir sentada sola en el porche, una vez que Mamá y Papá Hazard se retiraron a su habitación. Había subido un momento para ver a Hughie, ver cómo estaba, y había vuelto a salir al jardín, protegida por el alto seto que lo circundaba.

En la pequeña iglesia reformista de Beechwood Drive sonaron melodiosamente las once, y los ecos se prolongaron en el aire tranquilo, llenándola de una sensación de paz y bienestar.

Una voz suave, que parecía venir de encima de su hombro, dijo:

—Hola; me parecía que eras tú la que andabas por ahí abajo, Patrice.

Dio medio vuelta, asustada, y durante un minuto no pudo localizarlo. Estaba arriba, sentado de lado en el antepecho de su ventana abierta.

—¿Te incomoda si bajo a fumar un cigarrillo contigo?

—Ya voy a entrar —se apresuró a decir ella, pero él ya había desaparecido de la ventana.

SALIÓ POR EL PORCHE y la luz de la luna le tiñó de blanco cabeza y hombros como una lluvia de talco al encaminarse hacia allí. Ella le esperó a medio camino y echaron a andar juntos, lentamente. Primero por el sendero circular, después por otro bisector del centro.

Ella extendió el brazo y tocó una flor de pasada; la inclinó en su dirección y seguidamente la soltó de nuevo indemne.

Una rosa blanca abierta del todo; el perfume fue, por un instante, como la explosión de una granada en sus rostros.

Él ni siquiera hizo eso; no hizo nada.

No dijo nada. Simplemente caminaba a su lado, con una mano enganchada del pulgar en su bolsillo. Miraba fijamente abajo, como si el sendero le fascinara.

—Siento tener que retirarme, es tan hermoso esto —dijo ella finalmente.

—Me importan un bledo los jardines —repuso él casi ásperamente—. Ni el pasear por ellos. Tú sabes por qué bajé. ¿Es necesario que te lo diga?

Arrojó el cigarrillo con fuerza al suelo, con la mano en reverso, con un gesto como de enojo por algo.

Ella se sintió de pronto espantada. Se detuvo en seco.

—No, espera, Bill. Bill, espera… No…

—¿No qué? Aún no he dicho nada. Pero tú lo sabes ya, ¿no es verdad? Lo siento, Patrice, tengo que decírtelo. Tú tienes que escucharme. Esto tiene que salir.

Ella extendía la mano en dirección de él en protesta, como si tratara de evitar algo. Se apartó con un paso atrás, quebró la proximidad.

—No me agrada esto —dijo él con rebeldía—. Es algo que jamás experimenté. Jamás he sufrido por eso. Ni siquiera he tenido desazones de novio como los demás. Quizá haya sido ese mi modo de ser. Pero está aquí, Patrice. Ahora sí que lo siento.

—No, espera… No ahora. No aún. No es este el momento.

—Este es el momento, y esta es la noche, y este es el lugar. Jamás habrá otra noche como ésta, aunque vivamos un siglo. Patrice, te amo, y quiero que tú te ca…

—¡Bill! —suplicó ella aterrada.

—Ya lo has oído, y ahora huyes, Patrice —exclamó él desolado—: ¿Qué es lo que tiene de malo?

Ella había ganado ya el primer escalón del porche, se detuvo un instante en la huida. Él se dirigió a ella lentamente, en una especie de aceptada frustración, más que en importuna precipitación.

—No soy buen galanteador. No sé cómo decir eso.

—Bill —repitió ella, afligida.

—Patrice, te veo diariamente y… —abrió los brazos como vencido—. ¿Qué quieres que haga? Yo no lo he buscado. Creo que es bueno. Creo que es algo que debe ser.

Ella apoyó un momento la cabeza en el pilar del porche, como sin saber qué hacer.

—¿Por qué tuviste que decirlo? ¿Por qué no esperaste…? Dame un poco de tiempo. Por favor, dame algo más de tiempo. Sólo unos meses…

—¿Quieres que lo retire, Patrice? —preguntó casi con pena—. ¿Cómo puedo saber yo? ¿Cómo iba a saberlo, sin hablar? Patrice, hace tanto tiempo ya. ¿Es por Hugh, es aún por Hugh?

—Jamás he estado enamorada… —comenzó a decir, contrita. Se contuvo súbitamente.

Él la miró extrañamente.

He dicho demasiado, se le ocurrió. Demasiado, o no lo suficiente. Y después en dolorosa confirmación: aun no lo suficiente.

—Ahora me voy adentro —la sombra del porche cayó entre los dos como un telón de añil.

Él no trató de seguirla. Se quedó donde estaba.

—Temes que te bese.

—No, no es eso lo que temo —susurró ella casi inaudiblemente—. Temo querer que lo hagas.

La puerta se cerró tras de ella.

Él se quedó fuera a la plena luz de la luna, inmóvil, mirando con tristeza al suelo.

25

EL MUNDO ERA BELLO al mirarlo por la mañana desde la ventana. Aquella sensación de paz, de seguridad, de propiedad, había estado tejiéndose fuertemente a su alrededor. Muy pronto nada habría capaz de separar de nuevo su urdimbre. Despertar en nuestra propia habitación, en nuestra propia casa, al abrigo de nuestro propio techo. Ver que nuestro hijito se despertó antes y que atisba expectante desde la cuna, nos regala su alegre sonrisa de deleite, algo especial que no ha hecho con nadie más que con nosotros. Alzarlo y apretarlo contra nosotros, y tener que refrenarse para no lastimarlo. Llevarlo luego hasta la ventana, apartar la cortina, y mirar al mundo. Mostrarle el mundo que hemos encontrado para él, el que hicimos para él.

El primer sol matinal que, como polen, mancha las aceras y el camino de entrada a las casas. Las sombras azuladas bajo los árboles y al abrigo de los edificios. Unas puertas más allá, un hombre riega el césped; el agua brota de la boquilla de la manguera y despide fulgores diamantinos. Ha levantado los ojos y nos ha descubierto; como vecino nos saluda agitando la mano en el aire, a pesar de que no lo conocemos mucho. Y por nuestra parte, tomamos por la muñeca la manecita de Hughie, y la agitamos en respuesta.

Sí, ya lo creo, el mundo era agradable por las mañanas.

Después vestirse, vestirse para dos, y bajar a la confortable sala que nos espera; encontrarnos con Mamá Hazzard y sus flores recién cortadas, su afectuoso, alegre saludo, y el reflejo de la cafetera brillante como un espejo (que tanto le encantaba a él), mostrando en sus diversas caras rechonchas, gordinflonas imágenes sentadas

en torno: una señora mayor y una señora mucho más joven, y en su alta silla un niño, la atracción de todos.

Estar a salvo, estar en casa, estar con los nuestros.

Cartas para nosotros, incluso, una carta personal, esperándonos frente a nuestro asiento. Al verla, ella experimentó una agradable sensación de plenitud. No había prueba más cabal de la estabilidad, de la propiedad, que aquélla. Nuestra correspondencia, dirigida a nuestra casa.

«Mrs. Patrice Hazzard», y la dirección. Una vez ese nombre la había aterrorizado. Ahora, no. Un poco más y ella ya ni se acordaría de que había existido otro nombre antes. Un nombre solitario, atemorizado, a la deriva, sin dueño, sin nadie que lo reclamara.

—Vamos, Hughie, no te apresures tanto, termina primero lo que tienes en la boca.

La abrió, y no había nada en ella. Es decir, nada escrito. Por un momento pensó que seguramente había habido un error. Sólo una hoja en blanco. No, espera, del otro lado…

Dos palabras cortas, casi ocultas en el doblez de la hoja, casi inadvertidas en la nívea extensión que las rodeaba.

«¿Quién eres?»

26

POR LAS MAÑANAS EL MUNDO era agridulce a la mirada desde la ventana. Despertar en una habitación que no nos pertenece legítimamente. Que sabemos —y sabemos que hay alguien que también lo sabe— que no tenemos derecho a ocupar. Los primeros rayos del sol caen pálidos y fríos sobre el suelo, y bajo los árboles y al abrigo de las casas, retazos de noche vagan aún, disueltos en azul y no obstante hoscos y aborrecibles. El hombre que riega el césped unas puertas más allá es un extraño; un extraño que conocemos de vista. Levanta los ojos, y nos apartamos rápidamente de la ventana, con niño y todo, para que no nos vea. Un momento después, sin embargo, hubiéramos deseado no haberlo hecho, pero ya era tarde, estaba hecho.

¿Habrá sido él? ¿Fue él?

Ya no es tan divertido vestirse para dos. Y al bajar con Hughie por la escalera, la escalera por la que hemos bajado tantos cientos de veces, por fin sabemos cómo es descender tristes y acongojados, como nos dijimos, aquella primera noche, que algún día podía ocurrimos. Pues así es cómo descendemos ahora por ellas.

Mamá Hazzard a la mesa, radiante; y las flores; y los reflejos de gárgola en las caras de la cafetera. Pero, desde el mismo vano, sólo tenemos ojos para una cosa, furtivos, nerviosos. Más lejos aún; desde que la mesa aparece a nuestra vista. ¿Hay allí algo blanco frente a nuestra silla? ¿Hay allí alguna mancha rectangular, al lado o cerca de nuestro sitio? Es fácil advertirlo, pues el mantel es de color, con pinceladas rojas y verdes.

—¿Patrice, querida, no has dormido bien? —pregunta, solícita,

Mamá Hazzard—. Pareces un poco enferma.

Hace un momento, en la escalera, no parecía enferma. Entonces sólo se sentía triste y acongojada.

Instaló a Hughie en su silla, y se tomó un poco más de tiempo que el necesario. No pienses en eso. No trates de ver qué hay dentro; no necesitas saber qué hay dentro; déjalo donde está hasta después del desayuno; entonces rómpelo sin…

—Patrice, se lo estás vertiendo por el mentón. Vamos, déjame a mí.

Desde ese momento no tiene ocupación para sus manos. A ella que le parece que tiene tantas; por lo menos cuatro o cinco. Extiende la mano hacia la cafetera y tropieza con una esquina de aquello; la extiende hacia la azucarera, y tropieza con la otra esquina. Acerca su servilleta, y aquello se desliza seis o siete centímetros más cerca de sí. ¡Estaba dondequiera mirase, estaba en todas partes al mismo tiempo!

Quería gritar, y se apretó fuertemente la mano colgada al lado de la silla. No debo hacer eso, no. Hughie está aquí conmigo,, y Mamá está justo frente a nosotros…

Ábrela, ábrela pronto. Rápido, mientras dispones de valor.

El papel produjo un ruido de desgarramiento, tan grueso y desmañado era su dedo.

Una palabra más esta vez.

«¿De dónde eres?»

Se apretó la mano de nuevo fuertemente, baja al lado de la silla. El blanco se disolvió en ella, desapareciendo entre sus dedos.

27

POR LAS MAÑANAS EL MUNDO era amargo al mirarlo desde su ventana. Despertar en una habitación extraña, en una casa extraña. Alzar al niño —lo único legítimamente nuestro— y dar un rodeo con él en dirección a la ventana, deslizarlos oblicuamente y acechar desde una esquina sin tocar apenas la cortina; no dar un paso hasta el centro y apartar del todo la cortina. Eso era para gente que vive en su propia casa, no para nosotros. Y allá afuera, nada. Nada que nos pertenezca o que sea para nosotros. Las hostiles casas de una hostil ciudad. Un helado baño de sol sobre un pétreo suelo. Oscuras sombras hoscas debajo de cada árbol y al abrigo de cada casa. El hombre que riega el césped hoy no se da vuelta para saludarnos. Ahora es más que un extraño; es un enemigo potencial.

Bajó la escalera con su niño, y cada paso era como una campanada. Cuando entró en el comedor cerró los ojos. No podía evitarlo; no se atrevía a abrirlos un momento.

—Patrice, me parece que tú no estás nada bien. Debías ver el color que tienes en comparación con el del niño.

Abrió los ojos.

No había nada.

Pero vendrá. Vendrá otra vez. Había venido una vez, dos veces; volvería otra vez. Mañana, quizá pasado mañana. 0 al día siguiente. Seguramente vendría. No le quedaba más que esperar. Sentarse allí, abatida, indefensa, a esperar. Era como agachar la cabeza debajo de un grifo que gotea, a esperar que la siguiente gota helada se desprendiese y cayera.

Por las mañanas el mundo era amargo, y por las noches

pletórico de sombras que se arrastraban informes a su alrededor, amenazando cerrarse de un momento a otro sobre ella y engullirla.

28

NO HABÍA DORMIDO BIEN. Eso fue lo primero de que tuvo conciencia al despertar. La causa, la razón, eso vino después. Era lo que realmente importaba; no el hecho de que no hubiese dormido bien, sino saber la causa, la razón de ello. Pero demasiado bien.

No era nuevo. Últimamente le había estado sucediendo, esto de no dormir bien. Era la regla más bien que la excepción.

La tensión comenzaba a producir efecto en ella. Su resistencia empezaba a ceder. Sus nervios se atenazaban lentamente, un poco más cada día. Sabía que se aproximaba a un punto peligroso. No podría soportar mucho de aquello. No era cuando venían; era el intervalo, la espera del próximo. Cuanto más tardaba en venir, mayor era la tensión, en vez de disminuir. Era como aquel conocido ejemplo de segundo zapato, arrojado; prolongado *ad infinitum*[2].

No podría soportar mucho más de aquello. «Si hay otra», se dijo, «algo va a estallar. Que no haya otra. No».

Se miró al espejo. No por vanidad, engreimiento, sino para ver el daño causado a su semblante. Para confirmar, objetivamente, el precio pagado. Su rostro estaba pálido y fatigado. De nuevo volvía a adelgazar, perdía sus redondeces, volvía a aquella delgadez de mejillas que había tenido en Nueva York. Sus párpados estaban demasiado sombreados, y los ojos un poco demasiado brillantes. Parecía cansada y amedrentada. No aguda, sino crónicamente. Esto era lo que aquello le había estado produciendo.

Se vistió, arregló luego a Hughie, y lo llevó con ella abajo. Era tan agradable el comedor por la mañana temprano como ahora. El sol recién acuñado derramábase dentro, del color del champán; las

fruncidas cortinas; en la mesa la vajilla de alegres colores; el fragante aroma de la cafetera; el apetitoso olor de las frescas tostadas que asomaban por debajo de la servilleta puesta encima para mantenerlas calientes. En el centro de la mesa, las flores de Mamá Hazzard, nunca de más de una hora de cortadas en el jardín del fondo. Mamá Hazzard en persona, apuesta y alegre en su vestido estampado de mañana, sonriéndole. Hogar. Paz.

«Déjame en paz», suplicó ella interiormente. «Déjame estar. Déjame todo esto. Déjame que lo disfrute, ya que se ha hecho para disfrutarlo, ya que por todas partes pide que sea disfrutado. No me lo quites, déjamelo.»

Dio vuelta en torno de la mesa hasta ella, la besó y alzó a Hughie para que lo besara. Luego lo instaló en su elevado asiento, entre ambas, y se sentó.

Entonces los vio, esperándola.

El de encima era un folleto de propaganda de una tienda, dentro de su sobre. Lo identificó por el membrete de la esquina superior. Pero debajo había algo, otro. Sus esquinas sobresalían por debajo del primero.

Tenía miedo de ponerlo totalmente a la vista, lo postergó.

Dio de comer a Hughie su cereal con la cuchara, y alternativamente tomó unos sorbos de su propio jugo de fruta. Aquello le envenenaba el desayuno, le ponía los nervios en tensión.

Quizá no fuera otro de aquéllos, quizá fuera otra cosa. Su mano se movió dando una sacudida, y el anuncio de la tienda quedó a un lado.

«Mrs. Patrice Hazzard»

La dirección estaba a mano y con tinta, era una carta personal. Ella jamás recibía cartas personales de nadie; ¿quién le escribía, a quién conocía? Debía ser, lo era, otra de aquéllas. Sintió náuseas. Observó, con una especia de hipnótica fascinación, todos sus detalles. El sello purpúreo de tres centavos, cruzado por las onduladas líneas del matasellos. Luego el sello circular estampado por el mismo correo, a un lado. Había sido despachada tarde, después de las doce de la noche pasada. ¿Dónde? Se lo preguntaba. ¿Por quién? Ella vio con los ojos de la imaginación una indistinta,

furtiva figura que se escurría hacia el buzón de una calle oscura, apresuradamente introducía con una mano algo por la ranura y oyó el ruido metálico al cerrarse.

Quería sacarla de allí, llevarla arriba, cerrar la puerta. Pero si la llevaba sin abrir, ¿no parecería algo secreto, no llamaría demasiado la atención? Podría abrirla con toda confianza allí mismo; en esta casa nunca andan curioseando, jamás se entrometen. Ella sabía que podía, inclusive, dejarla abierta por allí después de leerla, y nadie más la leería, nadie la tocaría.

Introdujo la hoja del cuchillo por una esquina, cortó la solapa.

Mamá Hazzard se ocupaba de alimentar a Hughie, no tenía ojos más que para él. Cada bocado producía un himno de alabanzas.

Ahora abrió la hoja interior doblada en dos. Las flores que estaban delante ocultaron el temblor de su mano. Tanto blanco en torno, tanto espacio desperdiciado, tan poco lo escrito. Sólo una línea en el centro del papel, donde estaba el doblez.

«¿Qué haces ahí?»

SENTÍA CONTRAÉRSELE EL PECHO. Trató de aplacar la súbita y desordenada respiración, antes de que la traicionase.

—Se terminó. ¡Hughie se lo comió todo! ¿Dónde está ahora?

La bajó hasta su regazo. Logró introducirla de nuevo en el sobre, doblarlo una vez, y después otra, hasta que pudo ocultarlo en la palma de la mano.

«Otra más y algo va a estallar.» Y allí estaba, la otra más.

Sentía que el dominio de sí misma se le agotaba y no sabía qué catastrófica forma asumiría la pérdida. «Tengo que sacarla de esta habitación», se advirtió ella misma. «¡Tengo que apartarla de esta mesa…, ahora…, rápidamente!»

De pronto se levantó, tropezando un poco con su silla. Se dio vuelta y se alejó de la mesa sin decir palabra.

—Patrice, ¿no vas a tomar tu café?

—Bajo en seguida —respondió ella con voz ahogada, desde el

otro lado de la entrada—. Me olvidé algo.

Llegó arriba, entró en su habitación, y cerró la puerta.

Aquello fue como la rotura de un dique.

Había querido imaginar la forma que asumiría. Lágrimas, había pensado, o risa histérica. Ni una cosa ni la otra. Era cólera, el paroxismo del furor ciego, inútil e impotente.

Fue hasta la pared y arremetió contra ella con los puños en alto, sobre su cabeza. Y luego en torno hasta la otra pared y la otra y la otra, como alguien que buscara una salida, gritando locamente:

—¿Quién eres tú? ¿De dónde las envías?

¿Por qué no te presentas a la vista de la gente? ¿Por qué no sales adonde pueda verte? ¿Por qué no sales para que pueda replicarte?

Hasta que se detuvo por fin, agotada y respirando fuertemente por la emoción consumida. En su estela apareció la súbita determinación. Había sólo una manera de luchar, disponía sólo de una manera de frustrar el poder dañino de los ataques…

Abrió la puerta de golpe. Bajó de nuevo por la escalera. Sin asomo de lágrimas, tal como había subido. Descendió apresuradamente, con oleadas de rápidos pasos. La tenía aún en la mano. La desdobló y empezó a desarrugarla sin detenerse.

Penetró en el comedor nuevamente al mismo paso con que había descendido por la escalera.

—… tomó toda su leche como un niño bueno —canturreaba Mamá Hazzard.

Patrice se movió rápidamente en torno de la mesa hasta ella, se paró en seco a su lado.

—Quiero mostrarle una cosa —dijo bruscamente—. Quiero que vea esto.

La puso desdoblada sobre la mesa frente a ella y se quedó esperando.

—Un momentito, querida; déjame buscar mis gafas —susurró Mamá Hazzard bondadosamente. Exploró aquí y allá entre las cosas del desayuno—. Las tenía conmigo cuando estaba Papé en la mesa; ambos estuvimos leyendo el diario —levantó la vista en dirección al aparador situado frente a ella.

Patrice se quedó esperando. Atendió a Hughie. Sostenía aún la cuchara, agarrada posesivamente con toda su mano. La agitó alegremente en su dirección. Hogar. Paz.

Alargó súbitamente la mano hasta el sitio que ella ocupaba en la mesa, recogió la circular de la tienda que aún estaba allí, substituyó la primera carta con aquélla.

—Aquí están, debajo de la servilleta. Las tenía frente a mis ojos —Mamá Hazzard se las ajustó, se dio vuelta hacia ella—. Veamos, ¿de qué se trata, querida? —desdobló el anuncio y lo miró.

Patrice señaló.

—Ese modelo, aquí. El primero. ¿No le parece… atractivo?

A su espalda, en una mano, la misiva substituida se arrugó lentamente, se desinfló, fue absorbida entre sus dedos y comprimida hasta quedar invisible.

29

SILENCIOSA Y RÁPIDAMENTE se movía de un lado a otro, una y otra vez, en la habitación apenas alumbrada, con los brazos cargados de objetos personales sacados de los cajones. Hughie dormía en su cuna, y el reloj marcaba casi la una.

La maleta estaba abierta sobre una silla. Ni eso le pertenecía. Era la que había utilizado en el viaje por ferrocarril hasta allí, tan flamante como siempre, la de «P H» en una esquina. Tendría que apropiarse de ella. Del mismo modo que se apropiaba de los objetos recogidos al azar, que arrojaba dentro. Del mismo modo que se apropiaba de la misma ropa que tenía puesta. En toda la habitación había ahora sólo dos cosas que le pertenecían legítimamente. El pequeño envoltorio que dormía tranquilamente en la cuna. Y los diecisiete centavos diseminados sobre un pedazo de papel encima del tocador.

Recogió, en su mayoría, cosas para él. Cosas que él necesitaba, cosas para abrigarlo. A ellos no les importaría, no se las escatimarían; lo adoraban casi tanto como ella, pensó entristecida. Se dio más prisa, como si el peligro de la vacilación en el propósito residiese en este tipo de pensamientos si seguía así demasiado tiempo.

Para ella recogió muy poca cosa, sólo aquello de absoluta necesidad: Ropa interior, uno o dos pares extra de medias…

Cosas, cosas. ¿Qué importan las cosas, cuando todo tu mundo se desmorona y desploma sobre ti? ¿Tu mundo? No era tu mundo, era un mundo en el que no tenías derecho de estar .

Dejó caer la tapa de la maleta, la cerró impacientemente con lo

que tenía, sin importarle si era bastante, mucho o poco. Una lengua de material blanco quedó aprisionada, sobresaliendo por debajo de la tapa, y la dejó así.

Se puso el sombrero y el abrigo que había dejado a mano a los pies de la cama. El sombrero sin consultar al espejo, aunque tenía uno enfrente. Recogió su bolso y hurgó en él con mano inquisitiva. Sacó de él una llave, la llave de aquella casa, y la depositó sobre el tocador. Luego sacó un portamonedas y lo sacudió. Un racimo de billetes cayó sin producir ruido, y una lluvia de monedas rodó, produciendo un tintineo y algunas salieron rodando. Lo juntó todo, y lo depositó sobre el tocador. Luego recogió los diecisiete centavos y los introdujo en el portamonedas en vez de los billetes, volvió éste al bolso y se lo puso debajo del brazo.

Fue luego hasta la cuna y bajó un lado de la baranda. Se inclinó hasta el nivel de la carita dormida. Le dio un suave beso en cada párpado.

—Dentro de un minuto vuelvo por ti —susurró—. Primero tengo que bajar la maleta y ponerla en la puerta. No podría bajar esa escalera con ambas cosas —se irguió, se quedó mirándolo un momento—.Vamos a dar un paseo, tú y yo; no sé adonde ni me importa. Derecho, en la dirección que corren los trenes. Ya encontraremos en el camino alguien que nos recoja…

El reloj marcaba ahora un poco más de la una.

FUE HASTA LA PUERTA, la abrió muy despacio y salió afuera con la maleta. La entornó tras de sí y luego empezó a bajar la escalera, maleta en mano, con infinita lentitud, como si le pesara mucho. No obstante, no podía ser la maleta sola la que parecía tirar tanto de su brazo, debía ser el peso de su corazón.

De pronto se detuvo y dejó la maleta posada en el peldaño, a su lado. Estaban abajo ambos al lado de la puerta de la calle, silenciosos. Papá Hazzard y el doctor Parker. No los había oído hasta ahora, ya que no habían hablado. Debían de haber estado allí de pie en una especie de triste silencio momentáneo, que precedía justamente a la despedida.

Lo rompieron, mientras ella permanecía allí invisible, en el recodo de la escalera.

—Bueno, buenas noches, Donald —dijo finalmente el médico, y ella vio cuando le puso la mano en el hombro a Papá Hazzard tratando de consolarle, y luego la dejaba caer con todo su peso—. Trata de dormir. Ella se pondrá bien —abrió la puerta y luego agregó—: Pero que no se excite, ningún esfuerzo mental de ninguna clase de ahora en adelante, ¿entiendes, Donald? Ese será tu trabajo, evitarle todo eso. ¿Puedo confiar en ti?

—Puedes confiar en mí —dijo Papá Hazzard con desamparo.

La puerta se cerró, y él se dirigió arriba, hacia donde ella estaba clavada. Ella se movió uno o dos pasos en el recodo para recibirlo, dejando detrás la maleta, el sombrero y abrigo arrojados encima.

Él alzó los ojos y la vio, sin que se sorprendiese mucho, sin mostrar nada excepto una especie de pétrea tristeza.

—¡Oh, eres tú, Patrice! —dijo estúpidamente—. ¿Has oído? ¿Oíste lo que dijo?

—¿De quién se trata…, de Mamá?

—Tuvo otra recaída poco después de acostarnos. Ha estado atendiéndola durante más de una hora y media. Al principio era una cosa ligera, cuestión de minutos…

—Pero, Papá, ¿por qué no me…?

Él se sentó pesadamente en el peldaño de la escalera. Ella se sentó a su lado, le echó el brazo por encima de los hombros.

—¿Por qué te iba a molestar, querida?

No habrías podido hacer… Tienes que atender al niño durante todo el día, y necesitas descanso. Además, esto no es cosa nueva. Su corazón ha sido siempre débil. Desde antes de nacer los muchachos…

—Nunca supe. Tú nunca me dijiste…

Pero ¿son cada vez más graves?

—A medida que avanza en años, esas cosas no mejoran —dijo él mansamente.

Ella apoyó su cabeza contra su hombro, contrita.

Él la acarició la mano para consolarla.

—Se pondrá bien. De eso nos encargaremos nosotros, tú y yo, entre los dos, ¿no?

La joven se estremeció un poco, involuntariamente, al oírlo.

—Sólo se trata de evitarle cualquier shock y disgusto. Tú y el niño, vosotros dos, sois la mejor medicina que hay para ella. Con sólo tenerte cerca…

Y si por la mañana ella preguntara por Patrice, preguntara por su nieto, y él tuviera que decirle… Guardó un extraño silencio, mirando los peldaños que pisaban, pero sin verlos. Si ella hubiera salido de su habitación cinco minutos más tarde, no hubiera encontrado al médico en el momento de despedirse, podía haber traído la muerte a esta casa, en pago de todo el amor que le habían prodigado y matado a la única madre que había conocido.

Él interpretó erróneamente su abstracción, oprimió su barbilla con el hueco de la mano.

—Vamos, no lo tomes así; ella no querría que tú…, ¿eh? Y Pat, que no sepa que tú lo sabes. Déjala que siga creyendo que es un secreto entre ella y yo. Yo sé que eso la hará más feliz.

Ella suspiró profundamente. Era un suspiro de decisión, de capitulación ante lo inevitable. Se dio vuelta y lo besó ligeramente en un lado de la cabeza y le alisó el cabello un par de veces. Después se incorporó.

—Me voy arriba —dijo tranquilamente—. Baja y apaga la luz del hall, ¿quieres?

Él desanduvo sus pasos. La joven recogió la maleta, el abrigo, el sombrero, y tranquilamente reabrió la puerta de su propia habitación.

—Buenos noches, Patrice.

—Buenas noches, Papá; te veré por la mañana.

Entró con todo y cerró la puerta, y en la oscuridad al otro lado se quedó inmóvil durante un minuto.

Me casé con

Una oración silenciosa, ahogada, brotó en ella.

—Dame valor, porque no me marcharé, ahora lo veo. La lucha debe librarse aquí mismo donde estoy, y no osaré gritar siquiera.

30

LUEGO SE DETUVIERON súbitamente. No hubo más. Ninguna más llegó. Los días hicieron una semana, la semana se hizo un mes. El mes se alargó hasta dos. Y no llegó ninguna más.

Era como si la lucha hubiera sido ganada sin asestar un golpe. No, ella sabía que no era así; era como si la lucha se hubiera interrumpido, estuviera en suspenso, al antojo del astuto, oculto adversario.

Ella se sostenía de pajas —pajas de pretendida comprensión— y le fallaron totalmente.

Mamá Hazzard dijo:

—Hoy ha regresado Edna Harding; se ha pasado estas últimas semanas con sus parientes en Filadelfia.

Pero no llegaron más.

Bill observó:

—Hoy me encontré con Tom Bryant; me dijo que su hermana mayor Marilyn ha estado en cama con pleuresía; hoy es el primer día que se levanta.

—Ya me parecía que no la había visto.

Pero no llegaron más.

Caulfield: 203.000 habitantes, pensó ella. Eso era lo que decía el atlas de la biblioteca. Y un par de manos para cada alma viviente. Una para abrir la ranura de un buzón, en alguna oculta esquina oscura; la otra para introducir, rápida, furtivamente, el sobre por la abertura.

No llegaron más. No obstante el enigma subsistía. ¿Qué era aquello? ¿Quién era? O más bien, ¿qué había sido? ¿Quién había

sido?

Empero, en lo más profundo de su corazón ella sabía que aun le acomodaba el tiempo presente, y ningún otro. Esas cosas no suceden, sencillamente, y luego terminan. O no comienzan, o de lo contrario continúan hasta su despedazador, destructivo final.

Pero a pesar de todo, la seguridad volvió un tanto; aterrorizada una vez y ahora no tan osada, se arrastraba de vuelta incitantemente hacia ella.

Por las mañanas el mundo era agridulce, pareciendo suspender el aliento, esperando ver…

31

MAMÁ HAZZARD TOCÓ a su puerta en el momento que ella acababa de arropar a Hughie. No había nada excepcional en esto, era cosa de todas las noches, el último beso de la abuela antes de apagar la luz. Esta noche, sin embargo, también parecía querer hablar a Patrice, pero sin saber cómo empezar.

Se quedó un poco por allí después de besarlo, y levantar la baranda de la cuna. Permaneció un tanto indecisa, evitando con su presencia que Patrice apagara la luz.

Hubo un momento de incomodidad.

—Patrice.

—¿Qué, Mamá?

De pronto lo soltó abruptamente.

—Bill quiere llevarte al baile del Country Club esta noche. Está abajo esperando.

Patrice se sorprendió de tal modo que por un momento no contestó; se quedó mirándola simplemente.

—Me pidió que subiera a preguntarte si querías salir —luego siguió más de prisa, como si tratara de persuadirla con el simple chorro de palabrería—. Cada mes más o menos organizan uno y él va siempre, generalmente, y…, ¿por qué no te vistes y vas con él? —terminó como si quisiera engatusarla.

—Pero yo…, yo —farfulló Patrice.

—Patrice, tarde o temprano tienes que empezar. No te hace nada bien quedarte en casa. De un tiempo a esta parte no tienes el semblante que debías tener. Eso nos tiene un poco preocupados. Si hay algo que te inquiete… Haz lo que Mamá te dice, querida.

Era a todas luces una orden. O lo más próximo a una orden a lo que Mamá Hazzard había llegado jamás. Mientras tanto, había abierto la puerta del guardarropa y escudriñaba dentro en auxilio de ella.

—¿Y éste? —descolgó algo, se lo puso contra su propio cuerpo para mostrarle.

—No tengo mucho…

—Este te irá bien —fue a parar a la cama—. Allá no son muy formalistas. Haré que Bill te compre de paso una orquídea o gardenia, y será suficiente. Ve y tómale el gusto esta noche. Poco a poco volverás a sentirte la misma —le sonrió para tranquilizarla—. Estarás en buenas manos —le palmeó en el hombro al darse vuelta para salir—. Eres una buena chica. Le diré a Bill que te estás preparando.

Patrice pudo oír un momento después que lo llamaba desde lo alto dé la escalera sin tratar en lo más mínimo de bajar la voz.

—La respuesta es sí. La convencí. Tendrá usted que portarse muy bien con ella, jovencito, o va a tener que vérselas conmigo.

BILL ESTABA ESPERÁNDOLAjunto a la puerta cuando ella descendió la escalera.

—¿Estoy bien? —preguntó indecisa.

Él se sintió dominado súbitamente por una especie de torpeza.

—Caramba, yo…, no me imaginaba lo guapa que estarías con un vestido de fiesta —dijo como pudo.

En los primeros momentos, durante el viaje, hubo entre ellos una especie de timidez, casi como si acabaran de conocerse aquella noche. Era impalpable, pero iba con ellos. Él encendió la radio del coche. La música bailable les saltó a la cara.

—Para entonarte —dijo él.

Se detuvo, saltó del coche y regresó con una orquídea.

—La más grande al norte de Venezuela —dijo él—. O de dondequiera que las traigan.

—Bueno, préndemela —le indicó el lugar—. Aquí mismo.

Por alguna extraña razón, él se rebeló abruptamente, casi como

apartándose de ella.

—¡Oh, no!, eso te lo haces tú —dijo con más vigor que el que ella habría creído necesario—. Puedo pincharme —agregó débilmente a modo de reflexión, demasiado tiempo después.

—¿Cómo es eso, gran cobarde?

La mano que habría sujetado el alfiler parecía un poco insegura cuando él la apoyó de nuevo en el volante. Luego se apaciguó.

Siguieron avanzando. El resto del camino pasaba en su mayor parte por descampado. Arriba había estrellas.

—Nunca vi tantas —dijo ella maravillada.

—Quizá no hayas mirado arriba lo suficiente —replicó él dulcemente.

Hacia el final, justo antes de llegar, una especie de ternura pareció invadirlo por un minuto. Hasta disminuyó un tanto la velocidad al volverse hacia ella.

—Quiero que te sientas feliz esta noche, Patrice —dijo finalmente—. Quiero que te sientas muy feliz.

Hubo un momento de silencio entre ellos, luego volvieron a correr a la velocidad de antes.

32

LA PIEZA QUE TOCARON después de aquella fue *Tres palabritas*. Ella lo recordó después. Lo menos importante de todo, la pieza que en aquel momento estaban tocando. Ella la bailaba con Bill. Para el caso todas las piezas las había bailado con él, sin parar, desde el instante que llegaron. Estaba desprevenida, no miraba en torno de ella, no pensaba más que en ellos dos.

Sonriendo como en sueños, bailaba. Sus pensamientos eran como un arroyuelo que se deslizaba rápido aunque suavemente sobre inofensivas piedrecillas, al compás de la tintineante música.

Me gusta bailar con él. Baila muy bien, una no tiene que preocuparse de los pies. Vuelve la cara hacia mí y me mira; puedo sentirlo. Yo le miro a él, y entonces me sonríe; pero yo no quiero devolverle la sonrisa. Cuidado. Lo sabía. No le voy a devolver la sonrisa. ¡Oh!, bien, ¿y qué si lo hiciera? Se me escapó. ¿Por qué no iba a sonreírle? Eso es lo que siento por él; estoy cordialmente enamorada.

Una mano tocó por detrás el hombro de Bill. Ella pudo ver por un momento los dedos sesgados hacia abajo, por su lado, pero no la mano, brazo o persona a quien pertenecían.

Una voz dijo:

—¿Me permite esta pieza?

Se detuvieron de pronto. Bill se había parado, y por eso tuvo que hacerlo ella también.

Los brazos de él la abandonaron. Se produjo un cambio, Bill se apartó, y en su lugar había otra persona. Fue como una doble exposición, en que una persona se disuelve en otra.

Sus ojos se encontraron, los de ella y los del recién llegado. Los de éste habían estado a la espera, y los de ella se toparon tontamente con los de él. Ya no pudieron apartarse.

El resto fue horror, completo y sin adulterar. Un horror tal como jamás había pensado llegaría a experimentar. Horror bajo las luces eléctricas. Muerte en la sala de baile. Su cuerpo se quedó rígido, pero sentía todos los signos de la muerte corriéndole de arriba abajo.

—GEORGESSON ES MI NOMBRE—miró discretamente a Bill. Los labios apenas parecieron moverse. Los ojos no se apartaron de los de ella.

Bill completó la espantosa parodia de una presentación.

—Mrs. Hazzard, Mr. Georgesson.

—¿Cómo está usted? —dijo él.

En cierto modo había más horror en la vulgar frase que el que había habido en la confrontación original. Ella gritaba en silencioso pánico interior, los labios herméticamente cerrados, incapaz de pronunciar ni el nombre de Bill para evitar mostrarlo.

—¿Puedo? —dijo Georgesson.

Bill asintió, y la transferencia se consumó; era demasiado tarde.

Luego, por un momento, bendito alivio. Sintió los brazos de él en torno, y su rostro se ocultó en la acogedora sombra de su hombro, y de nuevo se encontró bailando. Ya no tenía que estar erguida, sin apoyo. Así era mejor. Un minuto para pensar. Un minuto para respirar.

La música continuó, el baile prosiguió. El rostro de Bill desapareció en el fondo.

—Nos hemos conocido antes, ¿no?

Que no me desmaye, pensaba ella, que no me desplome.

Él esperaba su respuesta.

No hables; no le contestes.

—¿Quién dijo que eras?

Los pies de ella vacilaron, se perdieron.

—No me hagas seguir haciendo esto, no puedo. Ayúdame… a salir afuera a algún lado… o voy a…

—¿Mucho calor para ti? —dijo él cortésmente.

La joven no contestó. La música se extinguía. Ella se extinguía.

—Perdiste el paso. Culpa mía seguramente —dijo él.

—No… No…

La música cesó. Ambos se detuvieron.

El brazo de él abandonó la espalda de la joven, pero su mano se quedó aferrada a su muñeca, reteniéndola a su lado durante un momento.

—Afuera hay una galería. Por aquel lado. Te esperaré allí, y podremos seguir hablando —dijo el hombre.

Ella apenas se daba cuenta de lo que le decía.

—No puedo… Tú no comprendes…

El cuello de la joven no podía seguir erguido; la cabeza amenazaba caérsele.

—Yo creo que sí. Creo que comprendo perfectamente. Yo te comprendo a ti, y tú me comprendes a mí —luego agregó con una espantosa especie de énfasis que la heló hasta el tuétano—. Apuesto a que en este momento nosotros nos entendemos el uno al otro mejor que nadie en esta sala.

Bill regresaba desde un costado en dirección a ellos.

—Estaré esperándote allá fuera, donde te dije. No me hagas esperar mucho, o… vendré a buscarte de nuevo —su rostro no se alteró. Su voz no se alteró—. Gracias por el baile —dijo al llegar Bill.

No le soltó la mano; se la pasó a Bill, como si ella fuera algo inanimado, una muñeca, y se inclinó, giró en redondo, y los dejó.

—Lo vi algunas veces por aquí. Vino sin compañera, me parece —Bill se encogió de hombros como para olvidarlo—. Vamos.

—No ésta. La otra.

—¿Te sientes bien? Estás pálida.

—Son las luces. Me voy a poner un poco de polvo. Ve tú a bailar con alguna otra.

Él le hizo una mueca.

—Yo no quiero bailar con ninguna.

—Entonces vete y… vuelve a buscarme. La siguiente.

Lo observó desde el otro lado de la puerta. Él salió en dirección al bar. Lo vio entrar allí y sentarse en uno de los altos taburetes. Entonces giró y salió en dirección opuesta.

Caminó lentamente hasta las puertas que daban a la galería, y se quedó en una de ellas mirando el azul tinta de estilográfica de la noche. Había allí sillones de mimbre, en grupos de dos y tres, cada pocos metros, alrededor de pequeñas mesas.

El rojo de la brasa de un cigarrillo apareció perpendicularmente sobre una de ellas, al final de todo, requiriéndola imperiosamente. Luego salió volando por encima de la balaustrada, arrojado en impaciente expectación.

Caminó lentamente en aquella dirección, con la sensación de hacer un viaje del que no habría, jamás, retorno. Sus pies parecían querer pararse, detenerla por su propia volición.

HIZO ALTO DELANTE DE ÉL. El hombre alzó la cadera en la balaustrada, y se sentó al sesgo, en insolente informalidad. Repitió lo que había dicho dentro.

—¿Quién dijo que eras?

Las estrellas se movían. Hacían peculiares remolinos como esfumados molinetes por todo el cielo.

—Tú me abandonaste —dijo ella con furia de látigo—. Tú me abandonaste, con cinco dólares. ¿Qué quieres ahora?

—¡Oh, entonces nos hemos visto antes! Ya me lo parecía. Me alegro que estés de acuerdo conmigo.

—Basta. ¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? No quiero nada. Tengo una pequeña confusión, eso es todo. Me gustaría aclararla. El hombre te presentó ahí dentro con un nombre erróneo.

—¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí?

—Qué importa —dijo él con insolente cortesía—, ¿y tú qué haces aquí?

Ella lo repitió por tercera vez.

—¿Qué quieres?

—¿No puede un hombre interesarse por su ex *protegée* e hijo? No hay modo de hacer a los niños ex, sabes.

—O estás loco o…

—Tú sabes que no. Eso es lo que tú querrías —dijo él brutalmente.

Ella giró sobre sus talones. La mano del hombre encontró nuevamente su muñeca, pegó en ella como un látigo, incrustándose como si lo fuera.

—No aún. No hemos terminado.

Ella se detuvo, dándole ahora la espalda.

—Creo que hemos terminado.

—La decisión me corresponde a mí.

La soltó, pero ella se quedó donde estaba. Le oyó encender otro cigarrillo, vio el momentáneo resplandor desde detrás de su propio hombro.

Él habló finalmente, con voz espesa por el humo expelido.

—No has aclarado aún las cosas —murmuró—. Sigo con la misma confusión de antes. Ese Hugh Hazzard se casó… digamos contigo, su esposa, en París, hizo un año el quince de junio último. No escatimé gastos y trabajo para hacer verificar allá la fecha exacta. Pero el quince de junio último hizo un año que tú y yo vivíamos en nuestra pequeña habitación amueblada en Nueva York. Poseo los recibos del alquiler para demostrarlo. ¿Cómo puedes haber estado en dos lugares tan apartados al mismo tiempo? —suspiró filosóficamente—. Alguien ha embrollados las fechas. O él las tiene. O yo —y luego muy lentamente—. O tú las tienes.

Ella no pudo evitar un respingo al oírlo. Lentamente, su cabeza giró hacia atrás, su cuerpo aún de espaldas a él, como alguien que escucha hipnotizado, contra su voluntad.

—¿Eres tú el que ha estado enviando esas…?

Él asintió con afabilidad burlona, como si se le hubiera felicitado por algo meritorio.

—Pensé que sería más amable hacértelo saber nuevamente.

Ella inhaló una bocanada de aire con un profundo estremecimiento de repugnancia.

—Primeramente tropecé con tu nombre entre los muertos en aquel accidente ferroviario, cuando estaba en Nueva York. Fui allá y te «identifiqué», tú sabes —continuó fríamente—. Por lo menos, eso tienes que agradecérmelo.

Aspiró pensativo su cigarrillo.

—Después oí alguna que otra cosa y fui atando cabos. Primero volví allá por un tiempo… recogí los recibos del alquiler y alguna que otra cosa… y por último me vine directamente aquí, sólo por

curiosidad. Quedé bastante confuso —dijo irónicamente— cuando supe el resto de la historia.

Él esperó. Ella no dijo nada. El hombre pareció apiadarse de ella al fin.

—Yo sé —dijo indulgentemente— que éste no es el momento ni el lugar para… rememorar el pasado. Esta es una fiesta, y tú ansias volver adentro y divertirte.

—¿Dónde puedo encontrarte?

Él sacó una libreta de apuntes, presionó un encendedor. La joven creyó erróneamente que él iba a escribir lo que le dictara. Sus labios continuaron congelados.

—Séneca, 382 —leyó él en su libreta. La guardó nuevamente. Su mano describió una perezosa curva. En el pesado silencio que siguió él sugirió después de un rato, casualmente—: Apóyate en ese sillón para no caerte; no pareces poder tenerte en pie, y yo no quiero verme obligado a llevarte ahí dentro en brazos ante toda esa gente.

Ella apoyó las manos en el respaldo del sillón y se quedó quieta, la cabeza inclinada.

La niebla ambarina de la entrada en el centro de la terraza se borró por un momento, y Bill apareció allí en busca de ella.

—Patrice, éste es nuestro baile.

Georgesson se levantó por un segundo de la balaustrada en esbozado gesto amable, inmediatamente volvió a sentarse.

Ella avanzó hacia él, la niebla azul de la terraza disimulaba la inseguridad de sus pasos, y entró, a su lado. Desde ese instante los brazos de Bill se hicieron cargo de ella, de modo que ya no estaba librada a sus propias fuerzas.

—Parecíais estatuas —dijo él—. No puede ser muy buen compañero.

Dio un bandazo contra él en las contorsiones de remolino de la rumba, la cabeza se apoyó en su hombro.

—No es muy buen compañero —asintió agotada.

33

LA LLAMADA TELEFÓNICA llegó en el momento más diabólicamente inoportuno.

Lo había calculado bien. No lo habría calculado mejor aunque hubiera sido capaz de ver a través de las paredes y observar los movimientos en el interior de la casa. Los dos hombres de la familia estaban ausentes. Ella acababa de acostar a Hughie y Mamá Hazzard estaba arriba. Lo que quiere decir que ella era la única elegible para contestar.

Al instante de oírlo supo quién era, qué era. Sabía también que lo había estado esperando todo el día, que había sabido que iba a llegar, con toda seguridad.

Se quedó plantada en el sitio, incapaz de moverse. Quizá se cortara si ella no se acercaba, quizá él se cansara. Pero entonces volvería a sonar en cualquier otro momento.

Mamá Hazzard abrió la puerta de su habitación y miró afuera.

Patrice había abierto rápidamente la suya, estaba en lo alto de la escalera, antes de que la mujer saliera completamente.

—Yo lo atenderé aquí arriba, querida, si tú estás ocupada.

—No, no te preocupes, Mamá; de todos modos iba a bajar ahora, así que contestaré abajo.

Conoció su voz en seguida. No la había oído hacía más de dos años, hasta justo la noche anterior, y, sin embargo, resultó otra vez tan familiar como si la hubiera estado oyendo continuamente durante meses. El miedo aviva la memoria.

Él se mostró tan agradablemente distante al principio como cualquier persona que llamara por otro motivo.

—¿Hablo con la joven Mrs. Hazzard? ¿Hablo con Patrice Hazzard?

—Al aparato.

—Supongo que me conoce, habla Georgesson.

Lo había conocido, pero no contestó.

—¿Está usted… en un lugar donde pueda oírsele?

—No acostumbro a contestar preguntas de esa naturaleza. Voy a colgar.

Nada parecía hacerle perder su ecuanimidad.

—No lo hagas, Patrice —dijo cortésmente—. Volvería a llamar. Eso sería peor. Ellos empezarían a preguntarse quién es el que llama con tan insistencia. O quizá otro puede contestar; tú no te vas a quedar al lado del teléfono toda la noche, y si es necesario daré mi nombre y preguntaré por ti —esperó un minuto para que esto llegase al fondo—. Comprendes, para ti es mejor así.

Ella suspiró levemente, en contenida furia.

—No podemos hablar mucho por teléfono. De todos modos, creo que es mejor no hacerlo. Hablo desde la farmacia McClellan, a pocas manzanas de ahí. Mi coche está a la vuelta de la esquina de esa casa, donde no puede ser visto. A la izquierda de Pomeroy Street, después de cruzar. ¿Puedes salir por unos diez o quince minutos? No te voy a entretener mucho.

Ella trató de adaptarse a la quebradiza formalidad de su voz.

—Desde luego que no puedo.

—Claro que sí. Necesitas cápsulas de aceite de hígado de bacalao para tu hijo y vienes a McClellan. O sientes deseos de tomar una soda. Yo te he visto por aquí más de una vez, de noche.

Él esperó.

—¿Quieres que te vuelva a llamar? ¿Prefieres pensarlo un rato?

Él volvió a esperar.

—No lo hagas —dijo la joven, por fin, de mala gana.

Veía que él había comprendido: el significado de lo que había dicho era positivo y no negativo.

Ella colgó.

Subió de nuevo la escalera.

Mamá Hazzard no le preguntó. No eran tan inquisitivos, en aquella casa. Pero la puerta de su habitación estaba abierta. Patrice no podía atreverse a entrar nuevamente sin siquiera una referencia

de pasada a lo ocurrido. ¿Conciencia culpable, tan pronto?, se preguntó mordazmente.

—Era un tal Steve Georgesson, Mamá —dijo desde la puerta—. Bill y yo nos encontramos con él anoche. Quería saber si nos habíamos divertido.

—Es realmente una atención de su parte, ¿no? —luego agregó—: Debe de ser una persona muy amable para hacer eso.

Amable, pensó Patrice con tristeza, cerrando con suavidad la puerta tras de sí.

VOLVIÓ A SALIR de su habitación unos diez minutos después. La puerta de Mamá Hazzard estaba cerrada ahora. Ella podía haber bajado sin que se le preguntara nada. Tampoco esta vez fue capaz de hacerlo.

Fue hasta allí y golpeó suavemente, para avisar.

—Mamá, voy hasta la farmacia. Hughie se quedó sin talco. Y aprovecho para tomar un poco de aire. Tardaré unos cinco minutos.

—Ve, querida. Hasta mañana, entonces, por si estoy dormida cuando vuelvas.

Ella apoyó con desamparo su mano extendida contra la puerta durante un minuto. Tuvo deseos de decir: «Mamá, no me dejes salir. Prohíbemelo. Haz que me quede.»

Se apartó de allí y descendió la escalera. Era su propia batalla, y en ella no se permitían sustitutos.

Se paró al lado del coche, en la oscura Pomeroy Street.

—Siéntate aquí, Patrice —dijo él amablemente. Le abrió la portezuela, desde donde estaba sentado, y hasta pasó la mano por el asiento de cuero condescendientemente.

La joven se sentó en el extremo más alejado del asiento. Con los ojos rehusó el cigarrillo que él le ofrecía.

—Nos pueden ver.

—Vuélvete hacia este lado, hacia mí. Nadie te reconocerá. Ponte de espaldas a la calle.

—Esto no puede seguir. De una vez por todas, por primera y última vez, ¿qué es lo que quieres de mí, de qué se trata?

—Mira, Patrice, en este asunto no tiene necesariamente que

haber nada desagradable. Tú eres la que parece que te lo estás imaginando de ese modo. Yo no tengo tal… Todo está en la manera como se lo mire. No veo que haya que hacer ningún cambio en el camino que han seguido las cosas… hasta anoche. Tú eras la única que lo sabías. Ahora somos tú y yo los únicos que lo sabemos. La cosa termina ahí. Es decir, si tú lo quieres así.

—No me habrás hecho venir aquí para decirme eso.

Él se salió por la tangente. O lo que pareció ser una tangente.

—Yo nunca he valido… tanto como hubiera deseado, supongo. Quiero decir que nunca he alcanzado lo que debía haber conseguido. Como lo quise una vez. Hay muchos así. De vez en cuando me encuentro en apuros, me veo algunas veces en aprietos. Alguna partidita a las cartas con los muchachos —rió como arrepentido—. Hace años que me viene sucediendo esto. No es cosa nueva. Pero… ahora pensaba si tú tendrías inconveniente en hacerme un favor.

—Quieres pedirme dinero.

Casi sintió náuseas. Volvió el rostro hacia otro lado.

—No creía que hubiera gente como tú fuera de…, fuera de las cárceles.

Él rió con afable condescendencia.

—Tú estás en circunstancias excepcionales. Esto atrae a «gente como yo». Si no lo estuvieras, aun seguirías creyendo que no lo había, para ti no habría ninguna diferencia.

—Suponte que yo voy ahora mismo y, por propia decisión, les cuento lo que aquí hemos hablado. Mi cuñado saldría a buscarte y te daría la paliza más grande de tu vida.

—Bueno, dejemos quieto el parentesco. ¿Por qué las mujeres les tendrán tanta fe a las palizas? Quizá sea porque no están acostumbradas a la violencia. Una paliza no significa mucho para un hombre. Media hora después de haber pasado está tan fresco como antes.

—Tú debes saberlo —murmuró ella.

Él puso un dedo sobre la yema de otros tres.

—Hay tres alternativas. Vas y se lo cuentas a ellos. O voy yo a contárselo. O mantenemos el *statu quo*. Con lo cual quiero decir que tú me haces un favor, y así dejamos todo el asunto, no se habla más de eso. Pero no hay más alternativas.

Meneó levemente la cabeza, en tranquila desaprobación.

—Tú lo dramatizas todo en exceso, Patrice. Ese es el signo evidente de la poca clase. Eres una muchacha de poco valor. Esa es la diferencia esencial entre nosotros dos. Puede que yo sea, a tu modo de ver, un individuo despreciable, pero tengo cierto tono. Siguiendo tu modo de ver esto, yo me presento allá de rondón, abro los brazos en ademán declamatorio, y proclamo: «¡Esta muchacha no es la nuera de ustedes!» ¡Qué idea! De nada valdría con gente como esa. Sería querer pasarse de listo. Todo lo que yo tendría que hacer sería dejar que tú misma te acusaras. En presencia de ellos. Tú no podrías negarme la entrada a la casa. «Cuando ustedes estaban en París, Patrice, ¿en qué orilla vivían, derecha o izquierda?» «¿En qué barco dijiste que hicieron el viaje de regreso?» «Cuando me encontré con ustedes el otro día… oh, tú te olvidaste de decir que nosotros ya nos conocíamos, Pat… ¿Por qué parecías tan distinta de como estás hoy? No pareces en nada la misma muchacha.» Y así hasta que no puedas más y te rindas.

ÉL ERA CAPAZ DE ESO. Trataba el asunto demasiado fríamente, eso era lo malo. Sin calor, sin arrebato, sin emoción para ocultar sus verdaderas intenciones. Todo planeado, maquinado, diseñado, con anticipación. Bosquejado, calculado. Paso a paso. Inclusive las notas. Ahora conocía el propósito de las mismas. No se trataba de ofensivos anónimos. Habían sido importantes para el plan de realización a largo plazo. Guerra psicológica, guerra de nervios, para aniquilarla anticipadamente, para anular su resistencia antes de efectuar el ataque principal. El viaje de investigación a Nueva York en el intervalo, para asegurarse del terreno que pisaba, para asegurarse de que no había ningún fallo, para no dejarle a ella ninguna escapatoria.

Pasó el filo de la mano por el borde del volante, como si le quitara una partícula de polvo.

—En esto no hay villano. Dejémonos de escrúpulos Victorianos. Esto es simplemente una transacción comercial. En realidad, es lo mismo que hacerse un seguro —él se volvió hacia ella con una

expresión de candor que por un momento casi pareció adorable—. ¿No quieres encarar esto de un modo práctico?

—Me figuro que sí. Supongo queˆ tendré que seguir tu propio juego —no trató de arrojarle el desprecio que sentía por él; sabía que no le habría hecho mella.

—Si te libras de esos fetiches de la virtud y villanía, del negro y blanco, el asunto parecerá tan simple que ni siquiera vale el cuarto de hora que hemos pasado tratándolo aquí en el coche.

—Yo no dispongo de ningún dinero propio, Georgesson.

Capitulación. Sumisión.

—Ellos son una de las familias más ricas en la ciudad, todo el mundo lo sabe. ¿Por qué andamos con tecnicismos? Haz que te abran una cuenta. Tú no eres una niña.

—No podría pedirles directamente que me abrieran una…

—No se lo pidas. Hay maneras. Eres una mujer, ¿no es así? Es muy fácil; las mujeres saben cómo abordar una cosa de esas…

—Es mejor que me vaya ahora —dijo ella, buscando a tientas la manija de la portezuela.

—¿Nos hemos entendido? —él se la abrió—. Te volveré a llamar pronto.

Hizo una pausa. La amenaza era tan implacable que ni siquiera cabía un cambio de tono en la lenta pronunciación.

—No lo olvides, Patrice.

La joven salió del coche. El golpe de la portezuela fue la inexistente bofetada de desprecio que ella le propinó.

34

—COMPLETAMENTE SENCILLO —DECÍA ELLAanimadamente— tenía un cinturón de la misma tela y una hilera de botones como hasta aquí.

A propósito se dirigía a Mamá Hazzard, dejando de lado a los dos hombres de la familia. Y, el tema en sí, ¿no era excusa suficiente para hacerlo?

—Por el amor de Dios, ¿por qué no lo compraste? —preguntaba Mamá Hazzard.

—No podía —dijo ella como a disgusto. Calló un momento, luego agregó—: No en ese momento.

Se quedó jugando con el tenedor y se sintió despreciable.

Ellos debieron creer que la expresión reflejada en su rostro era de pensativo desengaño. No lo era. Era de repugnancia de sí misma.

No tienes que pedírselo abiertamente. Hay maneras; es muy fácil. Las mujeres saben cómo abordar una cosa así.

Esta era una de ellas.

Cuán indefensos están ante uno aquellos que más nos aman, pensó ella amargamente. Qué depravado y criminal aprovecharse de ese desamparo en que ellos mismos se han colocado. Como lo voy a hacer yo ahora. Engaños y trampas y fraudes, eso para con los extraños. Sólo con tales gentes deben utilizarse esas cosas. No contra aquellos que nos aman, desprevenidos y con los ojos confiadamente cerrados. Le hizo estremecerse de asco. Se sintió indecente, sucia, obscena.

Papá Hazzard intervino en la conversación.

—¿Por qué no hiciste que lo cargaran en cuenta y lo enviaran? Pudiste haber hecho que lo cargaran a la cuenta de Mamá. Ella les

compra mucho.

Ella bajó la vista.

—No habría querido hacer eso —dijo con reticencia.

—Tonterías… —él se detuvo súbitamente. Casi como si alguien le hubiese tocado con el pie por debajo de la mesa.

La joven descubrió a Bill observándola. Parecía mantener la mirada fija en ella algo más de lo necesario. Pero antes de que pudiera cerciorarse, él ya había dejado de hacerlo, y prosiguió con el bocado de pastel del tenedor a la boca.

—Me parece haber oído llorar a Hughie —dijo ella, posó la servilleta en la mesa y salió corriendo hasta la escalera para escuchar.

Pero en el momento de detenerse para prestar atención mirando hacia arriba alcanzó a oír tras de sí en el comedor la voz cautelosa de Mamá Hazzard que espaciaba las palabras a modo de severa reprimenda.

—Donald Hazzard, debía darte vergüenza. ¿Hay que decírselo todo a los hombres? ¿No tienen ni un miligramo de tacto en la cabeza?

35

POR LA MAÑANA Papá Hazzard se había quedado rezagado en la mesa en vez de salir temprano con Bill. Se sentó tranquilamente a leer el diario mientras ella terminaba su café. En su actitud había una nota de misteriosa satisfacción propia, pensó.

Se levantó al mismo tiempo que ella.

—Ponte el sombrero y el abrigo, Pat, quiero que vengas conmigo en el coche. Esta joven y yo tenemos que hacer en el centro —anunció a Mamá Hazzard.

Esta trató, no con todo éxito, de parecer perpleja.

—¿Y cómo vamos a hacer para darle el desayuno a Hughie?

—Yo se lo daré —dijo Mamá Hazzard tranquila.

—Estarás de regreso a tiempo para dárselo tú misma. Tardaremos sólo un momento.

Ella se reunió con él poco después y partieron.

—¿Y el pobre Bill tuvo que irse a pie hasta la oficina esta mañana? —preguntó ella.

—¡Pobre Bill, ciertamente! Eso le vendrá bien, al muy grandullón. Si yo tuviera unas piernas como las suyas haría esa caminata todas las mañanas.

—¿A dónde me llevas?

—No te preocupes. Nada de preguntas. Espera simplemente a que lleguemos, y ya lo verás.

Se detuvieron frente al banco. Él le hizo ademán de que se bajara y la condujo adentro. Dijo algo en un aparte a un ordenanza, y tomaron asiento en un banco para esperar un momento.

Sólo un momento cortísimo. El ordenanza ya estaba de vuelta

con una notable deferencia. Los guió hasta una puerta que decía: «Gerente. Privado.» Antes de llegar ya la había abierto un hombre de rostro simpático, ligeramente gordo y de gafas con montura de carey que los esperaba para saludarlos.

—Entra a conocer a mi viejo amigo Harve Wheelock —dijo Papá Hazzard.

Tomaron asiento en cómodos sillones tapizados de cuero en la oficina privada, y los dos hombres compartieron unos cigarros.

—Harve, tengo un nuevo cliente para ti. Te presento a la esposa de mi hijo Hugh. No es que yo crea que tu sarnoso viejo banco valga algo, pero…, ¿comprendes? Seguramente el hábito.

El gerente movió la cabeza apreciativo, como si aquello fuese una broma habitual entre ambos desde hacía años. Le hizo un guiño a Patrice.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Te lo vendo muy barato.

—¿A qué llamas barato?

—Un cuarto de millón.

Mientras tanto llenaba a mano un formulario, como si toda la información requerida la tuviese en la punta de sus dedos; no necesitó preguntar nada.

Papá Hazzard meneó la cabeza.

—Demasiado barato. No puede ser bueno.

Sin preámbulos, puso sobre el escritorio un papel oblongo azulado, lo dejó con el reverso para arriba.

—Piénsalo y contéstame —dijo secamente el gerente. Y a ella, dándole la pluma—: Firme aquí, querida.

Falsificadora, se reprochó ella. Se la devolvió, los ojos bajos. La tira de papel azulado fue prendida al formulario y enviada afuera. En su lugar volvió una libretita negra.

—Ya está, querida. —El gerente se la tendió por encima del escritorio.

Ella la abrió y la miró sin que la vieran, mientras los dos reanudaban su amistoso regateo. Tan inmaculada estaba, tan nueva. Arriba decía: «Mrs. Hugh Hazzard.» Y había sólo un ingreso, con la fecha de aquel día. Un depósito.

«5.000,00»

36

ESTABA CON EL PEQUEÑO bote redondo en la mano, mirándolo fijamente como si tratara de adivinar lo que contenía. Había estado así un largo momento, sin verlo en realidad. Por último lo inclinó y vació el contenido en el lavabo. Estaba aún por la mitad.

Salió y cerró la puerta, cruzó el vestíbulo y tocó suavemente.

—Salgo un momento, Mamá. Hughie acaba de volcar la lata de talco en el baño, y voy a buscar otra antes de que me olvide.

—Bien, querida. El paseo no te hará mal. ¡Oh!…, tráeme también un frasco de aquel champú ya que vas allá, querida. Se me está terminando.

Ella sintió aquella sensación de repugnancia que tan bien empezaba a conocer. Era tan fácil engañar a aquellos que nos aman. Pero, ¿a quién estoy engañando… a ellos o a mí misma?

El brazo del hombre descansaba negligentemente sobre el borde de la portezuela del coche, el codo fuera. La portezuela se abrió. Él le hizo lugar despreocupadamente en el asiento, sin hacer ademán de levantarse. La indolente seguridad con que él la tomaba era más terriblemente insultante que lo hubiera sido cualquier declarada rudeza.

—Siento haber tenido que llamar. Creí que te habías olvidado de nuestra conversación. Ya pasó más de una semana.

—¿Olvidado? —dijo ella secamente—. Ojalá fuera tan fácil.

—Supe que desde que nos vimos has abierto una cuenta en el Standard Trust.

Ella le lanzó una involuntaria mirada de sobresalto, sin contestar.

—Cinco mil dólares.

La joven aspiró una rápida bocanada de aire.

—Los cajeros son capaces de charlar por un cigarro —él sonrió —. ¿Y qué?

—No llevo dinero alguno encima. No he utilizado aún la cuenta. Tendré que cambiar un cheque por la mañana y…

—Con cada cuenta entregan una libreta de cheques, ¿no? Y tú la llevas contigo, seguramente…

Ella le dirigió una mirada de genuina sorpresa.

—Tengo aquí una estilográfica. Encenderé las luces del salpicadero un minuto. Hagámoslo ahora y así terminaremos con eso. Cuanto más pronto, mejor. Bien; te diré lo que has de poner. A la orden de Stephen Georgesson. No para ser depositado o al portador. Quinientos.

—¿Quinientos?

—Eso es.

No comprendió lo que él quería decir, y fue tan ingenua como para dejarle seguir adelante sin preguntarle.

—Eso es todo. Y después tu firma. La fecha, si quieres.

Ella se detuvo de pronto.

—No puedo hacer eso.

—Lo siento, pero tendrás que hacerlo. Yo no lo quiero de otra forma. No lo quiero en efectivo.

—Pero esto pasará por el banco con nuestros nombres, el mío como pagadora, el tuyo como persona a quien se paga.

—Pasan tantos cheques por el banco cada mes, que no es probable que lo noten. ¿No podría ser una deuda de Hugh, que tú saldas ahora por él?

—¿Por qué estás tan ansioso de tener un cheque? —preguntó ella indecisa.

Una aviesa sonrisa asomó por la comisura de la boca.

—¿Por qué vas a poner reparos, si yo no lo hago? Es para tu conveniencia, ¿no? Yo te facilito la cosa. El cheque vuelve a tu poder después de pasar por el banco. Después de eso tú posees una prueba tangible de este… chantaje… por si algún día quieres acusarme. Recuerda, hasta ahora sólo está tu palabra contra la mía, yo puedo negar que haya sucedido algo de esto. Una vez que este cheque haya pasado, tú posees una prueba evidente.

Añadió un poco más acremente ahora:

—¿Terminamos con eso? Tú estás ansiosa de regresar. Y yo lo estoy de salir de aquí.

Ella le entregó el cheque y la pluma.

Él sonreía ahora. Esperó que la muchacha se bajara y puso el motor en marcha. Sobre el ligero palpitar del motor le dijo:

—Tu pensamiento no es muy claro, ni muy rápido, ¿no? Este cheque es una prueba contra mí, que tú tendrás, si pasa por el banco y vuelve a ti. Pero si no pasa…, si se guarda, y no se presenta nunca al cobro… entonces es una prueba contra ti, que tendré yo.

El coche se deslizó y la dejó allí mirándolo llena de abrumadora consternación.

37

CASI ECHÓ A CORRER hacia el coche por la calle oscura, como si temiese que se pusiera pronto en marcha y se le escapara, en vez de dirigirse a él de mala gana, como las dos veces anteriores. Se aferró del borde de la portezuela con ambas manos al llegar, como si buscara en qué apoyarse.

—¡No puedo soportar esto! ¿Qué es lo que pretendes de mí?

Él quería parecer gracioso. Sus cejas se alzaron.

—¿Pretender? Yo no te he hecho nada. Yo no me he acercado a ti. Yo no te he visto desde hace tres semanas.

—El cheque no fue cobrado.

—Vaya, recibiste tu estado de cuenta. Es cierto, ayer fue primero de mes. Me imagino que habrás pasado unas malas veinticuatro horas. Debo haberme olvidado.

—¡No! —dijo ella con feroz encono—. Tú, depravada sanguijuela, no eres de los que se olvidan de una cosa de esas! ¿No me has hecho ya bastante? ¿Qué te propones? ¿Volverme completamente loca…?

Su manera cambió bruscamente, se endureció.

—Entra —dijo cortante—. Quiero hablar contigo. Vamos a dar una vuelta por un cuarto de hora.

—Yo no puedo dar vueltas contigo. ¿Cómo te atreves a pedírmelo?

—No podemos quedarnos quietos en este sitio, conversando. Sería peor. Ya lo hemos hechos dos veces. Podemos dar unas vueltas en tomo a algo; a esta hora no hay nadie por allí ni señales de tránsito. Tápate con el cuello del abrigo.

—¿Tienes el cheque? ¿Qué intentas hacer?

—Espera a que lleguemos —dijo él.

Cuando llegaron le contestó, fría, desapasionadamente, como si no hubiera habido interrupción alguna.

—No me interesan quinientos dólares.

Ella comenzaba a perder la cabeza. La incapacidad para sondearle los motivos le enardecía hasta el pánico.

—Devuélmelo, entonces, y yo te daré más. Te daré mil. Pero Devuélmelo.

—Yo no quiero que me den más. Yo no quiero que me den ninguna cantidad. ¿No entiendes? Yo quiero que el dinero me pertenezca, por derecho propio.

El rostro de ella se tornó súbitamente pálido.

—No comprendo. ¿Qué quieres decirme?

—Yo sí creo que empiezas a comprender, por la expresión de tu cara —hurgó en su bolsillo, sacó algo. Un sobre, cerrado y con sello para ser despachado—. Me preguntaste dónde estaba el cheque. Está aquí. Mira, lee lo que dice. No, en mi mano. Simplemente, léelo desde donde estás.

«Mr. Donald Hazzard
Hazzard and Loring
Empire Building
Caulfield.»

—No… —ella apenas pudo articular palabra, sólo pudo sacudir la cabeza convulsivamente.

—Se lo remito a su oficina, donde tú no puedes interceptarlo —lo volvió al bolsillo—. La última recogida de cartas, aquí en Caulfield, es a las nueve de la noche. Tal vez no lo sepas, pero yo he estado estudiando esas cosas recientemente. Hay un buzón en Pomeroy Street, a sólo unos pasos del lugar en que aparqué las contadas veces que me vi contigo. Aquello está oscuro y poco visible, por eso lo elegí. Sin embargo, el cartero no pasa por allí hasta las nueve y quince; lo he controlado varias noches seguidas y ese es el promedio.

Él le hizo guardar silencio con la mano y prosiguió.

—Ahora bien, si tú llegas allá antes que el cartero, este sobre se

queda fuera. Si no estás allí cuando él llegue, yo lo deposito. Tienes un día de gracia, hasta las nueve y cuarto de mañana por la noche.

—¿Pero para qué quieres que yo esté allí…? Tú dijiste que no querías más…

—Vamos a dar un paseo hasta Hastings, la vecina ciudad. Veremos a un juez de paz, quien nos hará marido y mujer.

AMINORÓ LA MARCHA cuando la cabeza de la joven cayó pesadamente por un momento sobre el respaldo del asiento.

—Creía que ya no se desmayaban —empezó él. Luego, al verla erguirse nuevamente no sin esfuerzo y pasarse el dorso de la mano por los ojos, agregó—: ¡Oh, ahora veo que es verdad! Les da un vahído, ¿no?

—¿Por qué me haces esto? —preguntó ella con voz ahogada.

—Hay varias razones de peso. Es bastante más seguro, de acuerdo con mi punto de vista, que sobre las bases en que hemos andado hasta ahora. Uno se asegura contra cualquier escape. La esposa, dice la ley, no puede testificar contra su marido. Vale decir que cualquier abogado con dos dedos de frente puede eliminarte como testigo antes de que abras la boca. Luego hay también otras consideraciones de orden práctico. Los viejos no van a vivir eternamente, ¿no es así? La vida de la anciana pende de un hilo. Y si ella le falta, el viejo no durará mucho. Antigua fidelidad, sé lo que es eso. Cuando ellos desaparezcan, tú y Bill se lo dividen en partes iguales… No te muestres tan horrorizada; el abogado no ha andado hablando por ahí, pero ésta es una ciudad chica, y esas cosas se propagan fácilmente. Puedo esperar ese año, y hasta dos o tres si es necesario. La ley concede al marido una tercera parte de los bienes de la mujer. Tres cuartas partes de… puede que me quede corto, pero diría que aproximadamente cuatrocientos mil, lo que hace trescientos mil. Y aun una tercera parte de eso… No te tapes así los oídos, Patrice; te pareces a un personaje de las novelas de Marie Corelli.

Frenó.

—Puedes bajarte aquí, Patrice. Estamos cerca ya —luego rió

entre dientes al verla caer y levantarse del pavimento—. ¿Estás segura de que podrás andar derecha? No querría que pensaran que te estuve… Asegúrate de que tu reloj no esté atrasado. Pues el correo de los Estados Unidos siempre es puntual —fue lo último que le dijo.

38

LOS FAROS DELANTEROS del coche acuchillaban el camino delante de ellos como rejas de arado. Parecían apartar a los lados la capa de oscuridad, descubrir su blanco relleno de bórax, y esparcirlo por toda la cartera. Los lívidos surcos que quedaban detrás se cerraban luego de nuevo en una inmediata oscuridad.

Parecía como si llevaran así horas enteras, en silencio, pero conscientes en alto grado el uno del otro. Los árboles pasaban a los lados, débilmente alumbrados por abajo, a lo largo del tronco, por la pasajera refracción de las luces delanteras, como en una especie de fantasmal incandescencia. Pero a veces no había árboles, éstos quedaban atrás, y una afelpada tersura negra tomaba su lugar —campos o prados, pensaba ella— que despedía un olor más agradable. Trébol. Era un lugar precioso; demasiado precioso para todo el que experimentara un infernal sufrimiento como el de ella.

A veces también el camino se bifurcaba, pero ellos seguían adelante. Se mantuvieron en el ancho y recto que habían tomado..

Pasaron un cartel blanco con luz indirecta, colocado en ángulo recto con la carretera a fin de que pudiera ser leído al avanzar por ella: «Bienvenido a Hastings», y abajo: «Habitantes…» y algunos números demasiado pequeños para poder leerlos antes de que hubieran pasado.

Ella echó una breve mirada atrás, en una especie de fascinado horror.

Él la vio al parecer, sin mirarla directamente.

—Esa es la línea divisoria del estado —observó secamente—. Viajar amplía nuestros horizontes, según dicen. Eran las nueve y

cuarenta y cinco minutos, de acuerdo con el reloj de pulsera de la joven. Habían invertido sólo media hora de viaje hasta allí.

Cruzaron la plaza principal, el núcleo de la ciudad. Una farmacia permanecía aún abierta. Dos antiguas vasijas de agua coloreada, como las que antaño exhibían todas las farmacias, les arrojaron reflejos de esmeralda y malva al pasar. Un cinematógrafo mostraba aún signos de vida interior, pero se diluía en el exterior, apagada ya la marquesina y con el vestíbulo débilmente alumbrado.

Tomó por una de las calles transversales, un túnel formado por frondosos árboles, sus inmuebles alejados por un espacio frontal de césped de modo que desde la calle eran casi invisibles entre las sombras nocturnas. Una débil luz que pasaba a través de los huecos de un porche cubierto de enredadera, pareció atraerlo. Súbitamente giró por la entrada de autos, volvió atrás un poco y se detuvo enfrente.

Permanecieron sentados un momento.

Luego él bajó por su lado, dio la vuelta hasta el de ella, y abrió la portezuela.

—Entra —dijo concisamente.

Ella no se movió, no contestó.

—Vamos, ven conmigo. Nos están esperando.

Ella no contestó, no se movió.

—No te quedes así. Hemos discutido el asunto allá en Caulfield. Muévete. Di algo siquiera.

—¿Qué quieres que diga?

Él volvió a cerrar la portezuela con un golpe impaciente, como en una momentánea suspensión.

—Anímate. Voy a decirles que ya estamos aquí.

ELLA LO VIO IRSE, en una especie de estupor, como si aquello le estuviera sucediendo a otra persona; oyó su pasos sobre el camino de tablas que conducía a la casa. Hasta oyó el timbre, dentro de la casa, desde donde ella estaba. No era extraño, ya que todo era silencio. Sólo aladas cosillas zumbaban y susurraban en la copa de un árbol.

Se preguntó: ¿Cómo sabe que no voy a poner el coche en marcha

y escaparme? Se contestó ella misma: sabe que no lo voy a hacer. Sabe que ya es tarde para eso. Tanto como lo sé yo. El momento propicio para detenerse, volverse atrás, huir, pasó hace mucho tiempo. Mucho tiempo. Antes de esta noche. Fue en el compartimento del tren en que vine, cuando las ruedas trataron de advertírmelo. Fue cuando llegó la primera nota. Fue cuando llegó la primera llamada telefónica, el primer paseo hasta la farmacia. Me tiene tan segura aquí como si estuviera esposada a su muñeca.

Ahora pudo oír las voces adentro. Una mujer que decía: «No hay por qué; llegaron a tiempo. Entren.»

La puerta permaneció abierta, alumbrada. Quienquiera que fuese el que hubiera estado allí, ya se había retirado adentro. Él volvía ahora. El ruido de sus pasos sobre el camino de tablas. Ella se aferró con ambas manos al borde del asiento, las enterró en el tapizado de cuero.

El hombre estaba ahora frente a ella, inmóvil.

—Vamos, Patrice —dijo sencillamente.

Eso era lo que daba la medida del horror de todo; su naturalidad, su positivismo. Él no estaba representando ningún papel.

La joven habló tranquilamente también, tan tranquilamente como él, pero su voz era tan fina y apagada como un alambre tensado.

—No puedo, Georgesson. No me pidas eso.

—Patrice, ya hemos hablado del asunto. La otra noche te dije lo que había, y todo quedó convenido entonces.

Ella se cubrió el rostro con ambas manos ahuecadas y volvió a descubrirlo en seguida. Seguía repitiendo las mismas palabras.

—No puedo. ¿No comprendes? No puedo.

—No hay nada que te lo impida. No estás casada con nadie. Ni aun en tu fingido personaje estás casada con nadie, y mucho menos como tú misma. Me ocupé de averiguarlo bien, allá en Nueva York.

—Steve. Escucha, te llamo Steve.

—Eso no hará que me derrita —le aseguró con tono jocoso—. Es mi nombre, así debe llamárseme —la miró a los ojos—. Es mi nombre de pila, y no uno del que me haya apropiado… Patrice.

—Steve, yo nunca te he suplicado. Durante todos estos meses he sobrellevado las cosas como una mujer. Steve, si hay en ti algo de

humanitario a lo que pueda apelar para…

—Soy demasiado humano. Ese es el motivo de que me guste tanto el dinero. Tus líneas se han cruzado. Es este mismo carácter humano mío la que invalida tu súplica. Vamos, Patrice. Estás perdiendo el tiempo.

Ella se arrojó a lo largo del asiento. El hombre tamborileó sobre el borde de la portezuela y rió un poco.

—¿A qué viene ese horror al matrimonio? Déjame llegar hasta el fondo de tu aversión. Quizá pueda reanimarte. En el asunto no juega la atracción personal; yo no la siento para ti. En mí sólo hay desprecio por ti, por ser una vulgar y pequeña tramposa. Te dejaré inmediatamente a la puerta de tu siempre adorada familia tan pronto estemos de regreso en Caulfield. Será un matrimonio de papel en todo el sentido de la palabra. Pero será válido, será válido hasta el fin. ¿No elimina eso tus escrúpulos Victorianos?

Ella se llevó el dorso de la mano a los ojos como si un golpe la hubiese dejado ciega.

Él abrió la portezuela de un tirón.

—Nos están esperando ahí dentro. Vamos, con eso no haces más que empeorar las cosas.

Empezaba a mostrarse duro. La oposición comenzaba a inflamarlo contra ella, pero se reveló a la inversa, en una especie de letal frialdad.

—Mira, amiga, no te voy a hacer entrar arrastrada de los pelos. No vale la pena. Entraré un minuto para llamar a los Hazzard, y ahora mismo les contaré todo el asunto. Después te volveré al mismo sitio de donde te traje. Pueden quedarse contigo, si así les place —se inclinó levemente hacia ella por el hueco de la portezuela—. Mírame bien. ¿Te parece que estoy bromeando?

No bromeaba. No era un simple bluff, sin nada detrás. Tal vez fuera una amenaza que él hubiera preferido no tener que llevar a cabo, pero no era una amenaza en vano. Ella podía leerlo en sus ojos, en la fría determinación que reflejaban, podía leer en ellos la antipatía que sentía por ella.

El hombre dio media vuelta, se apartó del coche y avanzó nuevamente por el camino de tablas, más enérgico, más rápido que antes.

—Perdonen, ¿puedo molestarlos un minuto? —le oyó que decía

al entrar; luego lo que siguió se hizo más confuso a medida que se internaba dentro de la casa.

LA JOVEN PUGNÓ POR SALIR, colgándose de la abierta portezuela como una sonámbula. Siguió luego con paso inseguro por el camino de tablas y entró en el porche, y la enredadera susurró un minuto al apoyarse allí. Después se dirigió al espacio oblongo de luz proyectada por la puerta abierta, y entró. Era como andar con el agua hasta las rodillas.

Una mujer de mediana edad la recibió en el hall.

—Buenas noches. ¿Es usted Mrs. Hazzard? Él está aquí.

La condujo a una habitación hacia la izquierda, empujó una antigua puerta corredera de dos hojas. Él estaba de pie, dándoles la espalda, frente a un aparato telefónico de modelo antiguo colgado de la pared.

—Aquí está la joven. Pueden entrar en el estudio tan pronto estén listos.

Patrice corrió tras de ella las dos hojas de la puerta.

—Steve.

Él se dio vuelta y la miró, luego le volvió la espalda nuevamente.

—Todos los viejos tienen que morir tarde o temprano.

—No…, la vas a matar —suplicó ella.

—¿La han pasado ya?

—Ya me están comunicando con Caulfield.

No se trataba de un juego de manos. El dedo de él estaba lejos del interruptor, el auricular descolgado. Esperaba que la comunicación se estableciese.

Un sonido ahogado brotó de la garganta de ella.

Él dio otra media vuelta, no tan completa como antes.

—¿Te has decidido definitivamente?

Ella no asintió con la cabeza, simplemente cerró los ojos por un minuto.

—Operadora —dijo él—, anule la llamada. Fue un error —colgó el auricular.

Ella se sintió un poco enferma y mareada, como cuando uno mira hacia abajo desde una gran altura y se retira de nuevo.

Él fue hasta la puerta y descorrió las hojas con un fuerte golpe.

—Ya estamos —dijo dirigiéndose al estudio al otro lado del hall.

Arqueó el brazo hacia ella, levantando desdeñosamente el codo para que ella lo tomara, sin siquiera volverse para mirarla.

La joven avanzó y ambos se dirigieron al estudio a la par, su brazo enganchado en el de él, a donde el hombre esperaba para desposarlos.

39

FUE EN EL VIAJE de regreso cuando ella supo que iba a matarlo. Supo que tenía que hacerlo, supo que era la única solución. Debía hacerlo. Ya debía haberlo hecho, se decía a sí misma. Mucho antes de esto; aquella primera noche mientras estuvo con él en el auto. Habría sido mejor. El horror y la degradación última de esta noche se hubieran evitado por lo menos. Entonces no lo había pensado; fue lo único que no se le había ocurrido en ningún momento. Siempre había pensado en la huida, ponerse fuera de su alcance; nunca había pensado en la seguridad obtenida… con su eliminación.

Pero sabía que lo iba a hacer ahora. Esta noche.

No se habían dicho una palabra, en todo el camino, desde que abandonaran la casa del juez. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Qué podía ella decirle? ¿Qué le quedaba hacer ahora…, salvo esa cosa decisiva, que se le ocurrió frente a un poste telegráfico pintado de blanco por la base, a unos ocho kilómetros de Hastings? Se le había ocurrido así de pronto, en un abrir y cerrar de ojos. Como si hubiera pasado frente al haz de luz de un ojo eléctrico a través de la carretera, irradiado desde ese especial poste telegráfico. A un lado del poste, una tranquila y pasiva desesperación, fatalismo. Al otro lado, madura decisión, cruel, irrevocable: Voy a matarlo. Esta noche. Antes de que esta noche haya pasado, antes de que vuelva la luz a alumbrarnos.

Ni uno ni el otro dijeron nada. Él, porque estaba satisfecho. Había logrado su propósito. Lo que hizo fue silbar bajito, una vez, durante un momento, pero hasta eso dejó de hacerlo en seguida. Ella no dijo nada, porque estaba deshecha, destruida, en el

completo sentido de la palabra. Jamás se había sentido así. Ni siquiera se encontraba ya trastornada. La lucha había terminado. Ahora estaba embotada. Después del desastre ferroviario se había sentido más sensible que en aquel momento.

MANTUVO LOS OJOS CERRADOSdurante todo el trayecto. Como una mujer que vuelve de un funeral en el que todo lo que tenía algún valor para ella ha quedado bajo tierra, y para quien nada de lo que resta sobre la tierra vale ya la pena mirar.

Por fin le oyó hablar.

—Vamos, ¿resultó tan malo? —dijo él.

Ella le contestó maquinalmente, sin abrir los ojos.

—¿Dónde estás…? ¿Qué quieres que haga ahora?

—Nada, exactamente. Sigue como antes. Esto es algo entre nosotros dos. Quiero que quede así, ¿me entiendes? Ni una palabra a la familia. No hasta que yo esté listo. Será nuestro pequeño secreto, tuyo y mío.

Supuso que él temía que si se la llevaba consigo, abiertamente, ellos modificarían el testamento. Y si al dejarla con ellos se enteraban del asunto harían anular la parte que le concernía.

¿Cómo se mata a un hombre? Allí no había nada, ningún modo. El suelo era llano, el camino parejo, recto. Si ella se aferrara del volante y tratara de poner el coche fuera de control, no podía pasar gran cosa. Se requerían lugares empinados, curvas peligrosas. Y el coche marchaba despacio, no a gran velocidad. Quizá sólo se saliese del firme, iría a dar contra un poste telegráfico, recibirían una sacudida.

Además, aunque hubiera sido esa una manera factible, no quería morir con él. Sólo quería que él muriese. Ella tenía un hijo al que estaba dedicada, un hombre a quien amaba. Quería vivir. Siempre, durante toda su existencia, había tenido un inextinguible deseo de vivir; incluso ahora. Embotada como se sentía, aun aleteaba con obstinación dentro de ella. Nada podía apagarlo, o… ya habría considerado otra alternativa.

—¡Oh Dios! —exclamó interiormente, si tuviera un…

Y en ese instante, ella supo cómo hacerlo, pues la primera palabra-símbolo que brilló ante su sentido fue «revólver», y su aparición constituyó la respuesta a su súplica.

En la biblioteca, en casa. Allí había uno, por alguna parte.

UNA BREVE ESCENA volvió a su memoria, de muchos meses atrás. Enterrada hasta ahora, reapareció súbitamente, tan nítida como si hubiese tenido lugar hacía sólo un momento. La lámpara de pie para leer, cómoda y encendida arroja su alegre resplandor. Sentado al lado, Papá Hazzard se queda hasta tarde enfrascado en la lectura de un libro. Los demás se han retirado a descansar, todos menos ella. La última en abandonarlo. Un ligero beso en su frente.

—¿Quieres que cierre por ti?

—No, vete. Yo lo haré dentro de un momento.

—¿No te vas a olvidar?

—No, no me olvidaré —y luego rió con risa ahogada, de aquel peculiar modo—. No estés nerviosa, estoy bien protegido aquí abajo. Aquí a mi lado tengo un revolver en uno de los cajones. Lo tenemos especialmente para los ladrones. Fue idea de Mamá, una vez, hace años…, y en todo ese tiempo jamás ha asomado por aquí ni la sombra de uno.

Ella rió su melodramática bufonada y dijo sinceramente:

—No pensaba en los intrusos, sino en una repentina tormenta a medianoche y en las mejores cortinas de Mamá.

Entonces había reído. Pero ahora no lo hacía.

Uno mete el dedo, lo aprieta y se obtiene paz, seguridad…

Se detuvieron y oyó el golpe de la portezuela del lado de ella al abrirse. Alzó los ojos. Estaban en un túnel de copas de árboles de la calle. Reconoció la simétrica formación de los árboles, los taludes de césped a ambos lados, los oscuros contornos de los inmuebles privados al fondo. Estaban en su propia calle, pero más allá, a una manzana de la casa. Él procedía discretamente, al dejarla a prudente distancia de su puerta para no llamar la atención.

Se quedó sentado, esperando que ella recogiera la insinuación y descendiera. Ella miró su reloj, maquinalmente. No eran aún las

once. Aquello debió haber ocurrido a las diez. Habían invertido cuarenta minutos en el viaje de regreso; habían tardado más tiempo que a la ida.

Él la estaba observando. Sonrió satíricamente.

—No se necesita mucho tiempo para casarse, ¿eh?

Tampoco se necesita mucho tiempo para morir, pensó ella sofocada.

—¿No quieres…, no quieres que me vaya contigo? —musitó ella.

—¿Para qué? —replicó él con insolencia—. Yo no te necesito. Sólo quiero lo que con el tiempo… vendrá contigo. Tú te vas allá arriba a tu impoluta camita. Confío al menos que sea así. Con ese Bill en la casa…

Ella sintió una llamarada en el rostro. Pero nada importaba gran cosa, nada contaba ahora. Sólo el hecho de que el revólver se hallaba a una manzana de distancia, y ella estaba aquí. Y los dos tenían que encontrarse.

—Sencillamente te quedas tranquilita —le advirtió él—. Nada de viajecitos fuera de la ciudad, ¿eh, Patrice? A menos que desees que me presente de pronto a denunciar la paternidad del chico. Tengo la ley de mi parte, ahora, tú lo sabes. Me iría directamente a la Policía.

—Bueno…, ¿me esperas un minuto? Yo… estaré de vuelta en seguida. Voy a buscarte algún dinero. Lo vas a precisar…, hasta…, hasta que nos veamos nuevamente.

—¿Tu dote? —dijo él irónicamente—. ¿Tan pronto? Bueno, realmente, no la necesito. Hay en esta ciudad hombres que juegan bastante mal a las cartas. De cualquier modo, ¿por qué me vas a dar lo que ya me pertenece? Un pedacito. Puedo esperar. No quiero favores.

Ella descendió de mala gana.

—¿Dónde puedo verte en caso de que te necesite?

—Andaré por ahí. Ya tendrás noticias mías de cuando en cuando. No temas que vaya a perderte de vista.

No, tenía que ser esta noche, esta noche, se decía a sí misma, decidida. Antes de que termine la oscuridad y salga el día. Si esperaba, tal vez la faltara valor. Esta operación tenía que realizarse en el acto, extirpar este cáncer sobre su futuro.

Adondequiera que él vaya esta noche en esta ciudad, juró ella, yo lo he de seguir, he de encontrarlo, y he de terminar con él.

Aunque al mismo tiempo tenga que terminar conmigo. Aunque tenga que hacerlo delante de cien personas.

La portezuela se cerró de un golpe. Él se tocó el sombrero satíricamente.

—Buenas noches, Mrs. Georgesson. Que sueñe con los angelitos. Trate de dormir con un pedazo de tarta de boda. Si no tiene tarta de boda, hágalo con un mendrugo de pan viejo. Usted estará igualmente blanda tanto de un modo como del otro.

El coche giró detrás de ella. Sus ojos se pegaron a la matrícula trasera, se aferraron a ella, la recordaron, aunque la había rozado al pasar. Fue disminuyendo. La luz roja trasera dio vuelta en la esquina próxima y desapareció. Pero pareció como si hubiese quedado colgada ante sus ojos, como una placa-fantasma, suspendida de la noche, durante largos minutos.

NY09231

Luego se esfumó también y desapareció.

ALGUIEN CAMINABA EN LA NOCHE apacible por la acera cerca de ella. Oía el tap-tap de los altos tacones. Era ella. Los árboles pasaban a su lado, suavemente, en sentido inverso. Alguien subía los escalones enlosados de una terraza. Oía el ruido de arena de los pasos ascendentes. Era ella. Alguien estaba ahora de pie ante la puerta de la casa. Veía el oscuro reflejo del cristal que tenía delante. Se movió al moverse ella. Era ella.

Abrió el bolso y tentó adentro buscando la llave. Su llave. La llave que ellos le habían entregado. La tenía aún allí. Sin saber por qué, esto le sorprendió. Curioso llegar a casa así, como si nada le hubiera ocurrido, y buscar su llave, e introducirla en la cerradura, y…, y entrar en la casa. Venir aún así a la casa, y entrar en la casa.

Yo tengo que entrar aquí, se defendió a sí misma. Mi hijo está arriba durmiendo. Allí es donde quiero ir; no hay ningún otro lado para mí.

Recordó cómo aquella misma noche había tenido que mentir,

pidiendo a Mamá Hazzard que cuidara de Hughie mientras ella iba a hacer una visita a una nueva amiga. Papá había tenido que asistir a una reunión de negocios y Bill había salido.

Al entrar encendió las luces del hall. Cerró la puerta. Luego se quedó allí un minuto, respirando fuertemente, la espalda reclinada contra la puerta. La casa estaba tan apacible, tan tranquila. Gente durmiendo, gente que confía, gente que no espera que uno traiga escándalo a la casa, y el crimen a ellos, en pago de todas sus bondades.

Se quedó allí inmóvil, tan silenciosa, tan quieta, que no podía saberse para qué había vuelto, qué había venido a hacer.

Nada le quedaba. Nada. Sin hogar, sin amor, y sin el niño también. Había enajenado su derecho hasta a ese amor en perspectiva, lo había empañado para el futuro. Lo perdería también a él, se volvería contra ella, cuando tuviera el suficiente conocimiento para darse cuenta de lo ocurrido.

Él, un hombre, le había hecho todo esto. No le había bastado una vez, ahora ya eran dos veces. Le había arruinado dos vidas. Había estrujado a la pobre inofensiva bobalicona de diecisiete años llegada de San Francisco que había tenido la desgracia de cruzarse en su camino. La aplastó, se limpió los pies con sus sueños baratos, y escupió en ellos. Y ahora aplastaba a la dama de cartón que se llamaba Patrice.

¡Él no aplastaría a nadie más!

Una mueca dolorosa desfiguró su rostro durante un momento. El dorso de su muñeca subió hasta su frente, se pegó allí. Una bocanada de aire inhalada con terrible lentitud, pero también con terrible resolución, la sacudió de arriba abajo. Luego avanzó con paso inseguro en sesgo hasta la entrada a la biblioteca, como un cómico ebrio que carece de la coordinación necesaria para dirigirse directamente al lugar donde quiere ir.

Encendió la lámpara grande, de centro de mesa.

Se dirigió decidida al aparador, lo abrió y se sirvió y apuró un poco de coñac. Le pareció como si quemara por donde pasaba, pero lo soportó decididamente.

¡Ah, sí, uno necesita eso cuando va a matar a un hombre!

SE PUSO A BUSCAR EL REVÓLVER. Hurgó dentro de los cajones de la mesa. Sólo papeles y cosas aquí y allá. Sin embargo, aquella noche él había dicho que allí había uno, en alguna parte, en esa habitación. Ellos jamás decían una cosa por otra, ni en broma; ni él, ni Mamá, ni… Bill para el caso. Esa era la enorme diferencia con ella misma. Esa era la razón de que ellos disfrutaran de paz… y ella no tuviera ninguna.

Buscó luego en el cajón de Papá Hazzard. El número de cajones y cubículos era enorme, pero ella los revisó uno por uno. Al apartar un pesado libro de contabilidad, algo brilló en el fondo del último cajón de todos, y allí estaba.

Lo sacó. Su inofensivo aspecto constituyó de pronto casi un desengaño. Tan pequeño, y que hiciera una cosa tan grande: arrebatar una vida. Níquel bruñido, y hueso. En aquella acanalada comba del medio, supuso que se ocultaba su poder de muerte. En su desconocimiento, golpeó la parte de atrás con el filo de la mano, y forcejeó, para abrirlo, a riesgo de una prematura descarga, pensando que con no tocar el gatillo con los dedos la evitaría. Súbitamente, con facilidad asombrosa, por el accidental toque correcto, se abrió hacia abajo, y se inclinaron ambas partes: Cámaras redondas y negras, vacías.

Escudriñó un poco más dentro del cajón. Halló la misma cajita de cartón, descubierta antes, que había apartado apresuradamente. Dentro había algodón en rama, como para guardar una cápsula medicinal muy frágil. En cambio, encontró cilindros de acero, achatados por un lado, las balas. Sólo cinco.

Las introdujo, una por una, en los agujeros para que habían sido hechas. Una cámara quedó vacía.

Cerró el revólver.

¿Cabía en su bolso? Trató de introducirlo de punta, con la parte aplanada para arriba, y entró.

Cerró el bolso y salió de la habitación; fue hasta el fondo del hall.

Tomó la guía telefónica, buscó en «Garajes».

Él podría dejar el coche estacionado en la calle durante la noche, pero no creyó que lo hiciera. Era de esos que aprecian su automóvil,

su sombrero y su reloj. Era de esos que valoran todo menos a su mujer.

Los garajes estaban por orden alfabético, y empezó a llamarlos en el mismo orden.

—¿Guardan ahí un coche de Nueva York, matrícula número 09231?

En el tercero el sereno volvió para decir:

—Sí, está aquí. Justamente hace unos minutos que llegó.

—¿Mr. Georgesson?

—Sí, eso es. ¿Qué deseaba, señora? ¿Qué quiere usted?

—Yo… yo acabo de salir en él. El joven acaba de traerme a casa. Pero ahora me encuentro que dejé algo en el coche. Tengo que dar con él. Por favor, es importante. ¿Podría decirme dónde le puedo hablar?

—No podemos hacerlo, señora.

—Es que no puedo entrar. Él se quedó con la llave de mi casa, ¿me entiende?

—¿Por qué no toca el timbre? —repuso la áspera voz.

—¿Es tonto? —explotó ella, y su furia le daba una plausible elocuencia—. Nadie sabe que yo he salido con él, eso en primer lugar. No puedo llamar ahora la atención. ¡No puedo tocar el timbre!

—Comprendo, señora —se burló la voz con ese particular tono de picardía que ella conocía—, comprendo —un doble golpe de lengua se oyó al otro lado como puntuación—. Espere, voy a ver.

Abandonó el teléfono. Luego volvió a tomarlo, dijo:

—Hace ya algún tiempo que lo guarda aquí. La dirección que tenemos anotada es 110 Decatur Road. No sé si aún vive…

Pero ella había colgado.

40

USÓ SU PROPIA LLAVE para abrir la puerta del garaje. El pequeño roadster que Bill utilizaba habitualmente no estaba allí, pero el coche grande, el sedan, sí estaba. Lo sacó dando marcha atrás. Luego se bajó un momento, volvió para cerrar nuevamente la puerta del garaje.

En esto había la misma sensación de irrealidad que antes: una especie de sueño-fantasía, un estado de sonambulismo, aunque también una extrema conciencia de las cosas. El tap-tap de los pasos sobre el camino de cemento que parecían de otro, eran sólo sueños… salían de debajo de ella. Era como sí hubiese experimentado una violenta partición de su personalidad, y uno de sus yos, horrorizante e impotente, viera una asesina fantasma surgir de la hendidura y partir hacia su mortal designio. Ella sólo podía seguir a esta cosa oscura, aquel otro yo; una vez desprendido, no podía recapturarlo ni reabsorberlo. Y de ahí (quizá) la distinta objetividad de los pasos, la reproducción como en un espejo de sus propios movimientos.

Cuando entró en el coche, dio marcha atrás hasta la calle, hizo el cambio, y lo dejó deslizarse hacia adelante. No bruscamente, sino con el suave arranque de un consumado conductor. Alguna otra mano, no la de ella —tan firme, tan segura, tan pura— se acordó de buscar la manija de la portezuela y cerrar con un diestro golpe.

Afuera, las luces de la calle pasaban rodando a su lado como resplandecientes bolos que iban a su encuentro por la larga bolera. Pero cada tiro resultaba un fracaso, pasaban demasiado lejos de un lado y otro. Con ella en el coche, el bolo delantero en el centro, jamás caía derribado.

Pensó: debe de ser el Destino, que tira contra mí. Pero no me importa, déjalas venir.

El coche se había detenido nuevamente. Era tan fácil ir a matar a un hombre.

No lo había analizado a fondo, para saber cómo era. ¿Qué importaba cómo era? Ella entraría allí, allí iba a ocurrir.

Apretó el acelerador, pasó por delante de la puerta y llegó a la esquina. Allí dio vuelta, pues la señal del tránsito le impedía seguir, puso el coche en dirección contraria a la seguida hasta entonces, lo arrimó a la acera, aparcó allí, oculto a la vista.

Tomó su bolso de detrás de ella en el asiento, como lo hacen las mujeres cuando van a salir de un coche, y se lo aseguró debajo del brazo.

Apagó el motor y descendió. Volvió sobre sus pasos caminando hasta la esquina, de donde acababa de llegar, con el paso presuroso, inquieto, de la mujer que llega tarde a casa, que se da prisa para llegar. Así las hemos visto muchas veces: el pensamiento concentrado en sus cosas, pues saben que corren mayor riesgo de ser abordadas que durante el día.

SE ENCONTRÓ SOLAen una sombría y solitaria acera a lo largo de un amplio edificio de dos plantas lleno de corredores, híbrido, dedicado por igual a negocios y vivienda. La planta baja era una sucesión de comercios, la alta una larga fila de ventanas. La blanca forma de una botella de leche aparecía en el antepecho de una de éstas. Una tenía luz, pero la cortina estaba corrida. No era la de la botella de leche.

Entre dos de los comercios del frente, retirada hacia adentro, casi secreta en su ocultamiento, había una puerta de una sola hoja, con un dibujo de múltiples vidrios enmarcados en ella. Se podían ver porque en alguna parte de la entrada había una débil luz que hacía cuanto le era posible por vencer a la oscuridad.

Se dirigió a ella, probó, y se abrió sin dificultad alguna; no tenía cerradura, era sólo para cubrir las apariencias. Dentro había un oxidado radiador, y una escalera de cemento que conducía arriba, y

al lado de ésta, justamente al pie, una hilera de buzones y timbres. El nombre de él estaba en el tercero que examinó, pero no en su propia tarjeta, superpuesto en la que había dejado el anterior inquilino. Había tachado con lápiz el nombre, y debajo escribió el suyo. «S. Georgesson.» No sabía hacer muy bien la letra de imprenta.

Él no hacía nada bien, salvo destrozar la vida de otros. En eso era un experto.

Siguió escaleras arriba y por el pasillo. Era uno de esos edificios construidos a toda prisa, como provisionales. Durante la escasez de la guerra debieron haber aprovechado el desván o depósito de los comercios de los bajos para convertirlo en aquellos departamentos.

«¡Qué lugar para vivir!», pensó sombríamente.

«¡Qué lugar para morir!», pensó inmisericorde.

Advirtió la fina línea de luz dibujada de la puerta. Tocó, y volvió a tocar de nuevo, suavemente como la primera vez. Él tenía el aparato de radio funcionando. Lo oía claramente a través de la puerta.

Alzó la mano y se alisó el cabello, mientras esperaba. Nos alisamos el cabello —si es necesario— cuando vamos a ver a alguien, o cuando alguien nos viene a ver. Por eso lo hacía ella ahora.

Se dice que uno se atemoriza en momentos así. Se dice que una incontrolable excitación hace presa de uno. Se dice que la ira lo ciega a uno.

Se dice. ¿Qué sabe la gente? Ella no sentía nada. Ni miedo ni excitación ni cólera enceguecedora.

Él no oyó, o no acudió a abrir. Probó el picaporte, y también esta puerta, como la de abajo, estaba abierta y cedió hacia adentro. ¿Por qué no tenía que ser así?, consideró; ¿qué tenía él que temer de otros? A él no le atacaban, él atacaba a los demás.

La cerró tras de sí, para que aquello quedara sólo entre los dos.

SU MIRADA NO LE DESCUBRIÓ. La habitación estaba saturada de su presencia, pero tenía una doble distribución, , un dormitorio y un living, y él debía

estar en la de atrás, debía haber entrado allí en el momento en que ella llegaba a la puerta. Podía vez una luz lateral interior que se filtraba a través del vano.

La chaqueta y el sombrero que había usado aquella noche, cuando ella estuvo con él en el coche, estaban tirados en una silla, la chaqueta atravesada en el asiento, el sombrero encima. Un cigarrillo que había apagado parcialmente hacía unos momentos estaba en un cenicero de cristal, consumiéndose obstinadamente. La bebida que había empezado y luego dejado, y que de un momento a otro querría terminar —la bebida con que celebraba el éxito de la empresa de aquella noche—, estaba allí en el borde de la mesa. El blanco cubo de hielo aún no derretido asomaba por encima del cristal del whisky color pajizo en que flotaba.

La vista de aquello trajo a su memoria una habitación amueblada en Nueva York. Él tomaba sus bebidas suaves; le gustaban fuertes, pero las tomaba suaves cuando se trataba de su propio whisky.

—Así queda para otra —solía decirle.

Ahora no. Este era su último trago. (Debiste haberlo servido más fuerte, pensó ella para sí, torvamente.)

Un ruido como de arena le molestaba hacía un momento. Una especie de latido, una disonancia. Parecía una música, pero ningún sonido podía llegar a ella como música, en el estado en que se encontraba. La hipertensión de sus sentidos lo convirtió en un sonido como de alguien que pasa un cepillo de fregar por una lata. O quizá, se le ocurrió pensar, estaba dentro de ella, no en el exterior.

No, estaba allí. Él tenía una pequeña portátil de pilas apoyada a la pared lateral. Se acercó al aparato.

Che gelida manina… cantaba una voz lejana; ella no supo lo que quería decir. Sólo sabía que ésta no era una escena de amor, era una escena de muerte.

Su mano dio un brutal tirón, como para arrancarle el pescuezo a una gallina; un estupor de silencio se produjo en las dos habitaciones. En la que ella estaba, y en la otra interior.

Ahora saldría él para ver quién había hecho aquello.

Se dio la vuelta para enfrentarse con la entrada. Alzó el bolso a la altura de su pecho. Lo abrió y sacó el revólver, y ajustó la mano

en torno, en la forma que creía debía hacerse. Sin agitarse, sin un temblor, cada movimiento en perfecta coordinación.

Apuntó en dirección a la entrada.

—Steve —lo llamó, en el tono de una conversación de una habitación a otra en absoluto silencio—. Sal un momento. Necesito verte.

Sin miedo, sin amor, sin odio, nada absolutamente.

Él no salió. ¿La habría visto por el espejo? ¿Lo habría adivinado? ¿Era tan cobarde como para escabullirse ante una mujer?

El cigarrillo roto continuó deshaciéndose en madejas de humo. El cubo de hielo siguió asomándose a través del vaso, cuadrado e intacto.

Avanzó en dirección a la entrada.

—Steve —gritó—. Aquí está tu esposa. Viene a verte.

Él no se movió, no contestó.

Ella dio vuelta por la entrada, el revólver girando delante como una especie de timón escorzado. La segunda habitación no estaba paralela a la primera, se encontraba más allá, formando un ángulo recto con ella. Era muy reducida, una simple alcoba. Tenía una bombilla arriba, como si en la encalada superficie del cielo raso se hubiera formado una luminosa ampolla. Había también una lámpara al lado del catre de hierro, encendida también, pero ésta se encontraba patas arriba. La pantalla estaba en el suelo, y el cordón grotescamente enroscado en el pie.

LO HABÍAN SORPRENDIDO EN EL ACTO de prepararse para dormir. Su camisa estaba a los pies de la cama. Era lo único que se había quitado. Y ahora trataba de ocultarse, por el suelo, debajo del lecho, al otro lado. Su mano asomaba por debajo —él se había olvidado de que se le veía— agarrada a la ropa de cama, tirando de ella hasta arrugarla. La coronilla se mostraba debajo de la cama —sólo un poco—, agachada para ocultarse suficientemente. Y justo al otro lado, aunque la otra mano no se le veía, aparecían en la ropa más frunces, como si estuviera oculto por allí, tratando de salvar la vida.

Cuando ella miró al suelo, más allá de la cama, pudo ver algo de

la parte inferior de una pierna, extendida detrás de él cuan larga era, despreocupadamente. La otra no se veía, debía estar encogida debajo de él.

—Levántate —dijo con gesto despreciativo—. Por lo menos sabía que odiaba a un hombre. Ahora sé lo que eres.

Dio vuelta en torno a los pies de la cama, y la espalda de él apareció a la vista. Él no se movió, pero cada línea de su cuerpo delataba el interrumpido impulso para huir.

El bolso se abrió de un golpe y ella sacó algo, se lo arrojó.

—Aquí tienes los cinco dólares que me diste. ¿Te acuerdas? —cayó entre los omóplatos de él, y quedó extendido a lo largo sobre el espinazo, detenido en la pronunciada curva que describía la espalda, como una especie de rótulo o un membrete pegado a la ligera.

—Si tanto amas al dinero —dijo ella insultante— ahí tienes el interés. Date vuelta y tómalo.

DISPARÓ ANTES DE QUE SE DIERA cuenta de que lo iba a hacer. Como si en las palabras hubiera alguna sugestión que el revólver recibiera por sí mismo, sin esperarla a ella. El estrépito la sorprendió, sintió que le subía por el brazo, como si alguien le hubiera asestado un fuerte golpe en la muñeca, y el fogonazo que resplandeció un instante en la boca le hizo parpadear y ladear involuntariamente la cabeza.

Él no se movió, ni el billete de cinco dólares se desprendió de su sitio. Sólo un curioso sonido de débil lamento producido por la barra tubular de la cabecera, como cuando una vibración se extingue lentamente, y un agujero en la pared, a un lado, que ella vio allí por primera vez.

La mano de la joven estaba ahora en el hombro de ¿1, mientras su cerebro trataba de decir «Yo no lo… yo no lo…» Él se dio vuelta perezosamente, y se aplastó contra el suelo, de un modo casi juguetón, como si ella le hubiese amenazado con hacerle cosquillas y tratara de eludirla.

Su actitud parecía expresar un indolente regodeo. Hasta había una especie de hiriente mueca en su boca.

Los ojos parecían estar fijos en ella, observarla, con el mismo desprecio que siempre había tenido con ella. Como si quisiera decir: «¿Qué vas a hacer ahora?»

Apenas podía decirse que ocurriera algo. Había sólo un hilo oscuro que le salía por el rabillo de un ojo, como si fuera una tirita usada, como si se hubiera lastimado él mismo y hubiese tapado la herida. En el mismo sitio en que había apoyado la cabeza contra la ropa de cama, se veía una mancha peculiar, sus bordes de un color más claro que el centro.

Alguien gritó en la reducida habitación. No fue un grito agudo, sino un sonido gutural, casi como el ladrido de un perro espantado. Debió haber sido ella, pues allí no había nadie más que pudiera gritar. Sus cuerdas vocales le dolían, como si se las hubieran arrancado.

—¡Oh, Dios! —gimió débilmente—. No era necesario que yo viniese…

Se apartó de él, retrocediendo, paso a paso, vacilante. No por aquel reluciente chorro, aquella mancha de alquitrán, ni siquiera por la forma en que estaba, relajado y lánguido, como si se hubiesen divertido tanto que estuviese exhausto, y no fuese capaz de enderezarse sobre la espalda y mirarla. Fueron sus ojos los que la acuchillaron de miedo, una y otra vez, hasta que el pánico brotó en ella como a través de un colador. El modo en que parecían estar fijos en ella, el modo en que parecían seguirla en su retirada, paso a paso. Se apartó un poco hacia un lado, pero siguieron fijos. Se movió hacia el otro lado, y aún seguían fijos en ella. Despreciativos, arrogantes, burlones, hasta el fin; sin jamás un destello de ternura. En la muerte seguía considerándola lo mismo que la había considerado en vida.

Le parecía oír aquellas espaciadas palabras adecuadas a la mirada: «¿Dónde crees que vas a ir ahora? ¿A qué tanta prisa? ¡Oye, ven aquí!»

Su cerebro respondió a gritos:

«¡Lejos de aquí…! ¡Fuera de aquí…! ¡Antes de que alguien me vea…!»

DIO

MEDIA VUELTAy salió corriendo por la entrada, a través de la habitación exterior, batiendo los brazos, como si fuera un molino que girase en dirección contraria, que tratara de hacerla volver a él.

Llegó hasta la puerta y dio contra ella. Pero, después del primer impacto, cuando su cuerpo se quedó pegado a ella, en vez de quedar inmóvil, siguió dando sacudidas, y más sacudidas, como si docenas de ella se arrojaran contra la puerta en sucesión incesante.

La madera no debía golpear así, la madera no debía sacudir así… Sus manos se precipitaron a los oídos y los taparon. Enloquecía.

Los golpes no se espaciaban y hacían pausas. Eran agresivos, exigentes, continuos. Ya eran golpes enfurecidos, y la furia aumentaba a cada instante. Cubrieron, a sus propios oídos, el segundo grito de angustia. Grito que llevaba en sí un miedo aun más real que el primero, lanzado ahora mismo en la otra habitación. Miedo, no de lo sobrenatural ahora, sino de lo personal; un miedo más inmediato, un miedo más fuerte. Miedo mortal, miedo atrapado como ella jamás se había imaginado. El miedo de perder lo que uno ama. El miedo más grande que existe.

Pues la voz que acribillaba la puerta, que la atravesaba, atenuaba pero inexorable en su exigente impaciencia, era de Bill.

Su corazón lo supo antes de que el sonido le llegara, y luego lo supieron sus oídos, y después se lo dijeron sus palabras.

—¡Patrice! Abre. Abre esta puerta. ¡Patrice! ¿Me oyes? Sabía que te iba a encontrar aquí. ¡Ábreme y déjame entrar, o derribo la puerta!

Un momento demasiado tarde pensó en la cerradura, porque en el mismo momento a él se le ocurrió lo mismo: que durante todo el tiempo había estado sin llave, tal como ella la había encontrado al entrar. Con un grito de desesperación, se aplastó contra ella, pero demasiado tarde, justo en el instante que el picaporte giraba y la juntura empezaba a ensancharse.

—¡No! —ordenó ella jadeante—. ¡No! —trató de mantenerla cerrada cargando todo el peso de su palpitante cuerpo.

Casi sentía el aire de la agitada respiración de él contra su rostro.

—¡Patrice, tienes que-dejarme-entrar!

Y entre cada palabra ella perdía terreno, sus tacones trataban en vano de afianzarse contra la superficie del piso.

Él ya la veía, y ella lo veía a él, a través del fluctuante resquicio que sus opuestas fuerzas habían logrado, ora abriéndose, ora cerrándose, y luego ensanchándose más que antes. Los ojos de él, tan próximos, eran una terrible acusación, mucho peor que la del muerto de la alcoba. ¡No me miren así, no me miren! —les imploraba mentalmente con desesperación—. ¡Oh, apártense, no los puedo soportar!

CEDÍA, CONSTANTE E IRREMISIBLEMENTE, pero siguió tratando de cerrarle el paso, hasta el último momento, aun después de tocarla él en el hombro con una mano, echándose insensatamente con todo su cuerpo contra él, aplastando sus manos contra la puerta hasta parecer sin sangre.

Él dio un último empujón para poner fin a aquella desigual lucha y fue barrida por la trayectoria circular de la puerta, como una hoja seca o un trapo. Y ya estaba dentro, a su lado, su pecho agitado por la fuerte respiración.

—¡No, Bill, no! —seguía suplicándole mecánicamente, aun después de haber perdido la causa de su súplica—. No entres. No entres si me quieres. Quédate afuera.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo él sucintamente—. ¿A qué has venido?

—Quiero que tú me ames —fue lo único que ella pudo balbucir, como una niña aturdida—. No entres. Quiero que tú me ames.

La tomó de los hombros súbitamente, y la sacudió con fuerza un momento.

—Te vi. ¿Qué viniste a hacer aquí? ¿A qué viniste a esta hora? —luego la soltó—. ¿Qué es esto? —recogió el revólver, del que ella se había olvidado completamente en su agitación. Debió habérsele caído, o debió haberlo arrojado al suelo, al salir del cuarto interior —. ¿Lo trajiste tú? —se acercó nuevamente a ella—. ¡Patrice, contéstame! —dijo con una inexorable ferocidad que ella desconocía—. ¿A qué has venido aquí?

La voz de ella retrocedía y se le agolpaba en la garganta, como si no pudiese salir. Por último se derramó.

—A-a-a matarlo —se desplomó contra él, y él tuvo que rodearla con sus brazos, firmemente, para que no se cayera.

Las manos de la muchacha trataron de trepar por las solapas y la pechera de la camisa en dirección a la cara, como blancas pedigüeñas serpenteantes implorando una limosna.

Un manotazo de él bastó para bajarlas.

—Alguien… lo hizo. Alguien… lo hizo ya. Ahí dentro. Está muerto —se estremeció y ocultó su rostro contra él. Hay un punto más allá del cual uno ya no puede estar solo. Uno tiene que contar con alguien en quien apoyarse, aunque no tarde en repudiarnos y nosotros sepamos que eso es lo que va a ocurrir.

De pronto el brazo se desasió y él la dejó sola. Era terrible estar así, aunque no fuera más que un minuto. Se preguntaba cómo pudo haberlo soportado durante todos aquellos meses, todos aquellos años.

La vida era una cosa tan loca, la vida era tan caprichosa. Un hombre había muerto. Un amor se había deshecho totalmente. Pero en un plato, un cigarrillo seguía lanzando humo y un cubo de hielo asomaba aún sin derretir en un vaso de *high-ball*. Las cosas que uno desea que duren, no duran; las cosas que a uno no le importan, permanecen eternamente.

ENTONCES REAPARECIÓ ÉL DESDE el otro cuarto, se quedó mirándola desde la entrada. La miraba de un modo tan curioso. Un rato demasiado largo, un poco demasiado silencioso… ella no sabía con certeza qué era lo que le desagradaba, pero no le gustaba que él la mirase de ese modo. No le importaba que otros lo hiciesen. Él no.

Levantó el revólver, que aun tenía en la mano, y lo acercó a la nariz.

—No. No. Yo no fui. ¡Oh, por favor, créeme!…

—Acaba de ser disparado —dijo él en voz baja.

Había ahora una expresión de pesar en sus ojos, como si quisiera preguntarle: «¿Por qué no quieres decírmelo? ¿Por qué no aligeras

tu conciencia confesándomelo, de modo que yo sepa?» No lo dijo, pero sus ojos parecían decirlo.

—No. Yo no fui. Disparé contra él, pero yo no fui.

—Bien —dijo él sin alterarse, con sólo esa señal de cansancio con que se demuestra que uno no cree una cosa, pero trata de comprender para proteger a otro.

Súbitamente se lo guardó en el bolsillo lateral de la chaqueta, como si no le importara ya, como si se tratara de un detalle terminado, como si hubiera cosas mucho más importantes que atender. Se abotonó la chaqueta con determinación, y volvió hasta ella dando unos largos pasos; sus movimientos tenían ahora una suave intensidad de que antes habían carecido.

Un ímpetu, un propósito.

La rodeó, nuevamente, con un brazo protector. (El refugio que toda la vida ella había estado tratando de encontrar. Y sólo ahora, cuando ya era demasiado tarde, lo tenía.) Pero esta vez empujándola apresuradamente hacia la puerta, no ya sosteniéndola.

—Sal de aquí, pronto —le ordenó ásperamente—. Baja hasta la calle corriendo cuanto puedas.

Tiraba de ella, la hacía correr con él, dentro de la curva de su brazo protector.

—Vamos. No tienen que encontrarte aquí. ¡Debiste haberte vuelto loca para venir aquí de ese modo!

—Estaba loca —gimió ella—. Estoy loca.

Ahora forcejeaba con él, trataba de apartarse de la puerta. De pronto se desprendió de su brazo, y retrocedió, mirándolo de frente. Cada vez que él trataba de asirla, ella lo rechazaba con sus manos.

—No, espera. Hay algo que tienes que oír primero. Algo que tienes que saber. Traté de mantenerte fuera de esto, pero ahora estás aquí conmigo. He llegado hasta aquí; pero no seguiré un paso más —y luego agregó—: Como antes…

En su exasperación, él la aferró y la sacudió violentamente. Como si quisiera infundirle un poco de juicio.

—¡No ahora! ¿No te das cuenta? Hay un hombre muerto en el otro cuarto. ¿No piensas lo que significaría que te encontrasen aquí? En cualquier momento puede venir alguien a meter las narices…

—¡Oh, tonto! —le gritó con acento lastimero—. Tú eres el que no comprende.

El mal ya está hecho. ¿No te das cuenta? ¡Alguien me encontró aquí! —y musitó inaudiblemente—: Fue el único que me interesa. ¿A qué huir ahora y ocultarme?

—se restregó, agotada, los ojos con el dorso de la mano—. Que vengan. Puedes traerlos.

—Si no quieres pensar en ti misma —la apremió ferozmente—, piensa en Mamá.

Creí que la querías, creí que ella significaba algo para ti. ¿No te das cuenta de lo que una cosa así le ocasionaría? ¿Qué te propones, matarla?

—Alguien apeló antes al mismo razonamiento —dijo ella vagamente—. No recuerdo quién, ni dónde.

Bill abrió la puerta con precaución y miró afuera. La entornó nuevamente, volvió hasta ella.

—No hay señales de gente. No me explico cómo no se ha oído el disparo. Es posible que las habitaciones de al lado estén desocupadas.

Ella no se movía.

—No, éste es el momento, y éste es el lugar. Esperé ya demasiado para decírtelo. No voy a dar un paso más, no cruzaré ese umbral…

Él apretó las mandíbulas.

—¡Te sacaré de aquí, en brazos, si es necesario! ¿Me vas a hacer caso? ¿Quieres recobrar el juicio?

—Bill, yo no merezco tu protección.

Yo no…

Su mano se pegó por sí sola a la boca de ella, se la selló. Él la levantó en vilo, la sostuvo acunada en sus brazos. Los ojos de ella se alzaron hacia él en muda impotencia, por encima de su punitiva mano.

Luego se cerraron. No forcejeó más con él.

ÉL CRUZÓ DE ESE MODO la puerta, la llevó por el corredor, y descendió por aquellas escaleras que ella había subido de forma tan distinta hacía un rato. Justo antes de trasponer la puerta de la calle la dejó de pie en el

suelo.

—Quédate aquí un minuto, mientras echo un vistazo afuera — por la pasividad de ella ahora, él se daba cuenta de que la obstinación había terminado.

—Nadie afuera. Dejaste el coche en la esquina, ¿no? —ella no tuvo tiempo para pensar cómo lo sabía él—. Vamos, acércate bien a mí, te llevaré allá.

Ella tomó su brazo dentro de una doble vuelta de los suyos, y unida de ese modo a él, salieron sin inconvenientes y apuraron el paso pegados a la fachada del edificio por donde la oscuridad era más profunda.

Pareció una distancia enorme. Nadie los vio; más aún, nadie había que pudiese verlos. Un gato se escurrió fuera por el tragaluz de un sótano, delante de ellos. Ella se apretó contra el hombre un momento, pero sin emitir un sonido. Después del breve retroceso, siguieron adelante.

Dieron vuelta a la esquina, y allí estaba el coche, a poca distancia.

Cortaron en rápida diagonal, y Bill le abrió la portezuela y la ayudó a subir tomándola del brazo. Luego la portezuela se cerró súbitamente, entre ambos, y él se quedó afuera.

—Aquí están las llaves. Ahora llévalo a casa y…

—No —musitó con furia—. ¡No! ¡No sin ti! ¿Adonde vas? ¿Qué vas a hacer?

—¿No te das cuenta? Trato de que tú quedes fuera del asunto. Vuelvo allá. Tengo que ir para asegurarme de que no hay nada que pueda comprometerte. Tienes que ayudarme. ¿Patrice, qué pretendía de ti ese hombre? No quiero saber por qué, no nos queda tiempo para eso ahora, sólo quiero saber qué.

—Dinero —dijo ella lacónicamente.

Vio la mano de Bill apretarse sobre el borde de la portezuela, hasta parecer que trataba de incrustarse en ella.

—¿Cómo se lo diste, efectivo o cheque?

—Un cheque —dijo ella con temor—. Sólo una vez, hará un mes.

Él hablaba ahora con voz más tensa.

—¿Lo destruiste cuando te fue devuelto, por él…?

—No me lo devolvieron. Él se lo guardó expresamente. Debe tenerlo aún en algún lado.

Se dio cuenta, por la forma en que él se irguió y aspiró lentamente, que estaba más asustado por aquello que por nada de lo que hubiera dicho hasta entonces.

—Dios mío —dijo él con voz ansiosa—. Tengo que recuperarlo, aunque me tome toda la noche —volvió a bajar la cabeza, la inclinó hacia ella—. ¿Qué más? ¿Alguna carta?

—Ninguna. En mi vida le he escrito una línea. Allí hay tirado un billete de cinco dólares, pero yo no lo quiero.

—De todos modos es mejor que lo recoja. ¿Nada más? ¿Estás segura? Piensa, Patrice. Piénsalo bien.

—Espera; aquella noche del baile… pareció anotar mi número de teléfono. El nuevo. Lo anotó en una libretita negra que llevaba consigo —vaciló—. Y otra cosa…

—¿Qué? No temas; dímelo. ¿Qué?

—Bill… me obligó a que me casara con él esta noche. En Hastings.

Esta vez levantó la mano; luego la dejó caer como una maza sobre el borde de la portezuela.

—Me alegro de que esté… —dijo con pesar. No terminó la frase —. ¿Firmaste con tu propio nombre?

—El de la familia. Tuve que hacerlo. Ese era todo su propósito. El juez de paz va a enviarle por correo el certificado, a esta dirección, dentro de unos días.

—Entonces tengo aún suficiente tiempo para encargarme de esa parte. Puedo ir allá mañana en el auto y anularlo. El dinero obra milagros.

De pronto pareció haber decidido lo que debía hacer.

—Vete a casa, Patrice —le ordenó—. Vuélvete a casa, Patrice.

Ella se prendió atemorizada de su brazo.

—No… ¿Qué vas a hacer?

—Voy allá otra vez. Es necesario.

—¡No! ¡Bill, no! Puede aparecer alguien. Te van a encontrar allí. Bill —suplicó—, hazlo por mí… no vuelvas allá.

—¿Pero, no comprendes, Patrice? Tu nombre no tiene que aparecer en esto. Allá arriba hay un hombre muerto. Nada deben encontrar que pueda relacionarte con él. Tú no lo has conocido, no lo has visto. Yo tengo que recuperar esas cosas… el cheque, la libreta de direcciones. Tengo que hacerlos desaparecer. Mejor aún,

si pudiera sacarlo a él de allí, dejarlo en alguna parte, lejos de aquí, no sería identificado tan fácilmente. Y hasta puede que no lo identificaran nunca. No es de este lugar, es posible que nadie se interese por su repentina desaparición. Vino y se fue nuevamente: un ave de paso. Si lo encuentran en la habitación, en el acto se sabrá quién es, y saldrán a relucir un montón de cosas.

Ella lo vio echar una ojeada calculadora a lo largo del coche, como si considerara su posibilidad como ataúd.

—Yo te ayudaré, Bill —dijo ella con súbita decisión—. Y luego, al mirarla él indeciso—. Déjame, Bill. Déjame. Es una forma de… pagar aunque en mínima parte por haber causado todo esto.

—Perfectamente —dijo él—. De todos modos no podría hacerlo sin el coche. Lo necesito —se sentó a su lado—. Déjame el volante un minuto. Te voy a mostrar lo que quiero hacer.

HIZO AVANZAR AL COCHE unos metros más, lo detuvo nuevamente. Ahora estaba de modo que sólo el capó sobresalía de la línea de edificación de la esquina, y el resto quedaba oculto. El asiento del conductor estaba exactamente en línea con la fachada de las tiendas de la esquina.

—Mira hacia allá, desde el asiento —le indicó él—. ¿Puedes ver desde aquí aquella puerta?

—No. La puerta no, pero veo el sitio, sin embargo.

—Eso es lo que te quiero decir. Me pararé allí, encenderé un cigarrillo. Cuando me veas hacerlo, da vuelta a la esquina y acércate con el coche. Pero mientras tanto, quédate aquí oculta. Si ves alguna cosa, si ves algo raro, te quedas donde estás. Aléjate sin dar vuelta a la esquina. Vete derecho a casa.

—No —pensó ella obstinada—, no haré eso. No huiré dejándote a ti en este sitio. Pero no se lo dijo.

Él salió nuevamente del coche, estaba de pie frente a ella mirando en todas direcciones, sin casi mover la cabeza, sin hacer movimientos, mirando de reojo, primero a un lado, después al otro.

—Bien —dijo finalmente—. Ahora es el momento. Creo que ahora puedo ir.

Le palmeó el dorso de la mano consoladoramente.

—No temas, Patrice. Quizá tengamos suerte. Somos tan novatos en estas cosas…

—Quizá tengamos suerte —dijo ella, con miedo mortal.

Lo vio doblar la esquina y alejarse del coche.

Caminaba como de costumbre, por lo menos eso tenía en su favor. No corría ni se agachaba. Ella se preguntaba por qué tenía eso que importarle, en un momento como aquel. Pero eso mismo hacía que lo que él, lo que ambos, iban a intentar pareciese en cierto modo menos horrible.

Bill dio media vuelta y desapareció dentro del edificio donde estaba el muerto.

41

PARECÍA COMO SI HICIESEuna eternidad que él había ido allá arriba. Jamás había pensad que el tiempo pudiera hacerse tan largo.

El gato volvió a aparecer, el mismo que la había asustado antes, y ella observó su lento, cauteloso andar en dirección al lugar del que ellos lo habían espantado. Lo vio mientras se encontraba aún en la calle, pero, al acercarse a la línea de edificación, la oscuridad se lo tragó.

Tú puedes matar una rata, descubrió ella que le decía mentalmente con envidia, y te elogian por ello. Y esa clase de ratas no hacen más que morder, no son chupadoras de sangre.

Algo brilló allá, y desapareció luego.

Era sorprendente con qué claridad pudo ver la llama de la cerilla. No había creído que pudiese verla. Era minúscula, pero vivida en extremo por un instante. Como una mariposa amarilla encendida clavada durante un segundo con sus alas extendidas en un aterciopelado telón negro, a la que luego se deja escapar.

En seguida apretó el arranque, dio vuelta a la esquina, y con extremo cuidado condujo el coche hasta donde él estaba. No se oyó más que el apagado ruido de los neumáticos.

Él se dio vuelta y entró nuevamente antes de que ella llegara. El cigarrillo que había usado para llamarla ya había sido arrojado.

Ella no sabía dónde quería… poner lo que estaba sacando de allí. Adelante o atrás. Extendió el brazo hacia atrás y abrió la puerta trasera de aquel lado, la dejó así, pronta y esperándole.

Después miró fijamente hacia adelante por el parabrisas, con una curiosa especie de rigidez, como si estuviese imposibilitada de

mover el cuello.

Oyó la puerta de la casa al abrirse, y no obstante no volvió la cabeza. Hizo fuerza, tironeó, pero estaba trabada por una especie de mortal terror, era incapaz de moverla en aquella dirección.

Oyó unos pasos lentos, pesados, sobre la arenosa acera… los de él… y al mismo tiempo un ruido más suave, una especie de raspado, como cuando se da vuelta a los zapatos, o simplemente cuando se camina con los lados, sin carga sobre ellos con todo el peso.

De pronto susurró urgente (a ella le pareció que había sido casi a su oído):

—La puerta delantera. La de adelante.

Ella no podía hacer girar la cabeza. Pero por lo menos podía mover los brazos. Lo extendió sin mirar, dio vuelta a la manija y abrió. Podía oír su propia respiración al salir de la garganta, como el sonido que hace una tetera cuando hierve y está a punto de un catastrófico desborde.

Alguien se instaló en el asiento a su lado. En la misma forma que lo hubiera hecho cualquiera, con la misma presión sobre el tapizado. Él le tocó el costado, le dio ligeramente con el codo en varias partes.

La obstrucción muscular desapareció, y su cabeza giró.

Se quedó mirándolo a la cara. No la de Bill, no la de Bill. Los burlones ojos totalmente abiertos en la oscuridad. Su cabeza había tenido que inclinarse en dirección de ella, del mismo modo que la de ella hacia él —¡no podía haber permanecido inerte!— para completar la espantosa confrontación. Ni en la muerte podía él dejarla en paz.

Un grito ahogado se desvió en su tráquea.

—Vamos, basta —dijo la voz de Bill desde el otro lado—. Ve tú atrás. Déjame el volante. Quiero que él vaya a mi lado.

Su voz tenía un efecto tranquilizador.

—Fue sin querer —murmuró confusamente. Se apeó, subió de nuevo, apoyándose en el coche durante el corto trayecto entre ambos sitios. No supo cómo, pero lo hizo.

Él debió darse cuenta de lo que le pasaba, aunque no la miró.

—Te dije que te fueras a casa —le recordó suavemente.

—Estoy bien —dijo ella—. Estoy bien. Sigue —le salió débilmente, como el ruido de un disco gastado tocado con una

aguja de pluma.

La portezuela sonó al cerrarse, ya estaba en marcha.

AL PRINCIPIO BILL MANTUVO el coche a una marcha lenta, con una sola mano en el volante. Ella vio que con la otra bajaba el ala del sombrero sobre la cara que tenía al lado.

Consciente de su presencia detrás de él, tuvo tiempo para decirle una palabra animosa, pero sin volverse para mirarla.

—¿Me oyes?

—Sí.

—Trata de no tener miedo. Trata de no pensar en eso. Hasta ahora nos ha acompañado la suerte. El cheque y la libreta de apuntes los tenía encima. Lo logramos o no lo logramos. Eso es lo que tienes que pensar. Es lo único. Así tú me prestas tu ayuda a mí también. Si te pones demasiado tensa, yo también, ¿me entiendes? Tú influye en mí.

—Estoy bien —dijo ella con el mismo balido mecánico de antes —. No voy a gritar. Me contendré. Sigue.

Después de esto no hablaron. ¿Cómo iban a hacerlo, en un paseo como aquél?

Ella se mantuvo con los ojos fijos en otro lado. Se apartó cuanto le fue posible mirando hacia un lado; y cuando ya no podía más descansaba levantando por un momento los ojos hacia la capota. O los bajaba al piso directamente delante de ella. A cualquier parte menos frente a ella, hacia donde las dos cabezas (ella lo sabía) debían moverse ligeramente en sincronización con la misma vibración.

Trató de hacer lo que le había indicado. Intentó no pensar en el asunto. «Ahora regresamos a casa de un baile», se decía a sí misma. «Me trae a casa de regreso del Country Club, nada más. Llevo puesto mi casquete negro con lentejuelas de oro. Tuvimos unas palabras, por eso yo… voy sentada atrás, y él va conduciendo solo.»

Tenía la frente un poco fría y húmeda. Se la enjugó.

«Venimos del cinematógrafo», se dijo. «Hemos visto… hemos visto… hemos visto…» Otra obstrucción, esta vez en su

imaginación; no quería salir. «Hemos visto… hemos visto… hemos visto…»

Le preguntó, súbitamente, en voz alta:

—¿Cómo se llama la película que acabamos de ver?

—Bien —repuso él en seguida—. Eso es. Una buena idea. Te diré un título.

Sigue pensando en la misma cosa —tardó un momento en conseguirlo. ¿Quién la besará ahora?, por Mark Stevens —dijo de pronto. Ambos la habían visto, juntos, cuando el sol resplandecía hacía ya mil años (el jueves pasado)—. Empieza por el principio, y síguela hasta el final .Si te pierdes yo te ayudaré.

Ella respiraba con dificultad y su frente seguía humedeciéndose constantemente. «Él componía canciones», se dijo a sí misma, «y llevó a su hermana adoptiva a un… a un teatro de variedades, y oyó que desde el escenario cantaban una de sus composiciones…»

El coche giró, y las dos cabezas del asiento delantero se inclinaron al mismo tiempo, una de ellas casi se apoyó en el hombro de su compañero. Alguien los separó.

Se apresuró a cerrar los ojos. «¿Cuándo… cuándo cantaron aquella canción?», balbuceó. «¿No fue el número de apertura, que ellos oyeron desde el corredor?»

Se habían detenido por una indicación del tránsito, y a su lado, rueda con rueda, se había parado un taxi. «No, aquel fue…» Él miró al taxi. «Aquel fue…» Él volvió a mirar al taxi, del vago modo que uno mira afuera algún objeto cuando tratamos de recordar algo que nada tiene que ver con él. «Aquel fue Hola, nena. El número de *cakewalk*, ¿no te acuerdas? La canción del título no fue cantada hasta el final. Él no daba con la letra, ¿no te acuerdas?»

El semáforo cambió. El taxi ya se había adelantado, más apremiado por reanudar la marcha. Ella se apretó el dorso de la mano contra la boca, le hincó los dientes.

«No puedo», suspiró para sí. «No puedo.» Quería gritar: «¡Oh, ábreme la puerta! ¡Déjame bajar! ¡No tengo valor! ¡Creí que podría, pero no puedo…! ¡No importa, lo que quiero es bajar, ahora, aquí mismo!»

Pánico, a esto le llaman pánico.

Enterró aún más los dientes en su propia piel, y la frenética efusión se calmó.

ÉL CORRÍA AHORA CON UN POCO más de velocidad. Pero no demasiada, para no despertar sospechas o atraer la atención de algún ojo vigilante. Estaban ahora por las afueras, corrían a lo largo de la barrera que garantizaba el derecho de paso del ferrocarril, a un nivel más bajo. Por allí se podía imprimir más velocidad.

Ella tardó algunos momentos en darse cuenta de que el peligro más grande había pasado. Que ahora se hallaban fuera de Caulfield, libres de la ciudad; o por lo menos libres de su centro de población. Nada les había ocurrido. Ningún policía se les había acercado, para detenerles por alguna infracción, para echar una mirada dentro del coche. Todas esas cosas que ella tanto había temido, no se habían materializado. Había sido un viaje absolutamente sin incidentes. Ambos podían haber viajado solos en el coche, para el riesgo que habían corrido… exteriormente. Porque interiormente…

Se sintió toda encogida dentro de sí, y vieja; como si tuviera arrugado permanentemente el corazón.

—Él no fue el único que murió esta noche —pensó ella—. Yo también he muerto, en alguna parte del camino, en este coche. De modo que de nada sirvió. Todo ha sido para nada. Mejor hubiera sido haberme quedado allá, viva aún, y cargar con la culpa y el castigo.

Ahora estaban en pleno campo. La última fábrica de cartón, a una cívica distancia de los límites de la ciudad, la última chimenea apagada de una fábrica de cerveza, hasta eso había quedado atrás hacía tiempo. El terraplén por el que corría la barrera había empezado a ascender muy gradualmente, y por ilusorio contraste, el ancho tendido de vías ferroviarias parecía quedar aún más abajo. El limpio y bien construido paramento de cemento con que se había hecho la barrera allá atrás, cerca dé la ciudad, no llegaba tan lejos; aquí era sólo un talud natural, pendiente en extremo, pero cubierto de maleza y arbustos.

Él se detuvo de pronto, sin razón aparente. Hizo correr las dos ruedas por fuera del camino hacia el lado de las vías, y se detuvo allí mismo. Era todo el espacio que podía aprovechar, justo dos ruedas del coche; y hasta esa era una posición en extremo precaria. La vertiente del terraplén comenzaba al lado mismo del coche.

—¿Por qué aquí? —susurró ella.

Él indicó:

—Escucha. ¿Lo oyes? —era un ruido como de nueces que se rompen. Una vasta capa de nueces, que ruedan y se rompen y se descascarilla.

—Me gustaría sacarlo de la ciudad —dijo él.

Se bajó del coche, y descendió un trecho por la pendiente, hasta que ella sólo lo pudo ver de la cintura para arriba, y se quedó mirando abajo. Luego recogió algo del suelo —una piedra, tal vez, o algo— y ella vio que lo arrojaba. Entonces entornó un poco los ojos, y pareció escuchar.

Por último volvió arriba, poniendo los pies de lado para afianzarse.

—Es un tren de mercancías —dijo él—. Esta es la vía lateral, me refiero a la que está justo debajo de nosotros. Pude ver un farol en el techo de uno de los vagones cuando pasaban. Es terriblemente largo, creo que van vacíos, y corren muy despacio, casi a paso de tortuga. Arrojé una piedra y vi cuando dio contra el techo de uno de los vagones.

Ella lo había adivinado, y sintió un hormigueo en la piel.

El se inclinaba sobre la forma en el asiento delantero, le revisaba los bolsillos. Arrancó algo del forro del bolsillo interior de la chaqueta. Una marca o algo.

—Esos no siempre tienen paso libre como los rápidos de pasajeros. A lo mejor se ven obligados a parar por la barrera del cruce no lejos de aquí, ¿sabes cuál digo? La locomotora debe estar cerca de allí.

Ella aplacó su repulsión; se decidió una vez más, a pesar de que ésta iba a ser peor aún que allá, en la puerta de la casa.

—¿Tengo yo…? ¿Quieres que yo…? —y se dispuso a ayudarle a sacarlo.

—No —dijo él—, no. Quédate dentro y vigila el camino. La pendiente es tan pronunciada, que cuando se baja hasta cierto punto con… cualquier cosa… ésta sigue el resto del camino por sí misma. Abajo han cortado la maleza, es sólo cuestión de dejarlo caer.

Él abrió ahora todo lo que daba la puerta delantera.

—¿Cómo está el camino? —preguntó.

Ella miró primero hacia atrás, a todo lo largo. Después hacia adelante. La forma en que se empinaba más adelante hacía más fácil la visión.

—Nada —dijo ella—. No se ve ninguna luz por ninguna parte.

ÉL SE AGACHÓ, HIZO ALGO con su brazo, y dos cabezas y dos pares de hombros se irguieron juntos. Un minuto después el asiento delantero estaba vacío.

La joven se dio vuelta y miró en dirección al camino con todas sus ganas.

—Jamás seré capaz de volver a sentarme en el asiento delantero de este coche —pensó ella—. Les extrañará eso, pero siempre lo rechazaré, siempre pensaré en lo que esta noche hubo ahí.

Él tuvo que hacer un gran esfuerzo para bajarlo por la pendiente, tenía que hacer de sostén para los dos al mismo tiempo, y el peso era doble. Una vez los dos se agacharon momentáneamente, al dar un traspié, y el corazón de ella le dio un salto en el pecho, como si estuviera unido a él por una cuerda, un contrapeso.

Él recobró luego el equilibrio.

Y cuando pudo verle sólo de la cintura para arriba, él se inclinó, como si posara algo delante, y al erguirse nuevamente estaba solo, ella lo vio solo.

Luego se quedó allí, esperando.

Era una jugada, era jugarse el todo por el todo. Podía pasar de pronto el último vagón, el furgón de cola, y… no habría otro tren que se llevara su cargo. Abajo quedarían las vías férreas, simplemente, para revelar lo que había sobre ellas tan pronto amaneciese.

Pero él había acertado. El ruido de nueces que se parten se hizo más débil, comenzó a apagarse. Una especie de temblor de palos flojos, que empezó adelante de todo, recorrió la fila de vagones hasta el final. Luego se oyó otro. Después silencio.

Él se inclinó otra vez.

Las manos de ella se apresuraron a taparse los oídos, pero ya era

tarde. El ruido le llegó antes.

Fue un ruido hueco. Como cuando se deja caer una pesada saca. Con la diferencia de que la saca revienta con el choque. Esta no lo hizo.

Ella bajó la cabeza hasta su regazo, y mantuvo las manos apartadas contra los ojos.

Cuando los volvió a levantar él estaba ya allí a su lado, parecía un hombre con dominio de sí, pero que no está seguro de que muy pronto no va a descomponerse.

—Quedó encima —dijo él—. En ese pasadizo, o lo que sea, que corre por el centro de los techos. Pude verlo, incluso en la oscuridad, pero el sombrero no se quedó arriba. Se salió y cayó.

Ella quería gritar. «¡No! ¡No me lo digas! ¡Que yo no lo sepa! ¡Ya sé demasiado!» Pero no dijo nada. Y, de todos modos, en ese momento ya era demasiado tarde.

Él se introdujo nuevamente en el coche y tomó el volante, sin esperar que el tren reanudara la marcha.

—Va a seguir —dijo—. Tiene que seguir. Ya estaba en marcha. No se va a quedar ahí el resto de la noche.

Hizo retroceder el coche de nuevo hasta la orilla del camino, y luego dio vuelta describiendo una U, para regresar a Caulfield. Nada se veía, nada había pasado por allí. Ninguna otra noche habría parecido tan desierto este camino.

Dejó que los faros delanteros hendieran el camino delante de ellos.

—¿Quieres venir a sentarte conmigo delante? —le preguntó a ella suavemente.

—¡No —replicó con voz ahogada—. ¡No podría! Por lo menos en ese asiento.

Él pareció comprender.

—No quería que estuvieras sola —dijo compasivo.

—Sola estaré de ahora en adelante, de todos modos, donde quiere que me siente —musitó ella—. ¡Y tú también! Los dos estaremos solos, aunque vayamos juntos.

42

ELLA OYÓ LOS FRENOSy sintió que cesaba el movimiento del coche. Él salió y entró atrás para sentarse a su lado. Se quedaron así durante varios largos instantes. La joven con el rostro apoyado contra la pechera de la camisa de él, incrustado como si tratara de ocultarlo de la noche y de todo lo que había sucedido en ese tiempo. Él con una mano en la parte posterior de la cabeza de ella, sosteniéndola, apoyándola.

No se movieron ni hablaron al principio.

Ahora tengo que decírselo, pensaba ella con terror. Ahora es el momento. ¿Y cómo podré hacerlo?

Levantó finalmente la cabeza, y abrió los ojos. Él se había detenido a la vuelta de la esquina de su propia casa. (La de él. ¿Cómo podía ser de nuevo la de ella? ¿Cómo podía volver a entrar allí, después de lo que había sucedido esta noche?) Él se había detenido a la vuelta, fuera de la vista de la casa, no frente a la misma puerta. Le estaba proporcionando la oportunidad para que se lo dijera; debía ser por eso por lo que lo había hecho.

Extrajo un cigarrillo, lo encendió para ella, y se lo ofreció inquisitivo. Ella negó con la cabeza. Entonces él lo arrojó fuera al lado del coche.

Su boca estaba tan cerca de la de ella que podía oler el aroma del tabaco fresco en su aliento. Jamás volvería a estar tan cerca, pensó ella, jamás; no después de que le haya dicho lo que tengo que decirle.

—Bill —musitó.

Fue demasiado débil, demasiado implorante. Una voz tan

delicada jamás le ayudaría. Y tenía unas palabras tan duras que decir…

—¿Qué, Patrice? —respondió él sereno.

—No me llames así —ella se volvió hacia él con desesperado apremio, esforzándose para que su voz le respondiera—. Bill, hay algo que tienes que saber. No sé por dónde empezar, no sé cómo… ¡Pero, tú tienes que escuchar, tú nunca has querido escucharme!

—Schss, Patrice —dijo él calmándola—. Schss, Patrice —como si ella fuera una niña enojada. Y le pasó suavemente la mano por el cabello; hacia abajo, y otra vez, y otra vez más.

Ella gimió, casi como si le doliera algo.

—No… no… no… no…

—Ya sé —dijo él casi ausente—. Yo sé lo que estás tratando de decirme con tanto empeño, tan angustiosamente. Que tú no eres Patrice. Que tú no eres la esposa de Hugh. ¿No es eso?

Ella buscó los ojos de él, pero Bill miraba a la distancia, a través del parabrisas lejos del coche. Había algo casi abstracto en su mirada.

—Ya sé eso. Siempre lo supe. Creo que lo sé desde las primeras semanas de tu llegada.

Su mejilla se apoyó suavemente en la cabeza de ella, y se quedó así, en una especie de implícita caricia.

—De modo que no tienes que angustiarte tanto, Patrice. No te tortures por eso. Nada hay que decir.

Ella dejó escapar un suspiro exhausto. Tembló un poco con su propio fracaso.

—Hasta la última oportunidad que quedaba para redimirme me has quitado —murmuró desesperanzada—. Hasta eso.

—Tú no tienes que redimirte, Patrice.

—Cada vez que me llamas así es una mentira. Yo no puedo volver a esa casa contigo. No puedo volver a entrar jamás en ella. Ahora es demasiado tarde, dos años demasiado tarde, dos años; pero por lo menos déjame decírtelo. ¡Oh, Dios, déjame que lo confiese! Patrice Hazzard murió en el tren, al mismo tiempo que tu hermano. Yo fui abandonada por un hombre que se llamaba…

De nuevo puso él su mano en la boca de ella, como lo había hecho en el cuarto de Georgesson. Pero ahora más suavemente.

—No quiero saber —le dijo—. No quiero oír. ¿No comprendes,

Patrice? —luego apartó su mano, pero ella callaba ahora, pues era así cómo él quería que estuviera. Y esa era la manera más cómoda —. ¿No quieres comprender lo que yo siento?

Durante un instante él miró a un lado y a otro, como con desamparo, buscando un medio de convencerla. Un medio que no tenía a mano. Y luego otra vez a ella, para intentarlo de nuevo; le hablaba despacio y con el corazón.

—¿Qué importa que haya habido otra Patrice, otra Patrice que tú, una muchacha que yo nunca conocí en otro lugar y en otro tiempo? Vamos a suponer que hubiera dos. Hay mil Marys, mil Janes; pero cada hombre que ama a Mary, ama sólo a su Mary, y para él no hay otra sobre la tierra. Y lo mismo conmigo. Una muchacha llamada Patrice apareció un día en mi vida. Y ésa es para mí la única Patrice en el mundo. Yo no amo al nombre, amo a la muchacha. ¿De qué clase crees que es mi amor? ¿Que si ella recibió el nombre de un sacerdote, se queda; pero si se lo puso ella misma, se va?

—Pero ella lo robó, se lo quitó a una persona muerta. Y fue abrazada antes por otro, y luego se introdujo en tu casa con un niño…

—No, no lo hizo; no —él le contradijo con suave obstinación—. Sigues aún sin comprender; aún no quieres comprender. Ella no pudo haberlo hecho, porque no era, hasta que yo la conocí. Ella comenzó sólo entonces, ella parte desde entonces. Sólo surgió a la vida, en la forma que la vieron mis ojos, cuando mi amor comenzó a despertar. Antes de ese momento no había ninguna. Mi amor la creó, y cuando mi amor se vaya, ella se irá con él. Así tiene que ser, porque ella es mi amor. Antes había un vacío. Un espacio libre. Así es todo amor. No puede remontarse a una época anterior a sí mismo.

»Y tú eres a quien yo amo. Tú, la que yo me creé para mí mismo. Tú, la que ahora mismo, en este coche, sujeto en mis brazos, a la que beso como ahora lo hago… ahora… así.

»No un nombre en una partida de nacimiento. No un nombre en un acta matrimonial extendida en París. No un montón de huesos recogidos en un vagón de ferrocarril y sepultados en alguna parte al lado de la vía.

»El nombre de mi amor para mí es Patrice. Mi amor no conoce

ningún otro nombre, mi amor no quiere ningún otro.»

La atrajo más hacia sí, esta vez con tal nerviosa violencia que ella se quedó casi aturdida. Y cuando los labios de él encontraron los suyos, entre cada protesta le decía:

—Tú eres Patrice. Serás siempre Patrice. No serás más que Patrice. Yo te doy ese nombre. Guárdamelo, eternamente.

SE QUEDARON ASÍ un largo rato; una hora, enteramente uno. Fundidos en uno por el amor; fundidos en uno por la sangre y la fuerza.

Luego ella murmuró:

—¿Tú sabías, y nunca…?

—No en seguida, no de pronto. La vida nunca es así. La cosa fue lenta, gradual. Creo que primero entré en sospechas a la semana o a la siguiente de haber llegado tú. No sé cuándo estuve seguro. Creo que aquel día que compré la estilográfica.

—Debiste haberme odiado aquel día.

—Yo no te odié aquel día. Me odié a mí mismo por haberme rebajado a hacer aquella jugarreta. ¡Y, sin embargo, no podía evitarlo, no hubiera podido, por mucho que me hubiese empeñado! ¿Y sabes lo que gané con eso? Sólo miedo. En vez de ser tú la atemorizada, era yo. Temía que te asustaras por eso, y que te perdiera. Sabía que yo no sería el que te pusiera jamás en peligro; tenía demasiado miedo de perderte. Mil veces estuve a punto de decirte: «Yo sé; lo sé todo», pero temía que te espantara y te perdiese. No era en ti sobre quien pesaba el secreto; era a mí a quien agobiaba.

—Pero al principio, ¿cómo fue que no dijiste nada al principio de todo? Seguramente no me lo perdonaste desde el comienzo mismo.

—No; no te lo perdoné. Mi primera reacción fue de resentimiento, enemistad; más o menos lo que tú imaginas. Sin embargo, yo no estaba seguro del todo. Además, había de por medio la vida de otras personas. Mamá, principalmente. No podía correr ningún riesgo con ella. Y menos después de perder a Hugh.

Eso lo habría matado. Y hasta sembrar la semilla de la sospecha,

habría sido igualmente funesto, habría arruinado su felicidad. Por otra parte, yo quería descubrir lo que te proponías. Pensé que si te daba suficiente cuerda… Bien, te di cuerda y más cuerda, y no había nada.

Tú eras sólo tú. Cada día resultaba más difícil estar vigilante contra ti. Cada día resultaba más fácil mirarte, y pensar en ti, y quererte. Luego aquella noche del testamento…

—A pesar de lo que sabías, tú les dejaste hacer y…

—No había en ello peligro realmente. Patrice Hazzard era el nombre inscrito. En caso de necesidad, sería fácil anularlo; o más bien limitarse a su aplicación literal, por así decirlo. Probar que tú y Patrice Hazzard no eran exactamente una y la misma y, por lo tanto, que tú no eras la persona en favor de quien se testaba. La ley no es como un enamorado; la ley da valor a los nombres. Yo sondeé a nuestro abogado sobre la cuestión, naturalmente sin hacerle saber lo que pensaba, y lo que él me dijo me aseguró aún más. Pero lo que el incidente supuso para mí de una vez por todas, fue demostrarme que no había propósito, no había motivo ulterior. Esto es, que no era el dinero lo que había en el fondo. Patrice, el terror y la aversión verdaderos que vi reflejados en tu rostro aquella noche, cuando llamé a tu puerta para hablarte del asunto, no habrían podido ser simulados ni por la mejor actriz que pise la escena. Tu rostro se tornó tan pálido como una sábana, tus ojos miraban en torno como si en aquel instante quisieras huir de la casa para salvar tu vida; te toqué la mano, y estaba como el hielo. Hay una línea divisoria entre lo que se representa y lo que se siente.

»Y eso me dio la respuesta. Desde esa noche supe lo que en realidad deseabas, lo que te había inducido a hacerlo: protección, seguridad. Aparecía en tu rostro cien veces al día, ahora que yo tenía la clave. Lo vi reflejado en él muchas veces. Cada vez que mirabas al niño. Cada vez que decías: “Voy arriba a mi habitación”. En el modo en que decías “mi habitación”. Lo vi en tus ojos hasta cuando sólo mirabas las cortinas de la ventana, las arreglabas, las acariciabas. Casi podía oírte decir: “Son mías, yo soy de aquí”. Y cada vez que lo notaba, producía su efecto en mí. Te amaba un poco más que antes. Y yo deseaba que fuera tuyo legítimamente, permanentemente, sin que nadie o nada tuviese el poder de arrebatártelo…»

Bajó la voz un poco más aún, hasta el punto que ella apenas le oía.

—A mi lado. Como esposa mía. Y lo deseo aún. Esta noche más que nunca, cien veces más que antes. ¿Quieres darme tu respuesta ahora? ¿Vas a decirme que consientes?

El rostro de él pareció borroso a los ojos de ella vueltos hacia arriba.

—Llévame a casa, Bill —dijo vencida, feliz—. Lleva a Patrice contigo a tu casa, Bill.

43

POR UN MOMENTO, AL FRENAR el coche y dirigir la mirada hacia allí, sus agotados sentidos recibieron la aterradora impresión de que estaba incendiada, de que todo su interior era presa de las llamas. Pero al retroceder hasta él, vio que el resplandor de la luz que salía de adentro, como un brasero encendido contra los primeros albores del día, era una brillantez fija, no se estremecía. Salía por todas las ventanas, arriba y abajo, y se esparcía en gradaciones de intensidad por el césped, y llegaba hasta el camino de la entrada más lejos aún. Pero era la estática brillantez de habitaciones iluminadas. Habitaciones iluminadas en un caso de emergencia.

Él le tocó con el codo y señaló a la matrícula trasera del coche que ya estaba allí, al que acababan de acercarse. Apareció la ominosa «MD»[3], iluminada, amenazadora, pendiendo, quedó dentro del haz circular de sus propios faros delanteros. Destacaba como la calavera y las tibias en cruz del rótulo de un frasco, e inspiraba el mismo miedo.

—El doctor Parker —se reflejó en el cerebro de ella.

Él abrió la portezuela de un tirón y saltó fuera, y ella tras él.

—Y nosotros allí atrás sentados y hablando durante todo el tiempo —le oyó exclamar a Bill.

Corrieron por el camino enlosado, ella pisándole los talones, rezagada por los pasos más largos el hombre. Él no tuvo tiempo de utilizar la llave. Cuando la había sacado y la tenía cerca de la cerradura, el agujero retrocedió y se puso fuera de su alcance y apareció Tía Josie, compungida en una floreada bata de baño, el rostro tan gris como su cabello.

No le preguntaron de quién se trataba; no era necesario.

—Desde las once y media —dijo elípticamente—. Desde media noche hasta ahora estoy a su lado.

Cerró la puerta tras de ellos.

—Si al menos hubieran telefoneado —dijo amonestadora—. Si hubieran dejado dicho dónde se les podía encontrar —y luego agregó, pero dirigiéndose a él más que a Patrice—: Al amanecer. Seguramente que la fiesta lo merecía. Debió haber sido una gran fiesta. De lo que sí estoy segura es que ha costado más que cualquier fiesta en que jamás hayan estado. O en la que puedan estar.

Patrice gritó para sus adentros, con un estremecimiento: ¡Cuánta razón tienes! ¡No fue, no, una gran fiesta… pero oh, a qué precio!

EL DOCTOR PARKERse les acercó en el hall de arriba. Lo acompañaba una enfermera. Habían creído que estaría allí dentro con ella.

—¿Duerme? —susurró Patrice, más atemorizada que tranquilizada por esto.

—Ty Winthrop está con ella a solas desde hace más de media hora. Ella lo exigió. Cuando una persona se siente sólo indispuesta, uno no le hace caso; pero cuando se trata de algo más serio, hay que hacérselo. He estado controlando su pulso y la respiración con intervalos de diez minutos.

—¿Tan grave? —susurró ella consternada. Advirtió la expresión del rostro de Bill, y tuvo aún tiempo de sentirse apenada por él mientras lo preguntaba.

—No hay peligro inmediato —respondió Parker—. Pero no se lo puedo garantizar más allá de unas horas —luego miró a ambos directamente a los ojos y agregó—: Esta vez es bastante grave. Es la peor de todas.

Es la última; Patrice tuvo la completa seguridad.

Se contrajo un momento, y se le escaparon unos sollozos dispersos, mientras el médico y Bill la condujeron hasta un sillón del hall, allí al lado de la habitación de la enferma, y la sentaron.

—Eso no— la amonestó el médico, con sólo una traza de

indiferencia, tal vez profesional, tal vez personal—. De nada vale, dada la situación.

—Es que estoy agotada —explicó ella borrosamente.

Pudo casi leer la respuesta que él tenía en el pensamiento: «Entonces debiste haber regresado a casa más temprano.»

La enfermera le pasó una vaharada de amoniaco por la nariz, le quitó el sombrero, le alisó el cabello suavemente.

—¿Está bien el niño? —preguntó poco después, más calmada.

Tía Josie fue la que le contestó:

—Yo sé cómo cuidarlo —dijo un tanto brusca. En ese momento Patrice no gozaba de favor.

Se abrió la puerta y salió Ty Winthrop. Al mismo tiempo se guardaba sus gafas.

—¿No regresaron aún…? —comenzó a decir. Luego los vio—. Quiere ver…

Ambos corrieron al mismo tiempo hacia la puerta.

—A ti no —le dijo a Bill, sujetándolo—. A Patrice sola. Quiere ver a Patrice, sin nadie más en la habitación. Lo repitió varias veces.

Parker le indicó que esperase.

—Déjame tomarle antes el pulso.

Ella contempló a Bill mientras ambos permanecían allí de pie esperando, para ver cómo lo hacía. Él sonrió tranquilamente.

—Comprendo —murmuró él—. Es su manera de verme a mí. Y una buena manera en efecto. Tal vez la mejor.

Parker había vuelto a salir.

—No más de un minuto o dos —dijo con desaprobación, mirando de reojo a Winthrop—. Luego tendremos que ponernos todos de acuerdo a fin de dejarla descansar un poco.

ELLA ENTRÓ. ALGUIEN cerró la puerta tras de sí.

—Patrice, querida —dijo una voz serena.

Ella se aproximó al lecho.

El rostro permanecía aún en la sombra a causa de la posición en que habían dejado la lámpara.

—Puedes levantarla un poco, querida. No estoy aún en el ataúd.

Sus ojos miraron a Patrice del mismo modo que aquel primer día en la estación del ferrocarril. Eran afectuosos. Sonreían en los costados. Lastimaban un poco, eran tan confiados…

—No me imaginaba… —se oyó a sí misma decir—. Nos alejamos más de lo que nos habíamos propuesto… Era una noche tan encantadora…

Dos manos se extendían débilmente para que ella las tomara.

Ella cayó súbitamente de rodillas y las cubrió de besos.

—Te adoro —confesó—. ¡Cuánto te quiero; oh, cuánto te quiero! Si tú me creyeses… Madre mía… Tú eres mi madre.

—No tienes que decírmelo, querida. Ya lo sabía. Yo también te quiero, y mi cariño ha estado siempre seguro del tuyo. Por eso eres mi hijita. Recuerda lo que te digo: tú eres mi hijita.

Y luego agregó, muy suavemente:

—Yo te perdono, querida. Yo perdono a mi hija.

Y le palmeó la mano a modo de consuelo.

—Cásate con Bill. Yo os doy mi bendición. Aquí… —con un débil gesto señaló en dirección a su propio hombro—. Debajo de la almohada. Le pedí a Ty que te dejara algo.

Patrice introdujo la mano, la retiró con un sobre alargado, sellado, sin inscripción alguna.

—Guárdalo —dijo Mamá Hazzard, tocando el borde—. No lo muestres a nadie. Es para ti sola. No lo abras hasta… que yo no esté aquí. Esto es por si lo necesitas. Cuando te halles en el apuro más grande, recuerda que te lo dejé… Entonces ábrelo.

Suspiró profundamente, como si el esfuerzo la hubiera agotado del todo.

—Bésame. Es tarde. Tan tarde… Lo siento en cada centímetro de mi viejo cuerpo. Tú no puedes ver lo tarde que es, Patrice, pero yo sí.

Patrice se inclinó sobre ella, la besó.

—Adiós, hija mía —musitó Mamá Hazzard.

—Hasta mañana —corrigió Patrice.

—Adiós —insistió ella suavemente. En su rostro había una leve sonrisa de orgullo, una sonrisa de conocimiento superior, como de uno que tiene la certeza de ser el mejor informado de los dos.

44

VIGILIA SOLITARIA AL LADO de la ventana, hasta mucho después de aclarar. Allí sentada, fija la mirada, esperando, desesperando, muriendo un poco. Viendo apagarse las estrellas, y el alba arrastrase lentamente hacia ella desde el este, como una fea palidez gris. Jamás había deseado tan poco ver el sol, pues por lo menos la oscuridad había ocultado sus penas como un manto, que la luz diluía a cada momento, hasta alcanzar el punto de disolución total, hasta desaparecer, hasta no quedar nada.

Inmóvil como una estatua en la ventana teñida de azul, la frente apoyada al cristal, con un blanco pliegue a través de la parte en contacto. Ojos fijos en nada, pues nada era todo lo único que había allá afuera.

Al fin encontré mi amor, pero para perderlo, para desecharlo. ¿Por qué habré sabido esta noche que le amo, por qué tenía que saberlo? ¿No podía evitárseme eso al menos?

El día no era sólo amargo ahora. El día era cenizas, esparcidas en torno de ella, frías, desmenuzadas y consumidas. Inútiles los rosa, los azules y los amarillos para colorearlo, como los colores para acuarelas aplicados ligeramente de alguna paleta celestial; inútiles. Estaba muerto. Y ella estaba sentada al lado de su féretro. Si existieran cosas como la penitencia, absolución, por los errores que, una vez cometidos, ya no pueden ser totalmente enmendados, sólo pueden ser lamentados, ella se la habría ganado en aquella larga vigilia. Pero quizá no haya nada.

Sus posibilidades eran la muerte y sus esperanzas eran también la muerte, y ella no podía hacer más.

Se dio vuelta y lentamente miró tras de sí. Su hijo estaba despierto, y le sonreía, y por una vez ella no tuvo sonrisa que devolverle. No podía sonreír, habría sido una cosa demasiado extraña para poner en su boca.

Dio vuelta a la cabeza, para no tener que mirarlo mucho tiempo. Porque, ¿de qué servía llorar? Llorar a una criatura. Las criaturas lloran a sus madres, pero las madres no deben llorar a sus niños.

Afuera, allá abajo, el hombre salió, arrastrando la manguera del jardín. Cuando la hubo extendido del todo, la dejó en el suelo, la volvió hasta el otro extremo, y dio vuelta a la llave. La hierba comenzó a brillar, en la parte en que la boquilla estaba inerte, aun antes de que volviera y la levantase. No se podía ver salir el agua, porque la boquilla estaba demasiado pegada al suelo, pero se observaba una especie de iridiscente ondulación de la hierba que indicaba que algo había en movimiento debajo de ella.

Luego él la vio a la ventana, y levantó el brazo en su dirección y la saludó, de la misma manera que el principio, aquel primer día. No porque se tratara de ella, sino porque su propio mundo se hallaba en completo orden, y era una hermosa mañana, y él quería saludar a alguien para demostrar cómo se sentía.

Ella apartó la mirada. No para eludir su amistoso saludo, sino porque habían tocado a su puerta. Alguien llamaba.

Se incorporó, rígida, avanzó hacia la puerta, y la abrió.

Un anciano, solitario, perdido, estaba allí de pie, sereno, modestamente. El padre de Bill allí de pie, muy agotado, muy consumido. Un extraño que la tomaba por hija.

—Acaba de expirar —musitó desamparado—. Tu madre acaba de fallecer, querida. No sabía a quién acudir, para decírselo… por eso llamé a tu puerta.

Parecía incapaz de hacer otra cosa que estarse allí, laxo, desconcertado.

Ella se quedó inmóvil también. Tampoco era capaz de hacer otra cosa. Esa era toda la ayuda que era capaz de ofrecerle.

Las hojas morían, como había muerto ella. La estación moría. La vieja vida moría, estaba muerta. Acababan de enterrarla allá atrás.

—¡Que extraño! —pensó Patrice—. Para poder seguir, antes que podamos ir a algo nuevo, tiene que haber muerte. Siempre, tiene que haber antes algo de muerte, de una u otra clase. Lo mismo que

ha sucedido conmigo.

45

LAS HOJAS MORÍAN brillantemente. La negra bruma de su velo mitigaba sus apopléticos espasmos de escarlata, naranja y ocre. Los atemperaba con un matiz más soportable en la encendida puesta de sol, mientras la fúnebre limousine avanzaba a una majestuosa velocidad a través del campo de regreso al hogar.

Ella iba sentada entre Bill y su padre.

—Soy la Mujer de la Casa ahora —pensó—. La única mujer de la casa. Por eso estoy aquí sentada entre ellos, en lugar prominente, y no en el lado de afuera.

Aunque ella no supiera cómo expresarlo, hasta a sí misma, sus instintos le decían que el lugar y la sociedad de que formaba parte eran fundamentalmente patriarcales, que la mujer era esencialmente el foco de cada hogar, la cabeza de cada pequeño grupo familiar individual. No abiertamente, ni agresivamente, no afuera; sino en el límite de las paredes, donde en realidad está el hogar. Ella había ascendido ahora a esta primacía. La débil adolescente que otrora estuviera fuera de una puerta clausurada.

Uno para casarse con él y ser su esposa. El otro para cuidarlo con filial devoción, aliviar su soledad y suavizar su declinar tanto como le fuera posible. En sus planes no había traición, ni engaño; todo eso pertenecía al pasado.

Por un lado, sostenía suavemente la mano de Papá Hazzard en la suya. Por el otro, su mano se curvaba airosa hacia arriba y en tomo del fornido brazo de Bill, para indicar: Tú eres mío. Y yo soy tuya.

La limousine se detuvo. Bill bajó y la tomó del brazo para ayudarle a descender. Luego ambos ayudaron al padre y, uno a un

lado y otro al otro, avanzaron lentamente por la terraza de losas hasta la puerta familiar.

Bill hizo sonar la aldaba, y la ayudanta de Tía Josie les abrió la puerta con toda la presteza del novicio. Tía Josie en persona, naturalmente, miembro titula de la familia, había asistido al funeral con ellos, y regresaba en la más chica de las dos limousine.

Ella cerró la puerta con respetuoso silencio, y ya estaban en casa.

Fue ella, Patrice, la que los vio primero. Estaban en la biblioteca.

Bill y su padre, adelante, apoyándose con el brazo en tomo de la cintura, pasaron por la entrada abstraídos. Ella se había rezagado un momento tras ellos, para dar alguna muda orden necesaria.

—Sí, Mrs. Hazzard —dijo dócilmente la ayudanta de Tía Josie.

Sí, Mrs. Hazzard. Era la primera vez que la oía. (Tía Josie siempre la llamaba «Miss Pat»), pero ahora la oiría toda la vida, como le correspondía. Su cerebro hizo que le diera vueltas en la lengua, para saborearlo. Sí, Mrs. Hazzard. Posición. Seguridad. Inexpugnabilidad. El fin de un viaje.

Luego avanzó y, al pasar la entrada, los vio.

ESTABAN ALLÍ SENTADOS de frente. Dos hombres. La misma manera de levantar la cabeza… no pedían disculpas, no eran lo bastante atentos, para un momento y un lugar y una visita como aquellos. Su expresión, al descubrirlos ella, no indicaba: «Cuando usted esté lista.» Su expresión indicaba: «Estamos listos para usted ahora. Venga.»

El miedo extendió un largo dedo y le tocó el corazón. Ella se había detenido.

—¿Quiénes son esos hombres? —susurró a la muchacha que le había franqueado la puerta—. ¿Qué hacen aquí?

—¡Oh, me había olvidado! Hace veinte minutos que llegaron, preguntaron por Mr. Hazzard. Les expliqué lo del funeral, y les sugerí que volviesen más tarde. Pero ellos dijeron que no, que esperarían. No pude convencerlos. Tuve que dejarles pasar.

Ella siguió hasta más allá de la entrada.

—No está en condiciones para recibir a nadie ahora. Tendrás

que ir ahí adentro y…

—¡Oh, no es a Mr. Hazzard padre! Es Mr. Hazzard hijo a quien buscan.

Entonces lo supo. El rostro de ellos ya se lo había dicho, la burlona sonrisa con que la evaluaron durante el fugaz instante que se detuvo en la entrada. La gente no le mira a uno de ese modo, al menos, el común de las personas. Agentes punitivos, sí. Los comisionados por la ley para buscar, identificar e interrogar.

El dedo se había convertido ahora en toda una helada mano, que retorcía y apretaba su corazón.

Detectives. Ya. Tan pronto, tan implacablemente, tan fatalmente pronto. Y hoy entre todos los días, este mismo día.

Los libros de texto tenían razón, los textos que decían que la Policía era infalible.

Dio media vuelta y ascendió apresuradamente la escalera para alcanzar a Bill y su padre, que ya estaban cerca del último escalón, en plena lenta y fatigosa ascensión.

Bill volvió la cabeza inquisitivo al oír sus rápidos pasos tras de ellos. Papá Hazzard no. ¿Qué era ya para él cualquier paso? El único que él habría deseado oír no volvería a oírlo jamás.

Ella hizo a Bill una pequeña señal detrás de su padre. Un breve movimiento del dedo para indicarle que aquello debía ser mantenido entre ella y él solamente. Luego dijo, tratando de mantener su voz casual:

—Bill, tan pronto lleves a papá a su habitación necesito hablarte un minuto. ¿Vendrás?

Él la encontró en su habitación en el acto de retirar de sus labios una copa de coñac vacía. La miró con curiosidad.

—¿Qué te ocurre, te resfriaste?

—Sí. Pero no allá. Aquí. Ahora mismo.

—Pareces temblorosa.

—Lo estoy. Cierra la puerta —y una vez que él lo hizo—. ¿Duerme?

—Lo hará dentro de unos minutos. Tía Josie le está haciendo beber un poco de sedante que le dejó el médico.

Ella se retorcía las manos, como si tratara de romper los huesos uno por uno.

—Están aquí, Bill. Por lo de la otra noche. Ya están aquí.

Él no tenía que preguntar, sabía lo que ella quería decir con «lo de la otra noche». Había sólo una otra noche para ellos, habría siempre sólo una, de ahora en adelante. A medida que las noches se multiplicaran, se convertiría en «aquella noche», quizá; sería la única alteración.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijeron ellos?

—No tienen que decírmelo. Yo lo sé —se asió de las solapas de su chaqueta como si tratara de arrancarlas—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No vamos a hacer nada —dijo él con intención—. Yo haré lo que sea necesario.

—¿Quién es?

Ella se estremeció, y se apretó más contra él. Sus dientes casi castañeaban con la tensión nerviosa.

—¿Quién es? —preguntó él a plena voz.

—Tía Josie —se oyó a través de la puerta.

—Suéltame —amonestó él en voz baja—. Sí, Tía Josie.

Esta asomó la cabeza y dijo:

—Esos dos hombres que están abajo, dicen que no pueden esperar más por Mr. Hazzard.

Por un momento una pequeña esperanza se abrió paso a través de su agobiado corazón.

—Dicen que si él no baja, subirán a buscarlo.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Se lo dijeron? —le preguntó a Tía Josie.

—Se lo pregunté dos veces, y las dos veces me dijeron lo mismo. «Mr. Hazzard.» ¿Qué contestación es ésa? Son atrevidos.

—Bueno —dijo él lacónicamente—. Ya nos lo contó.

La criada cerró la puerta de nuevo.

Él se quedó indeciso un instante, con la mano en torno de la nuca. Luego se irguió con disgusto, se cuadró de hombros, se estiró los puños de la camisa, y se volvió para dirigirse a la puerta.

—Bueno, terminemos con esto.

Ella corrió a reunírsele.

—Voy contigo.

—¡No lo harás! —le desasió la mano de su brazo, rechazándola bruscamente—. Vamos a ponemos de acuerdo sobre esto. Tú te quedas aquí arriba y permaneces fuera del asunto. ¿Me oyes? Pase

lo que pase, tú te quedas fuera del asunto.

Nunca le había hablado de aquel modo.

—¿Me quieres por esposo? —exigió.

—Sí —musitó ella—. Ya te lo dije.

—Entonces eso es una orden. Espero que la primera y la última que tenga que darte. Atención, no podemos dar dos versiones del asunto. Tenemos sólo una: la mía. Y se trata de algo de lo que tú no puedes saber nada. De modo que no puedes ayudarme, sólo perjudicarme.

Ella le tomó la mano y se la llevó a los labios, como para desearle buena suerte.

—¿Qué les vas a decir?

—La verdad —la mirada que él le dirigió era un tanto extraña—. ¿Qué esperabas que les fuera a decir? No tengo nada de qué mentir, en lo que respecta a mí solo.

Cerró la puerta y se fue.

46

AL ENCONTRAR ELLA QUE SUS MANOS, una sobre la otra, le servían de guía por el barandal, al contrario de los pies que iban rezagados, un paso más atrás, se dio cuenta de lo imposible que le habría sido cumplir la orden de Bill, permanecer enclaustrada allá arriba, sin saber, sin escuchar; cuán vano que él esperara eso de ella. No habría estado implicada como en realidad lo estaba, no sería mujer en modo alguno, si hubiera obedecido. Esto no era espiar; uno no espía algo que le atañe tanto como le atañía a ella. Uno tiene derecho a saber.

Mano sobre mano, barandal abajo, arrastrándose tras de ella el resto, el cuerpo agachado. Como un inválido que desciende penosamente una escalera.

A un cuarto de camino, el murmullo se convirtió en voces separadas. A mitad de camino, las voces se convirtieron en palabras. Ella no avanzó más.

Sus voces no eran altas. No se oían arrogancias ni enojadas contradicciones. Eran sólo hombres que hablaban tranquila, cortésmente entre sí. En cierto modo, eso le infundió más temor.

Ellos le repetían algo que él acababa de decir.

—Entonces usted conoce a alguien llamado Harry Cárter, Mr. Hazzard.

Ella no le oyó a él decir nada. Como si él considerase que una afirmación sobre el punto bastara.

—¿Tendría usted inconveniente en decirnos qué relaciones, qué conexión, hay entre usted y ese Cárter?

Él parecía, al contestar, un tanto irónico. Jamás le había oído usar aquel tono con ella, pero descubrió una nueva inflexión en su

voz, y la identificó como irónica.

—Vean, señores, ya lo saben. Deben saberlo, si no ¿por qué iban a venir aquí? Lo que ustedes quieren es que yo se lo repita, ¿no es eso?

—Lo que queremos es oírselo de sus propios labios, Mr. Hazzard.

—Bien. Es un detective privado. Yo mismo le contraté. Como ya saben ustedes. Tenía sus honorarios y se le mantenía para vigilar, para seguir los pasos a ese Georgesson de que ustedes se ocupan. Como ya saben ustedes.

—Muy bien, ya lo sabemos, Mr. Hazzard. Pero lo que no sabemos aún, lo que no nos pudo decir, porque él mismo no lo sabía, es la naturaleza del interés de usted en Georgesson, por qué lo hacía vigilar.

Y el otro siguió en el mismo punto en que su compañero había dejado:

—¿Tendría usted inconveniente en decírnoslo, Mr. Hazzard? ¿Por qué lo hacía vigilar? ¿Qué motivo tenía para hacer eso?

Afuera en la escalera, el corazón de la joven pareció dar vuelta y caer de bruces.

—Dios mío —se repitió como un angustioso eco a través de su cerebro—. ¡Ahora es cuando me mezclarán a mí!

—Es una cuestión en extremo privada —dijo vigorosamente.

—Comprendo; no tiene interés en decírnoslo.

—No dije eso.

—Sin embargo, usted prefiere no decírnoslo.

—Ustedes me hacen decir lo que no quiero.

—Porque usted no nos lo dice por su propio voluntad.

—¿Les resulta esencial saber eso?

—No estaríamos aquí si no lo fuese, se lo aseguro. Ese hombre de usted, Cárter, fue el que nos comunicó la muerte de Georgesson.

—Ya veo —le oyó aspirar profundamente. Y también lo hizo ella. Dos bocanadas de aire, y un mismo miedo.

—Georgesson era un jugador —dijo él.

—Sabemos eso.

—Pero he aquí lo que ustedes no saben. Tiempo atrás —debe hacer cuatro años, o tres, por lo menos— mi hermano mayor Hugh cursaba el último año en el Dartmouth College. Partió en viaje de regreso para pasar la Navidad con nosotros. Llegó sólo hasta Nueva

York, no pasó de allí. Nunca apareció por aquí. No llegó en el tren que debía traerlo al día siguiente. Recibimos una llamada telefónica de larga distancia, estaba en aprietos. Prácticamente había sido retenido allí contra su voluntad. Al parecer, había jugado una partida de naipes la noche anterior con el tal Georgesson y otros amigos de éste. Naturalmente, una cosa arreglada, habiéndole ganado no sé cuántos miles que él no tenía, y querían llegar a un acuerdo antes de soltarlo. Lo habían atrapado bien. Tenía todas las trazas de una trampa. Hugh no era más que un muchacho alegre, acostumbrado a reunirse siempre con personas decentes, caballeros, no con esa clase de bichos, y no sabía cómo salir del paso. Lo habían ido preparando durante toda la noche. Le hicieron beber, le presentaron un par de sarnosas coristas en alguno de los lugares que recorrieron primeramente… bueno, de todos modos, a causa de la salud de mi madre y de nuestra reputación, no podía pensarse en acudir a la Policía, habría resultado en extremo desagradable. Por lo tanto, mi padre fue allá personalmente, yo fui con él. Le arreglamos el asunto. Recuperó el pagaré que ellos le habían hecho firmar al muchacho. Y lo trajimos a casa con nosotros.

»Eso es más o menos todo lo que ocurrió. No se trata de una cosa nueva, pues se ha repetido muchas veces. Pero naturalmente, yo no estaba dispuesto a olvidarme tan fácilmente de ese Georgesson. Bien, cuando supe hace pocas semanas que estaba aquí en Caulfield, mostrándose por ahí, no sabía si se trataba de una coincidencia o no, pero no quise confiar. Me puse al habla con una agencia de detectives de Nueva York e hice que mandaran a Cárter, para tratar de descubrir lo que se proponía.

»Ahí lo tienen ustedes. ¿Contesta eso ahora su pregunta? ¿Les parece satisfactorio?»

No dijeron que sí, notó ella. Esperó, pero les oyó decir que no lo era.

—¿No se acercó a usted o a su familia en forma alguna? ¿No los molestó?

—No se acercó a nosotros.

(Lo que era técnicamente correcto, convino la joven torcidamente; ella había tenido que ir hasta él cada vez.)

—Ustedes lo habrían sabido ya si lo hubiera hecho —les aseguró —. No habría esperado a que vinieran a verme, yo habría ido a

verlos a ustedes.

De un modo terriblemente casual, oyó a uno de ellos preguntar.

—¿Quiere traer su sombrero, Mr. Hazzard?

—Lo tengo ahí en el hall —contestó secamente—. Lo recojo al salir.

Salían de la habitación. Con un quejido infantil, que era casi como el de una niña que huye de los duendes en la oscuridad, se dio vuelta y echó a correr escaleras arriba, de vuelta a su habitación.

—¡No!… ¡No!… ¡No… —gimió con febril reiteración.

Lo arrestaban, lo acusaban, se lo llevaban con ellos.

47

ATURDIDA, SE DEJÓ CAER sobre el taburete de la mesa-tocador. La cabeza le giraba pesadamente sobre los hombros, como si estuviera ebria. Su cabello en desorden, le ocultaba un ojo.

—¡No!… ¡No!… ¡No!… —siguió insistiendo—. No pueden… No es justo…

No lo iban a soltar… Ya no lo volverían a soltar jamás… No volvería… Jamás volvería para reunirse con ella…

—¡Oh, por el amor de Dios, socórreme! ¡No puedo soportar más!

Y entonces, como en los cuentos de hadas, como en los viejos libros de cuentos, en los que el bien es el bien y el mal es el mal, y el hechizo se deshace siempre a tiempo para el final feliz, allí estaba… justo frente a sus ojos…

Allí estaba, esperando. Pidiendo que lo recogieran. Un sobre blanco, sellado. Una carta de la muerte.

Una voz encerrada en él pareció susurrarle por debajo de la solapa, débil, distante: «Cuando más lo necesites, y estés sola. Adiós, hija mía; mi hija, adiós…»

> «Yo, Grace Parmentier Hazzard, esposa de Donald Sedgwick Hazzard, en mi lecho de muerte, y en presencia de mi abogado y consejero de toda la vida Tyrus Winthrop, quien hará reconocer mi firma ante notario y la legalizará si es requerido por las autoridades legalmente constituidas, hago por este medio la declaración que sigue, por mi propia y libre voluntad, y declaro ser la verdad:
>
> »Que aproximadamente a las 10,30 de la noche del 24 de

septiembre, encontrándome sola en la casa con mi fiel amiga y ama de llaves, Josephine Walker, y mi nieto, recibí una llamada telefónica de larga distancia desde Hastings, en el estado colindante. Que el que llamaba era un tal Harry Cárter, que conocía como investigador privado y empleado como tal por mi familia y por mí misma. Que éste me informó que unos momentos antes mi amada hija política, Patrice, viuda de mi difunto hijo, Hugh, había sido conducida contra su voluntad hasta Hastings por un hombre que se hacía llamar Stephen Georgesson, y allí fue obligada bajo amenazas a tomar parte en una ceremonia matrimonial con él. Y que en ese momento, mientras él me hablaba, ellos estaban en camino de regreso, a esta ciudad, juntos.

»Al recibir esta información, y después de obtener del dicho Mr. Cárter la dirección del arriba mencionado Stephen Georgesson, me vestí, llamé a Josephine Walker, y le dije que iba a salir, y que estaría ausente poco tiempo. Ella trató de disuadirme, y de que le revelara mi propósito y adonde iba, lo que no hice. Le ordené que me esperara cerca de la puerta de calle, para que me la abriera en seguida a mi regreso, y que bajo ninguna circunstancia, entonces o en ningún otro momento, revelara a nadie que yo había abandonado la casa en ese momento o en aquellas circunstancias. Le hice jurarlo sobre la Biblia, y teniendo yo en cuenta la naturaleza de sus creencias religiosas y su educación sabía que no lo quebrantaría no importa lo que ocurriese.

»Tomé y llevé conmigo un revólver que generalmente estaba en un cajón del escritorio de la biblioteca de mi casa, luego de haberlo cargado. A fin de que no se me reconociese, me cubrí con un tupido velo negro que usé a la muerte de mi hijo mayor.

»Caminé hasta cierta distancia de mi casa, completamente sola, y en la primera ocasión tomé un automóvil de alquiler. En él me hice conducir hasta el alojamiento de Stephen Georgesson, para verme con él. Descubrí que no había regresado aún cuando yo llegué, y por lo tanto lo esperé, sentada en el taxi a un trecho de la puerta, hasta que lo vi llegar y entrar. Tan pronto lo hizo, yo entré a mi vez y él me

recibió. Levanté el velo para que me viera la cara, y comprendí que él adivinaba quién era yo, aunque jamás me había visto antes.

»Le pregunté si era verdad que acababa de obligar a la esposa de mi fallecido hijo a entrar en un pacto matrimonial con él, como se me había informado.

»Lo confesó sin ambages, señalando el lugar y el momento.

»Esas fueron las únicas palabras que nos cruzamos. No se dijo nada más. No era necesario.

»Al instante extraje el revólver, lo sostuve apuntando en su dirección, y disparé contra él.

»Disparé sólo una vez. Hubiera disparado más de una vez, si fuera necesario, para matarlo; mi intención era matarlo.

Pero luego de esperar que se moviera, y al ver que no lo hacía, sino que permanecía tal como había caído, entonces, y sólo entonces, me contuve, evité hacer otro disparo y abandoné el lugar.

»Me hice traer de regreso a mi hogar en el mismo taxi que me había llevado. Poco después me sentí extremadamente enferma por la excitación y la tensión soportadas. Y ahora, sabiendo que voy a morir, y en posesión de todas mis facultades y con el pleno conocimiento de lo que hago, quiero formular esta declaración antes de mi fallecimiento para que, si ello ocurriera, sea presentada ante aquellos que legalmente constituidos intervengan en la cuestión. Pero sólo en ese caso, y en ningún otro.

»(*Firmado*) Grace Parmentier Hazzard.
»(*Atestado y autentificado*).
»Tyrus Winthrop, Abogado.»

Llegó con él hasta la puerta de abajo demasiado tarde. El lugar estaba desierto en todo lo que le alcanzaba la vista, y se quedó allí, aturdida del todo y desgreñada. Se habían ido, y él con ellos.

Permaneció de pie en la entrada, una entrada vacía.

48

**DE PRONTO,
ALLÍ ESTABA
ÉL POR FIN.** Era tan real, tan fotográficamente real allá abajo, tan sorprendente, que casi no. creía en lo que veía. El mismo espigado de la tela de su chaqueta resaltaba, como si le pusieran un cristal de aumento, para su exclusiva inspección. La expresión ojerosa de su rostro, la ligera sombra de la barba sin afeitar, ella era capaz de ver todo lo que se refería a él tan claro como si él estuviera más cerca de lo que estaba. Quizá influía la fatiga por algún proceso de concentración a la inversa. O los ojos dilatados por el excesivo esfuerzo, al punto que ahora lo veían con anormal claridad.

De todos modos, allí estaba.

Él se dio vuelta, y se dirigió a la casa. Y justo antes de dar el paso final que le haría penetrar debajo para desaparecer a la vista, alzó los ojos hacia la ventana y la vio allí.

—Bill —dijo ella silenciosamente a través del vidrio, y las manos se aplastaron en el panel como si enmarcaran la no oída palabra dentro de una bendición.

—Patrice —dijo él silenciosamente, desde abajo; y aunque ella no lo oyó, ni vio siquiera sus labios moverse, sabía que eso era lo que había dicho. Sólo su nombre. Tan poco, y sin embargo tanto.

Se precipitó súbitamente fuera de la habitación con la misma furia que si se quemara. La cortina que el aire había levantado volvió a su lugar, y la puerta abierta de par en par rebotó hasta el cierre, y ella ya había desaparecido. La asombrada cabeza del niño gritó tras de ella demasiado lentamente para alcanzarla en su precipitación.

Luego se detuvo de repente, más abajo del recodo de la escalera, y permaneció allí, incapaz de dar un paso más. Se quedó esperando que viniera a ella.

Él dejó su sombrero, como si volviera a casa como cualquier otro día y subió hacia donde ella estaba. De un modo u otro su cabeza, como si estuviera cansada de estar sola, se inclinó hasta el hombro de él y allí se quedó.

AL PRINCIPIO NO HABLARON, SIMPLEMENTE se quedaron apretados el uno al otro, las cabezas juntas. No había mensaje; sólo había… estar juntos.

—Estoy de regreso, Patrice —fue lo único que dijo finalmente.

Ella se estremeció un poco y se apretó más.

—Bill, y ahora, ¿qué harán…?

—Nada. Terminó. Ya ha concluido. Por lo menos en lo que a mí respecta. Fue a efectos de la identificación. Tuve que ir con ellos y echarle un vistazo, eso es todo.

—Bill, abrí esto. Dice…

Se lo entregó. Él lo leyó.

—¿Se lo mostraste a alguna otra persona?

—No.

—No —él lo rompió en dos, y se guardó los pedazos en el bolsillo.

—¿Pero, y si…?

—No es necesario. Sus compañeros de juego ya estaban fichados. Me dijeron que habían hallado pruebas que indicaban que ellos habían organizado allá arriba una gran partida de naipes a primeras horas de la noche.

—No vi ninguna.

Él le dirigió una elocuente mirada.

—Ellos sí. Cuando llegaron allá.

Ella abrió los ojos un poco más al observarlo.

—Están dispuestos a dejar el asunto así. De modo que déjalo tú también, Patrice —él suspiró fuertemente—. Estoy agotado. Siento como si hubiera permanecido de pie durante una semana entera. Me gustaría quedarme dormido para siempre.

—No para siempre, Bill, no para siempre. Porque yo te estaré esperando, y en ese caso sería tanto tiempo…

Los labios de él buscaron la cara de la joven, y la besó con una especie de ciega estupefacción.

—Llévame hasta la puerta de mi habitación, Patrice. Me gustaría ver al niño antes de acostarme.

El brazo de él la rodeó desmayadamente por la cintura.

—Nuestro niño de ahora en adelante —agregó suavemente.

49

«MR. WILLIAM HAZZARDcontrajo ayer matrimonio con Mrs. Patrice Hazzard, viuda de Hugh Hazzard, en una sencilla ceremonia en la iglesia episcopal San Bartolomé, de esta ciudad, oficiada por el reverendo Francis Allgood. No se cursaron invitaciones. Después de la ceremonia, Mr. y Mrs. Hazzard partieron en viaje de bodas hacia las Montañas Rocosas del Canadá.» —Todos los matutinos y vespertinos de Caulfield.

50

UNA VEZ QUE CONCLUYÓ la lectura del testamento —que se efectuó el lunes siguiente a su regreso un mes después— Winthrop pidió a la pareja que se quedaran un momento hasta que se hubiera desalojado la casa. Se levantó y fue a cerrar la puerta cuando todos los demás hubieron salido. Luego fue hasta la pared, abrió una caja de seguridad empotrada, y extrajo un sobre. Se sentó ante su escritorio.

—Bill y Patrice —dijo—, esto es para ustedes solos.

Ellos se cambiaron una mirada.

—No es parte de los bienes, de modo que no interesa a nadie más que a ustedes dos.

»Es de ella, naturalmente. Fue transcrito en su lecho de muerte, menos de una hora antes de su fallecimiento.»

—Pero nosotros ya… —trató de decir Bill.

Winthrop le hizo guardar silencio levantando una mano.

—Había dos. Este es el segundo. Ambos me fueron dictados en la misma noche, o mejor dicho, temprano por la mañana. Este sigue al otro. El primero se lo entregó a usted misma aquella noche, como recordará. El otro me lo entregó a mí. Mi deber era retenerlo hasta el día de hoy, como así lo hice. Las instrucciones que recibí de ella fueron: esto es para ustedes dos por igual. No debe ser entregado a uno sin el otro. Y, finalmente, debe serles entregado en caso de haber contraído matrimonio. Si para esta fecha no estuviesen casados, como ella quería que lo hiciesen, y ustedes saben que lo deseaba, lo deseaba mucho, entonces debía ser destruido por mí, sin abrirlo. Separados, esto no es para ninguno. Unidos en matrimonio, es el último obsequio, de ella, para ambos.

»Sin embargo, ustedes no están obligados a leerlo si no quieren. Pueden destruirlo antes de abrirlo. He dado mi palabra de no revelar lo que contiene, pero naturalmente lo sé, puesto que anoté sus palabras a la cabecera de la cama, y reconocí y certifiqué su firma en mi carácter de abogado. Por lo tanto, ustedes pueden o no leer lo que hay aquí. Y si ustedes lo leen, cuando lo hayan leído deben destruirlo de todos modos.»

Esperó un momento.

—Bien, ¿quieren ustedes que se lo entregue, o prefieren que yo lo destruya?

—Lo queremos, desde luego —susurró Patrice.

—Lo queremos —repitió como un eco Bill.

Se lo extendió longitudinalmente.

—Usted, por favor, ponga sus dedos en esta esquina. Tú en ésta —entonces retiró sus propios dedos, y ellos quedaron sosteniéndolo.

—Deseo que les proporcione esa felicidad adicional que ella deseó para ambos. Yo sé que es eso por lo que lo hizo. Me pidió que les diese su bendición, en su nombre, al entregárselo. Lo que así hago. Y esto pone punto final a mi injerencia en el asunto.

ESPERARON VARIAS HORAS hasta que estuvieron solos en su habitación aquella noche. Después de terminar de ponerse la bata, y cuando vio que ella se había puesto algo de seda por encima de la ropa de dormir, lo sacó del bolsillo y dijo:

—Y bien. ¿Lo leemos? ¿Quieres, o no quieres?

—Desde luego. Es de ella. Queremos leerlo. He estado contando los minutos durante toda la noche.

—Sabía que tú querías. Ven. Vamos a leerlo juntos.

Se sentó en un sillón de alto respaldo, ajustó la pantalla de la lámpara sobre un hombro. Ella se encaramó a su lado en el brazo del sillón, le pasó el brazo por los hombros.

Los sellos de lacre se hicieron añicos y la solapa salto debajo de los dedos de Bill.

«Mis amados hijos:

»Estáis casados ya, para cuando ésta os sea entregada (pues si no lo estuvierais, no os será entregada; Mr. Winthrop os lo explicará todo). Sois felices. Deseo haberos proporcionado esa felicidad. Quiero daros un poco más aún. Y confío y ruego que de vuestra abundancia reservéis algo para mí, aunque yo me haya ido y ya no esté con vosotros. No quiero que una sombra cruce por vuestros cerebros cada vez que os acordéis de mí.

»Yo no hice aquello, naturalmente. Yo no le arrebaté la vida a aquel joven. Quizá ya se os habrá ocurrido. Quizá ambos me conocéis lo suficiente como para saber que yo no podía haber hecho una cosa así.

»Sabía que él estaba haciendo algo para atentar contra la felicidad de Patrice, eso es todo. Por eso contratamos a Mr. Cárter para que siguiera sus pasos. Pero yo jamás le puse los ojos encima, jamás lo vi.

»Estuve sola en la casa anoche (pues en el momento que Mr. Winthrop copia esto aun es anoche, aunque vosotros no lo leeréis hasta pasado un tiempo). Hasta papá, que nunca sale sin mí, tuvo que asistir a una importante reunión de emergencia en la fábrica. Significaba el arreglo de la huelga mucho antes, y yo le rogué que fuera allá, aunque él no quería. Me quedé sola, sola con Tía Josie y el niño.

»Mr. Cárter telefoneó alrededor de las diez y treinta y me dijo que tenía malas noticias; que la ceremonia de casamiento acababa de celebrarse uniendo a los dos en Hastings. Recibí la llamada por el teléfono de abajo. El shock me produjo un ataque. No queriendo asustar a Tía Josie, traté de subir hasta mi habitación sin ayuda. Cuando llegué a lo alto de la escalera, me quedé exhausta y sólo pude quedarme allí incapaz de dar un paso más o llamar.

»Mientras estaba allí tendida, imposibilitada de aquel modo, oí abrir la puerta de la calle y reconocí los pasos de Bill. Traté de atraer su atención, pero mi voz era demasiado débil, no pude alcanzarlo. Lo oí entrar en la biblioteca, quedarse allí unos momentos, y luego salir de nuevo. Después recordé haber oído un sonido metálico en sus manos, al pararse frente a la puerta. Sabía que él nunca usa

encendedor. Luego abandonó la casa.

»Cuando Tía Josie hizo un recorrido algún tiempo después, me encontró allí, y me llevó a mi cama. Mientras esperábamos al médico, la mandé a la biblioteca a ver si el revólver que se guardaba en el cajón estaba aún allí. Ella no comprendía por qué quería que lo hiciera, y yo no se lo expliqué. Pero cuando regresó y me dijo que el revólver había desaparecido, yo temí lo que eso podía significar.

»Para entonces sabía que me quedaba muy poco de vida. Uno lo sabe. Tuve tiempo de pensar, allí acostada durante las largas horas que siguieron. Veía con tanta claridad. Me di cuenta de que o bien mi Bill o mi Patrice podían necesitar mi ayuda, cuando yo ya no estuviera para prestársela. Sabía que tenía que ofrecérsela de todos modos, lo mejor que pudiera. Quería que ellos tuvieran su felicidad. Quería sobre todo que mi pequeño nieto tuviera seguridad, una iniciación en la vida sin nada que se la empañara. Sabía la manera en que podía ofrecerles esto.

»De modo que tan pronto como el doctor Parker lo consintiera, debía llamar a mi cabecera a Ty Winthrop. A él, en privado, dicté la declaración que os ha sido entregada.

»Deseo, amados hijos, que no hayáis tenido necesidad de ella. Ruego que así haya sido, y que jamás la tengáis.

»Empero ésta es una retractación. Esta es la verdad, declaración que hago para vosotros solos. Uno dice la verdad a aquellos a quienes ama, uno no tiene que jurarlo y certificarlo. No pesa ningún cargo sobre mi conciencia. Este es mi presente de bodas para vosotros. Para que vuestra felicidad sea aún más completa de lo que ya lo es.

»Quemad este documento después de leerlo. Este es el último deseo de una moribunda. Mi bendición para ambos.

»Vuestra devota Madre.»

LA CERILLA PRODUJO un leve chasquido. Franjas negras subieron por el

papel, luego se juntaron antes de que pudiera verse la llama. Después se produjo una pequeña vaharada silenciosa, y la súbita luz amarilla resplandeció en todo él.

Y mientras ardía, sobre la hoz amarilla ellos levantaron la cabeza y se miraron el uno al otro. Con una extraña, una nueva especie de terror que hasta entonces no habían sentido. Como cuando el mundo se desmorona, y nada queda debajo de nuestros pies para sostenemos.

—Ella no fue —musitó él, abatido.

—Ella no fue —suspiró ella, aterrada.

—¿Entonces…?

—¿Entonces…?

Y cada par de ojos respondió:

—Tú.

LAS NOCHES DE ESTÍO son tan agradables en Caulfield. Huelen a heliotropo, a jazmín y a trébol. Las estrellas son cálidas y están próximas sobre nosotros. La brisa es suave como el beso de un bebé. El acariciador susurro de la fronda de los árboles, la luz de la lámpara que cae sobre el césped, la quietud de la paz perfecta y de la seguridad.

Pero no para nosotros.

La casa en que vivimos es tan agradable aquí en Caulfield. Su césped azul-verdoso, siempre recién regado, la deslumbrante blancura de los pilares del porche a la luz del sol; la graciosa simetría de la balaustrada con sus curvas descendentes; el lustre de los ricos suelos antiguos; la blandura de las gruesas alfombras; en cada habitación algún sillón favorito como un viejo amigo. La gente viene y exclama:

—¿Qué más puede haber? Este es un hogar.

Pero no para nosotros.

Lo amo tanto. Más que nunca, no menos. Tan amargamente le amo. Y él me ama. Sin embargo yo sé que un día u otro, este año quizá, quizá el próximo, pero tan seguro como el cielo, él hará de pronto su equipaje y me dejará. Aunque me ame, y me siga amando siempre después.

O si él no lo hace, lo haré yo. Tomaré mi maleta, cruzaré la puerta, y no volveré más. Dejaré atrás mi corazón, y dejaré mi hijo, y mi vida, pero jamás regresaré.

Es así, es seguro. La única incertidumbre es: cuál de los dos será el primero en separarse.

Hemos discutido el asunto. De todas las formas posibles, en todas las que hay. De nada nos ha servido, absolutamente de nada. No hay escapatoria. Estamos apresados, estamos atrapados. Pues si él es inocente, entonces tengo que haberlo hecho yo. Y si yo lo soy, él tiene que haberlo hecho. Pero yo sé que soy inocente. (Sin embargo, él puede saber que también lo es.) No salimos de ahí, no hay escapatoria.

Está en el mismo beso que nos damos. De un modo u otro siempre lo apresamos entre nuestros labios. Está en todas partes, todo el tiempo, somos nosotros.

No sé cuál era el juego. No estoy segura de cómo debía jugarse. Nadie se lo dice jamás a uno. Sólo sé que debimos haber jugado mal, en algún punto. Ni siquiera sé lo que hay en juego. Sólo sé que no es para nosotros.

Hemos perdido. Eso es todo lo que sé. Y ahora el juego ha terminado.

REPARTO

HUGH HAZZARD: Pasajero del tren siniestrado.

PATRICE: Esposa del anterior.

HELEN: Joven que también viaja en el tren

BILL HAZZARD: Hermano de Hugh

GRACE y DONALD HAZZARD: Padres de Hugh y Bill.

STEPHEN GEORGESSON: Jugador y chantajista.

JOSEPHINE WALKER (Tía Josie): Criada de los Hazzard.

TYRUS WINTHROP: Abogado.

Colección *Círculo del Crimen*

Nº	TÍTULO	AUTOR
1	Llamada para el muerto	John Le Carré
2	El tercer hombre	Graham Greene
3	Un policía anda suelto	Mickey Spillane
4	Nunca te cruces con un vampiro	Stuart Kaminsky
5	Los cuatro hombres justos	Edgar Wallace
6	La cara del asesino	Fredric Brown
7	Mundo oscuro	Robert Bloch
8	La piscina mortal (La piscina de los ahogados)	Ross MacDonald
9	Un crimen en Holanda	Georges Simenon
10	El plazo expira al amanecer	William Irish
11	El caso de la secretaria insistente	Erle Stanley Gardner
12	Trampa para Cenicienta	Sébastien Japrisot
13	El final del arco iris	James M. Cain
14	Fantasmas	Ed McBain
15	El misterio de las cerillas	Ellery Queen
16	Por favor, pase el acusado	Rex Stout
17	Estado de sitio	Eric Ambler
18	Amor en Amsterdam	Nicolas Freeling
19	No des la espalda a la paloma	Juan Ibáñez
20	La lista de Adrian Messenger	Philip MacDonald
21	Rafferty, teniente de homicidios	Bill Ballinger
22	Un trago de veneno	Charlotte Armstrong
23	El hermoso frasco de oro	Peter Chambers
24	El asesino está a bordo	Quentin Patrick
25	El detective negro	Ed Lacy
26	El misterio de la casa roja	A. A. Milne
27	La muerte del lacayo bailarín	Ngaio Marsh
28	Súbita muerte de mi dama favorita	Stanton Forbes
29	Calle siniestra	Wade Miller
30	El hombre de Londres	Georges Simenon
31	El color del asesinato	Julian Symons
32	El octavo círculo	Stanley Ellin
33	Desde Rusia con amor	Ian Fleming
34	La banda de los musulmanes	Chester Himes
35	El personaje imaginario	Doris Miles Disney
36	Asesino mío	Mickey Spillane
37	La sombra de Fu-Manchú	Sax Rohmer
38	La gran redada	William P. McGivern
39	La quinta mujer	María Fagyas
40	Jugando con la muerte	Ursula Curtiss
41	El montacargas	Frédéric Dard

42 El segundo más largo
Bill Ballinger
43 La llave escondida
George Harmon Coxe
44 Todo por la pasta
Ed McBain
45 Me casé con un muerto
William Irish
46 El caso de la coqueta indiferente
Jonathan Craig
47 La muerte va a la escuela
Quentin Patrick
48 [illegible]
Auguste Le Breton
49 [illegible]
Tobias Wells
50 El Santo contra el Tigre
Leslie Charteris
51 Los muertos no pueden Amar
Judson Philips
52 Límite fatal
Thomas B. Dewey
53 Semejante a un ángel
Margaret Millar
54 El hombre [illegible]
Philip MacDonald
55 Los muertos no hablan
James Hadley Chase
56 Secretos a balazos
Richard Sale
57 [illegible] Bolonia
Charles Exbrayat
58 Tiempo de matar
Donald Westlake
59 [illegible] asesino
Burt Hirschfeld
60 Oculta a todas las miradas
Hugh Pentecost
61 La sonrisa de marfil
Ross Macdonald
62 El diente y la uña
Bill Ballinger
63 Seis hombres muertos
S.A. Steeman
64 Quisiera estar en tus zapatos
William Irish
65 La década prodigiosa
Ellery Queen
66 Horas de angustia
Bruno Fischer
67 El signo de los cuatro
Arthur Conan Doyle
68 [illegible]
Chester Himes
69 El reposo de Baco
Pierre Boileau
70 El tren de las 12,30
Freeman Wills Crofts
71 [illegible]
John Blackburn
72 [illegible] revuelve
[illegible]
73 [illegible]
Bruce Hamilton
74 El rapto de las sabinas
Francisco García Pavón
75 El testimonio del acusado
Roderic Jeffries
76 La bestia se acerca
Margaret Millar
77 La cola del dragón
George Bagby
78 Las sombras de un hombre
Doris Miles Disney
79 El enigma de la banderilla azul
Stuart Palmer
80 [illegible] asesinato
Anthony Gilbert
81 Siete votos para morir
Bill Bannister
82 La muerte ronda a la princesa
Robert Bernard
83 La cara del hombre de Saturno
Harry Stephen Keeler
84 [illegible]
[illegible]
85 La gran noche
Stanley Ellin
86 ¡Buena suerte, querida!
Peter Cheyney
87 El gran robo del tren
Michael Crichton
88 El momento de la verdad
Ed Lacy
89 [illegible] para el asesino
John Ó Hayes

90 — Sonatas de medianoche — John Blackburn
91 — Castillo de naipes — Stanley Ellin
92 — Operación terror — The Gordons
93 — La joya de siete estrellas — Bram Stoker
94 — Ángel — Carter Brown
95 — Asesinato en Cantón — Robert Van Gulik
96 — El misterio del Big Bow — Israel Zangwill
97 — Un arrendamiento de muerte — Ruth Rendell
98 — Homicidio justificado — Whit Masterson
99 — Aquella noche de lluvia — Hilary Waugh
100 — Poco tiempo para vivir — James Hadley Chase
101 — La banda de la rana — Edgar Wallace
102 — Estudio en escarlata — Arthur Conan Doyle
103 — ¡Cuidado con las curvas! — A. A. Fair
104 — La pista del crimen — Wilkie Collins
105 — La monja sin rostro — Antonia Fraser
106 — El dinero del muerto — J. S. Fletcher
107 — Costa Bárbara — Ross Macdonald
108 — Extraña confesión — Anton Chejov
109 — El secuestro de Litmore — Henry Wade
110 — Raffles, ladrón por afición — E. W. Hornung
111 — Operación cuchillo — Peter O’Donnell
112 — El vengador — Edgar Wallace
113 — La aguja hueca — Maurice Leblanc
114 — Muerte a cuenta — Margaret Yorke
115 — La mañana encadenada — Alistair MacLean
116 — Hielo — Ed McBain
117 — Hielo — Ed McBain
118 — Crimen y castigo I — Fedor Dostoievski
119 — Crimen y castigo II — Fedor Dostoievski
120 — Los archivos de Sherlock Holmes — Arthur Conan Doyle



WILLIAM IRISH, cuyo auténtico nombre era Cornell Woolrich, con el que firmó la mayoría de sus obras, nació en 1903 en Nueva York y falleció en 1968.

Empezó a escribir a los 23 años, a raíz de una infección en un pie que le mantuvo largo tiempo inmovilizado. Su carácter tímido e introvertido, dominado por su madre y carente de amigos, se refleja en su obra, en la que el lector participa del clima de terror y angustia que tan bien sabía crear. Entre sus obras más famosas se cuentan *Cita en negro, Times Square, La ventana, La noche tiene mil ojos, La novia vestía de negro*, etc., algunas de ellas llevadas al cine.

Notas

[1] En inglés: 2 *pennies* = moneda de un centavo, 1 *nickel* = moneda de cinco centavos, y 1 *dime* = moneda de diez centavos. *(N. del T.)* < <

[2] El ejemplo del zapato a que alude el autor es el siguiente:

En un hotel de tercer orden habita un inquilino trasnochador y despreocupado que todas las noches hace un ruido infernal al descalzarse. Esto tiene en perpetuo sobresalto al inquilino del cuarto contiguo, por lo que un día le llama la atención.

Aquél llega como de costumbre pasada la medianoche, empieza a desnudarse, se quita un zapato que va a dar contra un mueble al otro extremo de la pieza, se acuerda consternado del vecino de al lado, y, con sumo cuidado se quita el otro zapato.

Al cabo de media hora unos golpes en el tabique medianero lo despiertan y oye una voz que dice:

—Oiga amigo. ¿Va usted a hacer el favor de quitarse el otro zapato y arrojarlo de una vez, para que pueda dormirme? *(N. del T.)* < <

[3] En inglés MD = Medical Doctor, esto es, Doctor en Medicina. *(N. del T.)* <<